



AÑO 10.º

NUM. 119.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

NOVIEMBRE 1898

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATONRO HARCPLONER DEL

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL DESERTOR DE SAJALIN

(CONCLUSIÓN)

V

—¡Vamos! ¿Ya irían ustedes tan gozosos al emprender la marcha, verdad?—pregunté al narrador, que hablaba ahora con voz más firme y tenía la fisonomía más animada.

—Gozosos..... ¡ya lo creo! Apenas entramos en la taiga, nuestra querida protectora, sentimos un bienestar indecible. ¿Me creerá usted? Aquel murmullo del bosque por encima de nuestras cabezas; el aire libre alrededor de nosotros; todo eso nos renovaba, daba á nuestras almas tal sensación de frescura, que nos parecía venir al mundo por segunda vez. Todos teníamos el corazón henchido de alegría. Buran iba solo, delante, con la cabeza baja, mascullando siempre palabras ininteligibles. El viejo no se había puesto en camino de buena voluntad, y su instinto le advertía probablemente que no iría lejos.

No necesitamos mucho tiempo para ver que no debíamos contar gran cosa con nuestro jefe. Era ciertamente un brodiaga de experiencia, que se había ya evadido dos veces de Sajalín; parecía conocer perfectamente el camino, y, para convencerse de ello, no había más que mirarle marchar hacia adelante sin ninguna vacilación, como perro que sigue una

pista segura. Pero, á pesar de todo, yo y mi amigo Wolodka empezábamos á estar intranquilos.

—Me temo—dijo Wolodka—que este Buran sea causa de una desgracia. Verás bien que no está enteramente en su asiento.

—¿Pues qué hay?—pregunté.

—Es cosa clara que el viejo ha perdido los memoriales. Siempre va hablándose á sí mismo y meneando la cabeza; y luego no veo que dé ninguna orden. Ya sería más que tiempo de ordenar un instante de descanso, y malditas las trazas que tiene de pensar en tal cosa. Te digo que eso no es claro ni lógico.

Yo también veía que las cosas no marchaban como sobre carriles. Apretamos el paso para acercarnos á Buran, y le llamamos.

—¡Pero, oye, abuelo! ¿A dónde vas así, sin parar? ¿No crees que sería cosa de hacer alto y descansar un poco?

Se volvió, nos miró y volvió á emprender la marcha.

—Esperar un poco—dijo al fin.—¿Por qué tenéis tanta prisa de tumbaros? Una pizquita de paciencia; ya os tumbarán las balas en Warky ó en Poghiba, y entonces tendréis todo el tiempo que queráis para descansar.....

¡Bonita perspectiva nos ofrecía! Sin embargo, no quisimos llevarle la contra, porque era un brodiaga ducho, y además comprendimos que nuestra petición no era nada juiciosa, siendo aquel nuestro primer día de viaje y conviniendo alejarnos lo más posible. No había, pues, que pensar en descansar.

Después de andar aún algunas verstras, mi amigo Wolodka me empujó de nuevo.

—Te digo, Wassily, que esto no marcha bien.

—¿Pues qué más ocurre?

—Vamos á ver. Se nos decía que teníamos que hacer 20 verstras hasta Warky. Pues bien: ya hemos andado 18, seguramente. Temo mucho caer en un puesto.

—¡Buran! ¡Eh, abuelo!—gritamos.

—¿Qué queréis?

—Parece que Warky anda muy cerca.

—Todavía está lejos—respondió, y siguió andando.

De seguro hubiésemos tenido que sentir, si no reparamos en una canoa que había amarrada á la orilla. Al verla nos paramos de golpe, excepto Buran, que seguía hacia adelante. Makaroff tuvo que retenerle á viva fuerza. Nosotros nos echamos esta cuenta bastante clara: puesto que hay aquí una canoa, no debe andar lejos el dueño. ¡Alto, pues! ¡Camaradas, al bosque!

Y volvimos á internarnos en la espesura.

Por el fondo de un profundo valle corría un riachuelo. Seguimos su curso. A uno y otro lado se alzaban altos montes, poblados de árboles seculares.

En cuanto llega la primavera envuelven la isla de Sajalin nieblas tibias que suben del suelo. Estábamos en esa época del año, y aquel día, como de costumbre, marchábamos en medio de una especie de bruma. Trepábamos trabajosamente por un cerrillo, cuando, al llegar á la cumbre, empezó á soplar del valle un viento violento, y en un instante arrastró la niebla al mar. Entonces, despejado el horizonte, divisamos claramente detrás de una colina todo el cordón de tropa: los soldados que iban y venían por el patio; los perros que dormitaban echados tranquilamente. Lanzamos un grito de estupefacción y de terror: ¡en un tris había estado que no nos metiésemos nosotros mismos en la boca del lobo!

—¡Pero, cómo es esto, tío Buran! ¿No es aquel un puesto de tropa?

—Sí—dijo.—Warky, cabalmente.

—Pues mira, Buran, aunque seas nuestro decano, ahora será menester que nos cuidemos nosotros mismos de las cosas, porque, contigo, estamos expuestos á atraernos muchas miserias.

El viejo rompió á llorar.

—¡Hijos—decía —perdonadme por amor de Cristo! Soy demasiado viejo. Ya hace cuarenta años que estoy en camino; no es extraño que esté gastado. Empiezo á perder la memoria. Es más lo que he olvidado que lo que me queda en la cabeza. ¡No hay que culparme por eso! Ahora lo que importa es despabilar de aquí cuanto antes, porque (¡Dios no lo quiera!) si á algún soldado le diese por venir á buscar bayas ó si nos hubiesen olfateado los perros, estábamos perdidos.

Reanudamos la marcha, hablando de estas cosas, decididos á vigilar á Buran.

Los compañeros me eligieron entonces como jefe y guía. En adelante, yo era el que dispondría las paradas y daría órdenes; pero Buran quedó encargado de seguir delante, porque no se engañaba de camino. Todo parecía muerto en aquel hombre menos las piernas. ¡Ah! ¡qué bien hechas á andar estaban aquellas piernas! El hombre iba pasito tras pasito, meneando el cuerpo, como si nada le costase y como si en su vida hubiese hecho otra cosa. Y en efecto: anduvo así hasta el último instante. La muerte fue la que le detuvo.

Para ir más seguros en aquella expedición aventurada, seguíamos de preferencia el camino de los montes. Era algo más penoso, pero menos expuesto. Allí no oíamos más que el murmullo de la taiga y el rumor de los arroyos que bajaban retozando por sus lechos de piedras. ¡Ningún ser humano! Los guiliacos no se establecen más que á orillas del mar ó de los ríos, porque viven sobre todo de la pesca. ¡Y qué de peces hay! No se creería, á no verlo uno con sus propios ojos: ¡á veces llegábamos á cogerlos con las manos!

Así marchábamos con el oído alerta. A veces, cuando la seguridad de que gozábamos nos inspiraba plena confianza, bajábamos hacia el mar ó hacia un riachuelo; pero, si allí nos sobresaltaba alguna duda, algún temor, nos dábamos prisa á subir para volver á nuestra buena taiga.

Lo que había que sortear á todo trance eran los puestos de tropa, y usábamos para ello precauciones infinitas, porque es

tanto más difícil evitarlos, cuanto que no se encuentran á igual distancia unos de otros: tan pronto los separan 20 vers-tas como 50. Por lo tanto, era imposible en absoluto prever-los. A pesar de todo, y sea n las que quieran las razones, Dios nos libró de ellos. Escapamos de todos, hasta el último.

VI

Aquí mi huésped frunció el entrecejo y calló. Al cabo de algunos instantes se puso en pie.

—¿Y lo que falta?—pregunté.

—Tengo que ocuparme del caballo... Debe estar seco; creo que es tiempo de soltarle.

Salimos al patio. El frío cedía; se había disipado la niebla. El brodiaga miró al cielo.

—Ya está alta la Osa Mayor—dijo.—Deben ser más de las doce.

Ahora no impedía ya la niebla distinguir claramente las viviendas del pueblo, donde todo dormía.

En el aire se arremolinaban nubes de humo blanco, perezosas é indolentes, ó bien salían de alguna chimenea lluvias de chispas que parecían entregarse á una danza loca con aquel frío intenso. Los yacutas tienen la costumbre de alimentar el fuego sin descanso toda la noche: el calor pasa rápidamente al través del tubo corto y abierto. Así, la primera persona á quien despierta el frío, se apresura á echar algunos leños en el hogar.

El brodiaga permaneció algunos minutos sin decir nada, mirando la sloboda. Luego, suspirando:

—¡He aquí algo que me recuerda mi pueblo! ¡Hace tanto que no había visto un pueblo! Los yacutas viven en sus nasle-gues, como los animales en el bosque, aisladamente, cada uno aparte. ¡Si al menos pudiese yo trasladar mis penates á estos sitios! Entonces quizá llegaría á entrar en caja...

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELON

—Y en su naslegue, ¿no se halla usted á gusto? ¿No tiene allí su casa? Usted me decía, sin embargo, hace poco, que no estaba descontento de su situación.

El brodiaga me dejó sin respuesta algunos instantes. Después dijo:

—¡No puedo más! El caso es ese. ¡Me disgusta este país; no puedo sufrirle!

Y se acercó á su caballo, le palpó por debajo de la crin y le acarició suavemente el cuello. El inteligente animal volvió la cabeza y relinchó.

—¡Bueno, bueno!—dijo Vassily con voz cariñosa.—Ahora mismo voy á soltarte. ¡Mucho ojo! ¡á ver lo que hacemos mañana!... Ha de saber usted que le echo á correr con los tártaros. Es un buen caballo; le he enseñado bien, y ahora puede dar puntos á cualquiera de pura sangre. ¡Corre como el viento!

Quitó el cabestro al caballo, y la bestia corrió alegremente hacia el heno.

Entramos en la isba.

Vassily seguía sombrío; parecía haber olvidado su relato ó no querer continuarle. Le recordé que esperaba el fin.

—¿A qué contar?—dijo con semblante hosco.—¿Para qué?... ¡Ah! ¡las cosas no han acabado bien! ¡Tanto peor, después de todo! Puesto que he empezado, tendré que ir hasta el fin.

Llevábamos ya andado doce días, y no habíamos salido aún de la isla de Sajalin, aunque no hubiésemos debido invertir más que ocho días en llegar á la provincia de Amur. Ese retraso provenía de que teníamos miedo y poca confianza en nuestro guía. En vez de salir al llano ó de seguir el río, corríamos sin cesar por montes y por valles, escalando peñas, resbalando por los barrancos y escondiéndonos las más de las veces en la taiga. ¡No se anda mucho á ese paso! A todo esto las provisiones empezaban á agotarse, porque no habíamos llevado más que para doce días. Hubo que ponerse á ración;

no se repartió ya más que una cantidad reducida de galleta, dejando que cada uno completase como pudiese ese exiguo sustento. Afortunadamente, no faltaban frutos en la taiga.

Llegamos así á la orilla de un golfito cenagoso, cuya agua es ordinariamente salobre, á no ser que la vuelva dulce una gran crecida del Amur.

Allí la cuestión era hacerse con una canoa para ver de pasar á la provincia del Amur.

Pero, ¿cómo encontrarla? Y aquí fue el devanarnos todos los sesos, pero inútilmente. Acosábamos á Buran á preguntas: «¡Aconséjanos!» Pero el viejo, falto de fuerzas, con la mirada turbia, completamente abatido, no se hallaba en disposición de dar un consejo eficaz. Sin embargo, acabó por decirnos: «Para tener canoas hay que pedírselas á esos guiliacos.» Pero, ¿dónde estaban esos guiliacos? ¿Cómo arreglarse para que diesen canoas? Eso es lo que Buran no explicaba.

Por fin Wolodka y yo dijimos á los compañeros:

—Aguardad aquí mientras nosotros vamos á explorar las orillas. Puede que encontremos guiliacos, y entonces nos procuraremos seguramente una ó dos canoas. Vosotros andad con cautela, porque es probable que haya un puesto cerca de aquí.

Los tres, Buran, Wolodka y yo, empezamos á recorrer la orilla, observando todas las cosas con prudencia. Habíamos andado ya un buen trecho, cuando desde las alturas de un peñasco vimos abajo un guiliaco que componía sus aparejos á orillas de un riachuelo. ¡Dios mismo nos enviaba aquel Orkun!

—¿Qué es Orkun? ¿Nombre propio ó qué?—pregunté á Vassily.

—No sé con fijeza. Nombre probablemente; sin embargo, esa palabra significa más bien en su lengua *jefe de comunidad*, supongo, porque, en cuanto nos acercamos á él y le rodeamos para que no se escapase, empezó á golpearse el pecho repitiendo: «Orkun, Orkun.» Pero lo que quisiese decir esa palabra no lo sabíamos.

Sin embargo, entablamos conversación.

Wolodka cogió un palo y se puso á dibujar en la tierra una canoa, lo cual significaba: «Eso es lo que queremos de tí.» El guiliaco comprendió en seguida, y, moviendo la cabeza en señal de asentimiento, nos enseñó dos, cinco y hasta diez dedos de sus manos. Tardamos mucho en dar con lo que quería decir, hasta que al cabo Makaroff cayó en la cuenta.

—Pero, amigos, si lo que quiere saber es para cuántos ha de preparar la canoa.

—Pues es verdad. E indicamos al guiliaco que éramos doce.

Meneó la cabeza en ademán de inteligencia, y pidió que le enseñásemos los otros compañeros. Titubeamos al pronto; pero, en fin, ¿qué hacer? ¡No podíamos atravesar el mar á pie enjuto! Le llevamos, pues, á donde estaban los nuestros, á quienes no les pareció bien lo que hacíamos.

—¿A qué traer ese guiliaco? ¿Es para presentarnos á él como una exposición de cosas raras?

—Callaos vosotros—dijimos.—Vamos á tratar con él el asunto que más nos importa.

El guiliaco, por su parte, se paseaba impasible, tranquilo, en medio de nosotros, sin temer nada, embebido completamente en el examen de nuestros jalates. Le dimos los que llevábamos á prevención. El los ató con una correa, se los echó al hombro y bajó presuroso por una senda que conducía al pie de la montaña. No hay que decir que nosotros le seguíamos. Descubrimos entonces una especie de valle por donde se veían diseminadas yurtitas de guiliacos, un á modo de lugarejo.

—¿Y ahora qué va á ser de nosotros?—decían los compañeros intranquilos, cuando volvimos de la aldehuela.—Ya ahí, en su lugar, va á reunir á todo el mundo.

—¿Y á nosotros qué que los reuna?—contestamos.—Allí hay cuatro yurtas, poca gente, y nosotros somos doce, armados de buenos cuchillos. ¿Y cómo va á medirse un guiliaco con un ruso? Nosotros comemos pan, que cría fuerza, y ellos no co-

men más que pescado. ¿Se echan músculos con el pescado? ¡Qué comparación tiene!.... ¡No la hay!

A decir verdad, yo no las tenía todas conmigo, y se me oprimía el corazón, como cuando se barrunta una desgracia.

Habíamos conseguido atravesar la isla sin tropiezos, y divisábamos aquella provincia del Amur, blanco de nuestras esperanzas; pero ¿llegaríamos á ella? En el horizonte, á la otra parte del estrecho, se dibujaban sus montañas, destacándose airosamente sobre el fondo azul del espacio. ¡Hubiésemos querido tener alas para volar á aquella tierra prometida!

¿Nos sería concedido arribar? ¡Sólo Dios lo sabía! Y sin embargo, ¡estábamos tan cerca! Pero bastante hacíamos con eso: también la boca puede arrimarse mucho al codo, y no logra morderle.....

Algún tiempo después de la marcha de nuestro guiliaco, vimos con estupor venir en masa hacia nosotros, lanza en mano y Orkun á la cabeza, á todos los habitantes del caserío.

—¿Lo veis ahora?—decían nuestros compañeros.—Vienen contra nosotros.

—Pues bien, ¡sea lo que quiera! ¡Y que nadie se rinda mientras esté vivo! Si le matan á uno, santas pascuas: ¡estaba de Dios! Pero, mientras respire uno de nosotros, á defenderse valerosamente hasta morir. ¡Salvarse ó perecer, pero todos juntos! ¡Firmes, muchachos!

Pero no venía á cuento preocuparse así. Los guiliacos se acercaban con las intenciones más pacíficas, y en cuanto Orkun notó nuestro recelo, se apresuró á desarmar á los suyos, quitándoles las lanzas y poniéndolas todas en manos de uno sólo. Así, sin defensa, se aproximaron..... Entonces, pareciéndonos completamente honradas sus intenciones, los seguimos hacia el punto donde tenían las canoas. Nos dieron dos. En la más grande colocó Orkun á ocho de los nuestros; los cuatro últimos se acomodaron en la más pequeña.

¡Al fin poseíamos las benditas canoas! Desgraciadamente, un fuerte viento, que venía de Amur, empezó á levantar olas

enormes, y nos fue imposible hacer la travesía en embarcaciones tan pequeñas. Tuvimos, pues, que aguardarnos otros dos días.

En el ínterin, habíamos dado fin á nuestras vituallas, y tuvimos que contentarnos con los frutos silvestres que encontrábamos acá y allá. Nos llenábamos sin alimentarnos. Por fortuna Orkun nos dió cuatro pescados que nos sostuvieron un poco. Agradecemos mucho á nuestro guiliaco aquella atención. Era un hombre excelente, honrado á carta cabal, y humanitario si los hubo. ¡Dios se lo pague! ¡Yo, por mí, no olvidaré nunca á aquel guiliaco!

Así pasamos un día entero, consumiéndonos en la playa. Era para morir de impaciencia. A la noche y al día siguiente no amainó el viento. Se apoderaba de nosotros una angustia insoportable. ¡Y la provincia de Amur, como para burlarse de nosotros, más distinta cada vez, ahora que el viento se había llevado la niebla del mar!

Buran, sentado en un altillo, miraba fijamente á la otra orilla, inmóvil y como petrificado en su puesto. No hablaba ni comía. Si alguno de nosotros, movido de lástima, le llevaba algunos frutos, los comía con indiferencia; pero él, por sí, no se hubiese tomado la menor molestia por buscarlos. ¿Es que su corazón no podía ya con la pena? ¿Es que el viejo brodiaga esperaba la muerte?.... Quizá. ¡En fin, la situación llegó á ser insostenible!

—Suceda lo que quiera—dijeron los compañeros,—pongámonos en camino esta misma noche. De día no pasaríamos, porque nos verían los soldados; pero de noche podemos burlar su vigilancia, y en cuanto á Dios, acaso se compadezca de nosotros.

El viento seguía soplando con furia; por la cresta de las embravecidas olas corría, como bandada de conejillos blancos, una espuma argentada. Sobre las olas volaban «viejos» (especie de gaviotas) con una algarabía de todos los diablos. El mar rompía furioso contra las peñas, saltando por encima, y la ribera parecía exhalar interminables gemidos.

—Vamos, acostémonos—dije á los camaradas.—Hacia la media noche habrá salido la luna; entonces, en marcha y ¡sea lo que Dios quiera! Como luego no tendremos tiempo de dormir, tratemos de echar un sueñecillo reparador.

Se siguió mi consejo, y escogimos para ese descanso una anfractuosidad que se hacía en la roca por encima del mar. Desde abajo no podían vernos, escondidos como estábamos por una masa de arbustos. Buran no se acostaba, sino que seguía mirando con fijeza hacia el Poniente. Como apenas empezaba á bajar el sol, nos quedaba mucho tiempo hasta la media noche. Hice la señal de la cruz; escuché durante un rato las quejas de la tierra y el rumor confuso de la taiga sacudida por el viento, y á poco me dormí. No sé cuanto tiempo dormimos de esa suerte, tranquilos, sin presentir la desgracia. De repente oigo la voz de Buran que me llama. Despierto; miro. El sol va á ponerse; el mar se ha calmado; las tinieblas invaden ya sus orillas. Buran, pegado á mí, me mira con ojos extraviados.

—¡Levántate—dice, señalando á los arbustos;—ahí los tienes; vienen á buscar nuestras almas!

Me levanto precipitadamente; veo los soldados que salen de la espesura; uno de ellos, el más próximo, me apunta, mientras otros, bajando la montaña, se preparan á tirar. En un instante me rehago; lanzo el grito de alarma con voz de trueno; los nuestros se levantan en un abrir y cerrar de ojos como un solo hombre, y no había tenido tiempo de volver á cargar su fusil el primer soldado, cuando ya caimos sobre ellos.

Aquí una sorda y punzante emoción ahogó la voz del narrador, que inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho. La yurta estaba ahora medio á obscuras, porque el brodiaga no pensaba ya en meter leña.

—Hago mal en referir todo esto—dijo con un tono en que se traslucía una súplica.

—¡No, no; siga, á pesar de todo! Vamos, ¿qué pasó?

—¿Lo que pasó?.... Pero usted mismo puede figurárselo; ellos no eran más que cinco, y nosotros éramos doce..... Y además pensaban caer sobre nosotros como sobre «tetras» (1), mientras dormíamos, y fuimos nosotros, al revés, los que no les dimos tiempo siquiera para reponerse..... Nuestros cuchillos eran largos.....

No pudieron tirar más que una vez desde la cumbre del cerrillo, y marraron. Bajaron entonces á paso de carga, y nosotros los recibimos sobre nuestros cuchillos..... ¿Me creerá usted?—continuó el brodiaga con un tono lleno de compasión y dirigiéndome una mirada en que se pintaban la angustia y el espanto.—No supieron defenderse; blandían las bayonetas como para espantar á perros, mientras que nosotros..... ¡ah! nosotros caíamos sobre ellos, los estrechábamos, los ahogábamos como lobos feroces. Uno de los soldados me hirió ligeramente en una pierna; no era más que un rasguño. Titubeé, caí al suelo, y él se abalanzó á mí; pero entonces Makaroff se dejó caer con todo el peso de su cuerpo sobre mi enemigo..... sentí correr sangre por mis manos..... Makaroff y yo nos levantamos, pero el pobre soldado..... ¡ese allí quedó!

En aquel momento ví asomar en la loma otros dos soldados (fueron los últimos). El que venía corriendo delante era Saltanoff, el comandante del puesto, la bravura en persona, hombre cuya fama se extendía muy lejos. Los mismos guiliacos le temían como al demonio; y en cuanto á nosotros, sabíamos que más de uno de los nuestros había recibido la muerte de sus manos. Pero esta vez fue otra cosa; le llegó la suya. Había entre nosotros dos circasianos, ágiles como gatos y de una valentía extraordinaria. Uno de ellos encontró á Saltanoff á mitad de la colina y se arrojó sobre él. El comandante disparó un tiro de revolver, que evitó el circasiano bajándose; durante esa terrible lucha, los dos enemigos cayeron. Enton-

(1) Avechuchos que se cazan con frecuencia sorprendiéndolos durante el sueño.

ces el otro circasiano, creyendo muerto á su compatriota, se tiró de un salto al vencedor, y en menos que se dice le cortó la cabeza..... Luego le vimos brincar de alegría..... con aquella cabeza entre las manos. Le miramos helados de terror. Salió de su garganta un grito ronco y salvaje, sacudió aquella cabeza, la blandió y la lanzó al través del espacio..... Y la cabeza voló desde lo alto del cantil por encima de los árboles. Todos nos quedamos silenciosos, más muertos que vivos. De repente se oyó una zambullida al pie del peñón: era la cabeza que caía al mar.....

El soldado que seguía á su jefe á distancia no pasó adelante; sobrecogido de espanto tiró el fusil, se tapó la cara con las manos y huyó. No le perseguimos. «¡Sálvate, y que Dios te guarde!» El pobre muchacho iba á encontrarse solo ahora en el puesto, porque de 20 hombres que eran, 13 habían ido á buscar provisiones á la provincia de Amur y no habían vuelto todavía á causa del viento, y los otros seis..... los habíamos matado nosotros..... En fin, todo estaba terminado, ya se hallaba conjurado el peligro, y sin embargo teníamos miedo....., no llegábamos á recobrar la posesión de nosotros mismos; nos mirábamos unos á otros con asombro, como preguntándonos: «¿Qué ha sucedido? ¿Es sueño? ¿Es realidad?» Pero de pronto oímos gemir la voz de Buran cerca del sitio en que estuvimos acostados. Es que el primer tiro que se disparó había herido al pobre hombre. La bala no le había matado inmediatamente; el viejo tuvo que padecer aún durante algunas horas. Con todo, la muerte no se hizo esperar mucho, y aún no había desaparecido el sol tras el horizonte cuando el infeliz Buran entregaba el alma. No podría decir á usted lo que nos afectaron sus últimos momentos. Estaba medio echado debajo de un cedro, con la mano en el pecho y los ojos llenos de lágrimas. Me hizo señas para que me acercase.

—¿Quieres mandar á los chicos que abran una fosa? De todas maneras no podéis embarcaros ahora mismo; tenéis que aguardar á la noche, porque no podéis exponeros á tropezar

en medio del estrecho con los soldados. ¡Con que enterradme, por amor de Dios!

—Pero ¿qué estás diciendo ahí, abuelo? ¿Se cavan fosas para los vivos? Vamos á pasarte á la otra orilla, á la provincia de Amur, y allí te llevaremos en brazos. ¡Dios te conserve!

—No, hijo mío—respondió el viejo;—nadie puede librarse de su destino, y el mío claramente es morir en esta isla. ¡Cómo ha de ser! Ya me lo daba el corazón..... Me he pasado la vida con el ansia de huir de Siberia, de llegar á Rusia..... Ahora sería feliz si pudiese morir al menos en el suelo de Siberia y no en esta maldita isla!

Miré á Buran con asombro: no era ya el mismo; hablaba juiciosamente, en plena lucidez, con la mirada despejada, y sólo con voz un poco débil. Nos reunió á todos en torno suyo y empezó á darnos consejos.

—Hijos míos; oid lo que voy á deciros y retenedlo bien. Ahora vais á recorrer la Siberia solos, porque yo me quedaré aquí. Es una situación muy peligrosa la vuestra, sobre todo á causa de la muerte de Saltanoff. La noticia va á correr á todas partes, no sólo á Irkutsk, sino hasta Rusia. Estarán en acecho en Nicolaievsk. Así, que mucho cuidado, hijos míos; tened prudencia; aguantad si es menester el hambre y el frío, pero alejaos cuanto podais de los pueblos, y sobre todo de las ciudades. De los guiliacos y de los goldos no tenéis nada que temer; no son peligrosos. Y ahora, acordaos bien de lo que voy á deciros, porque voy á hablaros de vuestro camino por la provincia de Amur. Antes de llegar á la ciudad de Nikolaievsk encontraréis una granja. El hombre que hay allí, uno de los dependientes del negociante Tarjanoff, es de toda nuestra confianza, y os diré por qué. Estaba en relaciones comerciales con los guiliacos de Sajalín, y una vez, atravesando las montañas, perdió el camino y se extravió. Precisamente entonces andaba torcido con los guiliacos; ellos aprovecharon la ocasión para vengarse, y habiéndole sorprendido en un ba-

rranco por poco le matan. Fue su suerte que en aquel mismo momento nosotros, escapados de Sajalin, llegábamos á aquel barranco..... (era entonces mi primera evasión de la isla). Oímos lamentos; la voz nos pareció de un compatriota; acudimos y arrancamos al infeliz de manos de los guiliacos. El dependiente de Tarjanoff no ha olvidado nunca aquel beneficio: «¡Hasta la tumba protegeré á esos buenos muchachos de Sajalin que me salvaron la vida!» Y, en efecto, desde aquella fecha los nuestros encuentran siempre en él ayuda y protección. Si tenéis la suerte de hallarle, os socorrerá de toda clase de modos.

Luego el viejo nos indicó los caminos, nos dió sus últimas instrucciones y terminó así:

—Y ahora, hijos míos, no hay tiempo que perder. Vassily, haz que abran aquí mi última morada, porque me agrada el sitio. Siquiera oiré el ruido del viento que viene de Amur y el golpeo de las olas arrullará mi sueño eterno. No tardéis, hijos; basta de vacilaciones. ¡Manos á la obra corriendo!

Obedecemos.

El viejo seguía allí recostado en un cedro. Nosotros, al lado, abríamos su tumba..... la abríamos con nuestros cuchillos. Terminada la triste faena, rezamos; Buran no hablaba ya; no hacía más que llorar á lágrima viva, sacudiendo la cabeza. Espiró el pobre al ponerse el sol. Cuando bajaron á la tierra las sombras de la noche, estaba cumplida la última voluntad de nuestro compañero. Todo había concluído, y allanada la tierra ni siquiera se conocía el lugar en donde reposaba al fin el viejo brodiaga. Cuando volvimos á las canoas había cerrado completamente la noche y subía la luna. Entonces todos, de pie, nos descubrimos en señal de respeto. Dejamos atrás la isla de Sajalin, cuyas montañas aparecían como sombras gigantescas. Cerca de la orilla, en lo alto de un peñón, se erguía el árbol bajo el cual dormía Buran su último sueño.....

VII

Abordamos por fin á la otra orilla, á la provincia de Amur. Tuvimos la desagradable sorpresa de ver que lo de Saltanoff andaba ya de boca en boca. Sobre todo los guiliacos, que andan siempre á caza de noticias, eran los que más hablaban del caso. Encontramos algunos pescando á orillas del mar, y, al pasar junto á ellos, cogimos retazos de frases: «La cabeza de Saltanoff»... «El agua»... y como ellos mismos no echaban muy de menos al comandante, se reían y disfrutaban con todos aquellos pormenores. «¡Sí, reíos, ralea del demonio! A vosotros, ¿qué os importa? A vosotros no os va á pasar nada por eso. Pero á nosotros no nos da risa, porque esa cabeza puede hacer caer todas las nuestras...»

Aquellos hombres nos dieron pescado, y con él, y después de informarnos del camino que debíamos seguir, continuamos nuestra marcha.

Nos parecía andar sobre ascuas: tal miedo nos daba cada ruido. Evitábamos toda vivienda, y en cuanto divisábamos un ruso, nos escondíamos en la taiga y hacíamos desaparecer nuestras huellas. ¿Qué hubiera sido de otro modo? De día descansábamos en el bosque; pero caminábamos la noche entera.

Una mañana, antes de amanecer, vimos en medio del bosque una granja cuyos edificios eran nuevos y estaban rodeados de una cerca con una puerta cochera herméticamente cerrada. A juzgar por nuestros informes, debía ser la granja de que nos habló Buran. Nos aproximamos y llamamos tímidamente. Inmediatamente brilló una luz.

—¿Quién es?—nos preguntaron.

—¡Brodiagas! Traemos un saludo de parte de Buran para Stajey Mitrich.

Ese Stajey Mitrich, el dependiente mayor de Tarjanoff,

estaba ausente en aquel momento; pero había dejado á su segundo la orden de que, si pasaban fugitivos de Sajalin, diese á cada uno cinco rublos, un par de botas, un abrigo, ropa blanca y provisiones á discrección. «Habrán de ir satisfechos—había ordenado—sea el que quiera su número. Reunes á los obreros para que sean testigos de lo que des. No necesitas más asiento, ni más nada.»

En la granja se sabía ya la muerte de Saltanoff; de modo que el dependiente no parecía muy tranquilo.

—¡Ah, amigos!—dijo.—¿No sois vosotros los que habéis matado á Saltanoff? ¡Mal negocio!

—¡Sea quien sea, poco le importa! Lo que importa por el momento es que nos dé algún socorro. Tenemos que saludar á Stajey Mitrich de parte de Buran.

—Y Buran, ¿está otra vez preso en la isla?

—Sí; allí está preso y *le desea á usted una larga vida*.

—Entonces, ¡que Dios acoja su alma!... Era un buen brodiaga, de honrados principios, aunque extraviado. Todavía se acuerda de él Stajey Mitrich, y no hay duda que pondrá su nombre en su oración por los muertos. Pero, ¿cuál era su nombre? ¿No le sabéis vosotros?

—No. Buran, y nada más que Buran; así le llamábamos siempre. Yo creo que él mismo había olvidado su verdadero nombre. Y á la verdad, ¿de qué le hubiese servido á un brodiaga?

—Esa es la cosa precisamente. ¿Qué vida es la vuestra? Si un sacerdote quisiese rezar por vosotros, no sabría siquiera vuestro nombre. Ese viejo tendrá también en su país parientes de alguna clase, hermanos, hijos quizá...

—Claro que sí. Aunque fuese brodiaga y no llevase ya su nombre de cristiano, no había dejado de nacer de una mujer, como todo el mundo.

—¡Oh! ¡qué amarga es vuestra vida!

—Sí; ¡nada hay más amargo! ¡Vivir de limosna, vestirse de harapos, morir sin sepultura! ¡Y así es! ¡Un brodiaga no

tiene siempre un pedazo de tierra donde reposar! Muchas veces muere en medio del desierto. Entonces le devora una fiera ó le desgarran la carne un ave de rapiña, y los lobos roen los huesos dispersos. ¿No es horrible?

Estas palabras nos entristecieron á todos. Aunque esas exclamaciones patéticas tuviesen por principal objeto enternecer al dependiente (es sabido que, cuanto más se lamenta uno delante de un siberiano, más recibe de él), de sobra nos constaba á nosotros que aquello era muy verdad. Qué diferencia entre este hombre y nosotros, pensábamos. Pronto le entrará el sueño; bostezará, se santiguará y se acostará tranquilamente; no tiene frío, ni hambre, ni teme á nadie... mientras que nosotros habremos de vagar por la taiga en esta noche obscura y escondernos al primer canto del gallo, como malos espíritus ante todo buen cristiano.

—En fin, vamos á ver. Ya va siendo hora de que yo me acueste. Por mi parte, doy 20 copeks á cada uno de vosotros; recibiréis, además, todo lo que la casa acostumbra repartir. Después, ¡en marcha, queridos, y que Dios os guíe! No quiero despertar á todos los obreros; tengo tres que son seguros, y me bastará con su testimonio. Me temería algo malo, si hiciese otra cosa. De todos modos, guardáos mucho de pasar por la ciudad de Nikolaievsk. He estado allí el otro día. El ispravnik (1) de ahora es hombre de una energía y de una actividad extraordinarias. Ha dado orden formal de detener á todo extraño, sea quien sea: «detendré á las picazas al vuelo, á las liebres en medio de sus brincos, á las alimañas en su carrera; pero acabaré por echar mano á los fugitivos de Sajalin.» Eso dijo el hombre. De modo que vuestra salvación está en sortear la ciudad; lo que es entrar en ella, no lo hagáis por nada de este mundo.

Nos dió, pues, lo prometido, con la añadidura de algún pescado y de 20 copeks por cabeza como donativo personal;

(1) Comisario de policía de distrito.

luego, alzando los ojos, se santiguó y entró en la granja, cerrando la puerta. Los siberianos apagaron la lumbre y volvieron á acostarse.

Aún faltaba mucho para amanecer. Reanudamos nuestra marcha nocturna, con el corazón oprimido por una angustia rara é inexpresable.

¡Ah, sí! ¡es inexpresable, pero terrible, la angustia del brodiaga! ¡La noche está obscura, la taiga muerta... la lluvia os cala hasta los huesos, el viento os seca... y en el mundo entero no hay un rincón, un asilo donde pueda reposar un instante!

Constantemente se suspira por volver al país natal... pero, apenas habéis llegado á él, cuando hasta los perros barruntan el brodiaga... ¡Si es las autoridades, no hay miedo que se equivoquen! Y bien lo demuestran. No se ha empezado á saborear un momento de libertad en el país, cuando se ve uno cogido de nuevo y restituído á la prisión.

Y la verdad es que á veces, al lado de esa vida errante, de esa vida de parias, la prisión parece una especie de oasis, un paraíso con que se sueña. Aquella noche precisamente, cuando andábamos por aquellos caminos tan largos y difíciles, exclamó Wolodka de pronto:

—Chicos, ¿qué harán los nuestros ahora?

—¿Cómo los nuestros?

—Pues los de Sajalin, cuartel núm. 7. Seguro que á estas horas duermen muy tranquilos, mientras nosotros andamos rodando por aquí... Realmente, más nos hubiera valido no tomar el pendingue.

Reprendí á aquel hombre:

—¡Dejémonos de lloriqueos mujeriles! Hubieras hecho mejor en quedarte allá, puesto que tienes tan pocos alientos... Eso aparte de que tus lamentaciones desaniman á los demás.

Para ser franco, esas palabras me sumían á mí mismo en amargas reflexiones.

Estábamos rendidos, y tal era nuestra fatiga, que dormi-

tábamos andando. Eso les pasa á menudo á los brodiagas. En cuanto yo me dormía, empezaba á soñar con el cuartel. Volvía á ver el muro blanco de la prisión, iluminado por la luna, y, detrás de las rejas, los tablados en que descansaban los infelices presos. Me veía á mí mismo, acostado también, estirando los miembros doloridos; pero ese movimiento, que hacía yo realmente, bastaba para despertarme, y, ¡adiós mi sueño!

Pero los sueños más penosos eran aquellos en que volvía á ver á mis padres. Entonces, ni prisión, ni Sajalin, ni puestos de vigilancia, nada de eso existía. Estoy allá, en la casita paterna; mi madre se halla junto á mí, peinándome y acariciándome el pelo. En la mesa hay una bujía, y cerca está sentado mi padre, calados los anteojos, leyendo gravemente un libro viejo..... Es lector de iglesia..... Mi madre tararea quedito una canción..... ¡Ah! Un puñal clavado en el corazón me hubiera hecho menos daño que despertar de tal sueño. En vez de la casa paterna, un sendero escondido en las entrañas de la taiga. Makaroff va delante, y todos le seguimos en fila. De cuando en cuando se levanta un viento ligero, mueve las ramas y calma enseguida. Allá abajo, al través de los árboles, se vislumbra la línea azulada del mar, y sobre ella clarea un trozo de cielo: es el alba que nace. Nos avisa que el día se acerca, y que debemos pensar en escondernos en alguna quebrada.

¡Y ese mar, cosa extraña, que no se calla nunca! Usted lo habrá advertido, sin duda: parece contar alguna historia, ó entonar una canción, ó murmurar..... no sé qué, que no se entiende, pero que se oye. Por eso, acaso, soñaba yo sin cesar con canciones oídas en otro tiempo..... El mar nos pone tristes á nosotros los brodiagas, porque no estamos acostumbrados á su extraño lenguaje.

Nos acercábamos á Nikolaievsk. Las alquerías iban siendo menos raras para nosotros; el peligro, más grande. Avanzábamos, á pesar de todo, como Dios nos daba á entender, aun-

que siempre muy despacio. De noche seguíamos nuestro camino; pero, en cuanto rayaba el alba, nos apresurábamos á meternos en cualquier escondrijo donde no hubiese penetrado, no ya un ser humano, pero ni un avechucho, ni una alimaña.

Hubiera sido cuerdo rodear á gran distancia la ciudad de Nikolaievsk; pero nos pesaba la soledad; no podíamos ya con tanto desierto. Además, habíamos agotado los víveres. Por todo eso, una tarde nos acercamos á un río. Algunos hombres se entretenían á la orilla en pescar con red. Comprendimos enseguida que esos pescadores eran forzados «libres» (1), y nos llegamos á ellos sin recelo.

—Buenas tardes, señores—dijimos.

—Buenas tardes—respondieron.—¿Vienen de lejos?

Y se trabó conversación. De pronto el starosta empezó á mirarnos fijamente, y, llevándome aparte, me dijo:

—¿No sois por casualidad de la isla de Sajalin, señores viajeros? ¿Sois, quizá, los que habéis dado cuenta del famoso Saltanoff?

No me atreví á decirle la verdad, lo confieso, á pesar de ser de los nuestros; pero en semejantes casos desconfía uno hasta de los suyos. Y á esto hay que añadir que el forzado libre no es ya como el de la comunidad; sus intereses han dejado de ser los mismos. Por ganar el favor de las autoridades, puede delatarnos sin recelo: ¡es libre! En la prisión, donde todos los espías nos son conocidos, no se atrevería á hacerlo, porque no tardaríamos en descubrirle y castigarle.

El starosta notó mi perplejidad, y continuó:

—No temais nada: yo nunca he denunciado á ninguno de los nuestros. Además, damos de barato que no habéis sido vosotros, y no hay más que decir. Pero no os extrañéis: corre por la ciudad el rumor de que ya se ha hecho una sonada en Sajalin, y os veo aquí, á todos los once. Naturalmente, tengo

(1) Forzados que han cumplido su condena, pero que siguen sometidos á un reglamento especial.—*N. del T.*

sospechas..... ¡Ah, amigos! ¡Qué mal negocio! Una verdadera desgracia, porque ello es grave de suyo, y nuestro ispravnik es un zorro de los más largos. Pero, en fin, eso es cuenta vuestra. Si lograis pasar sin que os descubran, tanto mejor para vosotros. Por nuestra parte, podemos ofreceros todas las provisiones que nos queden de nuestra comunidad, puesto que nosotros regresamos esta misma noche. Tened: ahí va todo el pan que hay; además vamos á daros pescado. ¿No os hace falta un caldero?

—Bueno—dije.—Un caldero más no estará de sobra.

—Pues tomadle. Además, á la caída de la noche procuraré traeros alguna otra cosa de la ciudad. ¡Uno tiene que ayudar á los suyos!

Esas palabras bondadosas nos hicieron bien; sentimos algún alivio. Me quité el sombrero, y saludé al excelente hombre en señal de gratitud; los compañeros hicieron otro tanto. Ya era mucho habernos dado pesca; pero lo que nos hacía bien, sobre todo, eran aquellas palabras afables. Así, nosotros, acostumbrados á escondernos, á huir de los hombres, encontrábamos uno que se compadecía de nosotros. Unos nos buscaban para darnos la muerte; éste nos ayudaba á vivir.

¡Pero esa satisfacción estuvo á punto de costarnos bien cara!

Después de marcharse los forzados libres, nuestra gente sintió una alegría insólita. Hasta Wolodka saltaba y bailaba de placer. Todos, en fin, olvidamos durante un momento los temores que nos asaltaban sin cesar. Entonces nos fuimos, cerca del río, á un valle llamado Diemann, en recuerdo del alemán que hizo construir allí sus embarcaciones, y encendimos una buena hoguera, donde colocamos los dos calderos: uno para el te, y otro para la sopa de pescado.

La tarde empezaba ya á declinar; á poco se puso muy obscuro y empezó á caer una lluvia menuda. Pero, como estábamos alrededor del fuego, esperando tomar el te, no hicimos caso de la lluvia. Parece que estoy viendo aún aquel cuadro:

todos sentados en torno de la hoguera, conversando tranquilamente, como santitos en el regazo de Dios.

¡Y cosa increíble, que prueba hasta qué punto solemos llevar nuestro descuido los forzados: no nos pasaba por las mientes que desde la ciudad, cuyas luces percibíamos, se debía ver por fuerza nuestro fuego! En nuestras marchas por la taiga ó los montes, nos alarmaba el menor ruido, y ahora hacíamos una fogata enfrentito de la ciudad, y nos calentábamos con todo sosiego, departiendo tranquilamente, como si todo marchase á maravilla en el mejor de los mundos.

Por dicha nuestra, vivía allí á la sazón un antiguo funcionario, excelador de la cárcel de N. Todos los presos que llenaban esa cárcel han conservado un buen recuerdo de ese viejo; y ha habido muchos, porque la cárcel es muy grande. Se llamaba Samaroff, y era conocido en toda Siberia. Y yo mismo, al saber recientemente que había muerto hace dos años, he ido expresamente en busca del pope (1) y le he dado 50 copeks para que dijese una misa por el descanso de su alma. ¡Era un corazón excelente aquel viejo! ¡Que Dios le tenga en su santa paz! Todo se le iba en reñir y echar pestes por la boca..... ¡Es inaudito lo que nos reñía! Se desgañitaba, montaba en cólera, daba patadas en el suelo, apretaba los puños, y, sin embargo; nadie tenía miedo de él..... Jamás se le guardaba rencor, por supuesto, porque, en resumidas cuentas, era un hombre justo. Nunca vejaba á los presos, nunca los atormentaba, nunca trataba de apropiarse su dinero, salvo, naturalmente, el que la comunidad le daba de buena voluntad en recompensa de sus buenos servicios.

Hay que decir también que los presos, individualmente, no olvidaban tampoco al viejo, cargado de numerosa familia.

Reunió así una fortunita bastante redonda.

En la época á que me refiero, ese excelador se había jubilado, y vivía tranquilamente en su casita, en Nikolaievsk.

(1) Sacerdote.—*N. del T.*

Como en lo antiguo, seguía en buenas relaciones con los nuestros, con los que habían extinguido su condena.

Quiso la suerte que en el momento en que nosotros descansábamos tan á gusto en el valle al amor de la lumbre, Samaroff estuviese sentado á la puerta de su casa, fumando su pipa. De repente ve aquellas llamas en el valle de Dickmann.

—¿Pues quién ha podido encender esa hoguera?—se pregunta.

Llama entonces á dos forzados libres que acertaron á pasar por allí.

Les interroga:

—¿Dónde pescan hoy vuestros compañeros? ¿Sería en el valle de Dickmann?

—No—responden.—Debe ser un poco más lejos. Además, han debido volverse esta misma noche.

—Eso mismo pensaba yo. ¿Y veis aquella hoguera allá, al otro lado del río?

—Sí; la vemos.

—Pero ¿quién ha podido encenderla? ¿Qué os parece á vosotros?

—No sabemos nada, Stepan Savelievich; algunos caminantes probablemente.

—Caminantes decís..... ¡Es que no se os mueve el espíritu de pensar en vuestros compañeros, poltrones!.... ¡Siempre tengo que ser yo el que piense en todo el mundo! ¡Y eso que habéis oído lo que dijo anteayer el ispravnick hablando de los sajalineses!..... Se los ha visto muy cerca..... ¿Si fuesen esos imbéciles los que hubiesen encendido esa hoguera, eh? ¿Si fuesen ellos?....

—Es posible, Stepan Savelievich. Acaso sean ellos los que la han encendido.

—Pues si es así, han hecho su suerte; no habrá quien dé nada por su vida. ¡Vaya con los sandios!.... No estoy seguro de que el ispravnich esté en la ciudad..... Pero si no está ahora, estará dentro de poco; verá enseguida la hoguera, y man-

dará un destacamento para prenderlos. ¿Qué hacer?.... Porque el caso es que me dan lástima esos tunantes..... Van á perderse todos á causa de ese Saltanoff. Vamos, hijos, preparadme una canoa.....

Nosotros, entretanto, seguíamos sentados á nuestra hoguera, esperando que acabara de hacerse la sopa; ¡ya iba fecha desde que no entraba cosa caliente en nuestro cuerpo! La noche era obscura; venían del Océano espesos nubarrones; en el fondo del barranco y en la espesura de la taiga, seguía oyéndose el menudo goteo de la lluvia. Pero todo eso no servía sino para ensancharnos más el alma; para nosotros, los parias, una noche obscura es una madre protectora: cuanto más fosco se pone el cielo, más se alborozan nuestro corazón.

De repente vemos á nuestro tártaro pararse á oír; esos tártaros tienen oídos de tísico. Yo también me pongo á escuchar, y, en efecto, me parece que reman sordamente. Me acerco á la orilla..... no me engañaba. Sí, es una canoa que va siguiendo el ribazo. Se distinguen perfectamente los remeros, y el timonel con su reluciente escarapela en el gorro.

—Estamos perdidos—dije á los camaradas.—¡Es el ispravnik!

Todos se ponen en pie de un salto, tiran los calderos y huyen hacia la taiga.

Los detengo; doy la orden de no dispersarse, porque, me decía:—Hay que ver de qué se trata, y todos juntos podemos defendernos aún, particularmente si no son muchos.—En espera, nos escondimos detrás de los árboles.

Arriba la canoa, y saltan á tierra cinco hombres.

Uno de ellos se hecha á reír:

—¿A qué viene escaparse así, hatajo de imbéciles?—dijo. —No tardaréis en estar aquí todos; tengo un medio mágico para sacaros de vuestros escondrijos. ¡Vaya unos valientes que salen huidos como liebres!

A mi lado, detrás de un cedro, estaba Daryine.

—¡Calle, Vassily!—dijo.—¡Qué raro! Me parece que conozco yo la voz del ispravnik.

—Cállate—respondí.—Vamos á ver en qué para todo esto. No son muchos.

Entonces uno de los remeros, adelantándose, preguntó:

—¡Eh! ¡no tengáis miedo!.... ¿Hay entre vosotros alguno que conozca á un preso de nuestra cárcel?

Ninguna respuesta. Apenas respirábamos.

—Pero ¿qué es lo que os ha dado, demonios?—gritó.—Acabad de decir si conocéis á alguno de la cárcel; puede que entonces nos reconozcáis á nosotros,

Yo respondí:

—Poco importa que conozcamos ó no. De todas maneras, más nos hubiera valido á todos no encontrarnos, porque no nos entregaremos vivos.

Con estas palabras advertía á los compañeros que estuviesen preparados. Ellos no pasaban de cinco; de modo que nosotros éramos los más fuertes. Lo malo, me decía, es que van á disparar tiros de revólver que se oirán desde la población. Pero, en fin, puesto que de todas maneras estamos perdidos, no nos rendiremos sin combatir.

El viejo volvió á tomar la palabra:

—Vamos, hijos, ¿será posible que ninguno de vosotros reconozca á Samaroff?

Daryine me dió otra vez con el codo.

—Verdad—dijo;—debe ser el celador de N.

Y alzando la voz preguntó:

—¿Se acuerda usted de un tal Daryine?

—Vaya si me acuerdo; era uno de mis starostas en N. Se llamaba Theodot, si no me engaño.

—¡El mismo, señor! Salid, compañeros, es nuestro padre. Todos nos presentamos.

—¿Y qué? ¿Ha venido usted aquí para detenernos? Pero suponemos que no.

—¡Ah! ¡Qué bobos sois! ¡Es que os he tenido lástima, im-

béciles! Pero ¿en qué estábais pensando, más que idiotas, para hacer una fogata frente por frente de la población?

—Estábamos calados hasta los huesos; como llovía.....

—*¡Llovía!* ¡Y á esto se llama brodiagas! ¡Sin duda que os habría matado la lluvia! Suerte habéis tenido, y por dos lados: porque me ha dado á mí el capricho de fumar la pipa á la puerta y porque no ha vuelto aún el ispravnik. Si hubiese vuelto y ve vuestra hoguera, él sí que os hubiera puesto á secar enseguidita. ¡Vaya, vaya con los niños! A lo que veo, no os habéis despabilado todavía, á pesar de haber hecho lo de Saltanoff. ¡Canallas! ¡Vamos! ¡A apagar ese fuego y á meterse en el valle más aprisa que á paso, y lejos, lejos! ¡Allá podéis encender todas las hogueras que queráis! ¡Canallas!

Y el viejo seguía despotricando y daba suelta á su provisión inagotable de pestes. Nosotros reíamos so capa. Por fin nos dijo, más tranquilo:

—Ahora, ¿sabéis? allá en la canoa hay pan y te, que os he traído. ¡No vayais á llevar un mal recuerdo de Samaroff! Y si Dios quiere sacaros del mal paso en que estais, si uno de vosotros se encuentra alguna vez en Tobolsk..... que vaya á la catedral y ponga una vela á mi santo patrón. En cuanto á mí, bien lo veo, está escrito que moriré en este país; la fortuna de mi mujer, la casa que me ha traído en dote y que habitamos, todo eso me ha hecho echar raíces aquí..... Y luego, ya soy viejo. Pero eso no quita para que yo también me acuerde de la tierra en que nací. Y ahora ¡adiós! ¡Ah! otro consejo para acabar: dividíos en grupos pequeños. ¿Cuántos sois ahora?

—Somos once.

—¡Once! ¡Once!..... ¡Cómo no decir, después de eso, que os falta un sentido! ¡Si deben conoceros ya en Irkutsk! ¡Y seguís yendo así, en masa, tan campantes y satisfechos!

Después de esta última amonestación, el viejo volvió á su canoa y se fué. Nosotros nos internamos en el valle. Allí hicimos el té y la sopa; luego repartimos las vituallas y nos separamos, tomando el consejo del viejo. A mí me tocó de

compañero Daryine; Makaroff se fue con los circasianos; el tártaro se unió á otros dos brodiagas, y los tres restantes formaron el cuarto grupo. Después no hemos vuelto á vernos. No sé si se han muerto ó viven. En cuanto al tártaro, he oído decir que volvieron á cogerle y á mandarle á Sajalin, pero no estoy seguro de ello.

Aquella misma noche, antes de que empezase á apuntar el día, Daryine y yo atravesamos furtivamente la ciudad de Nikolaievsk. No encontramos á nadie. Sólo oímos un perro que se puso á ladrar en una casa de labor.

Al salir el sol habíamos andado ya unas diez vertas por la taiga y volvíamos á costear la carretera, cuando de repente oímos un campanilleo que se acercaba. Nos escondimos detrás de una espesura y miramos: vimos pasar entonces una silla de postas con tres caballos, y en el fondo de ella al ispravnik, que dormía como un bendito envuelto en su capote.

Daryine y yo nos persignamos. ¡Loado sea Dios! No estaba en la ciudad ayer noche; nos buscaba, nos perseguía, y su ausencia nos ha salvado.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

VIII

Mi fuego se apagaba; la yurta estaba tan caliente como un horno. El hielo de las ventanas empezaba á derretirse, señal de que la temperatura de fuera era menos baja, porque durante los fríos muy intensos no se funde nunca, ni en el exterior ni en el interior, por mucho calor que haga en las habitaciones. Cesamos, pues, de echar leña á la chimenea, y yo salí para cerrar el tubo.

En efecto: la niebla había desaparecido ahora completamente; la atmósfera estaba más diáfana y templada. Por el Norte, tras la masa negra de los bosques que coronan las colinas, corrían rápidamente por el cielo blanquecinas nubes proyectando débiles claridades; y en medio de la noche profunda

y fría, esos torbellinos de vapor parecían salir de un pecho enorme: hubiérase dicho que pasaban silenciosos suspiros inmensos del uno al otro confín del horizonte para ir á extinguirse suavemente en el obscuro azul del cielo. Era una aurora boreal cuyos débiles resplandores jugueteaban en el firmamento.

Cediendo á un encanto singular y triste, permanecía yo en el techo, siguiendo, abstraído, aquellos reflejos de oro pálido que iluminaban el horizonte. La noche reinaba á la sazón como soberana en toda su fría y melancólica belleza. Arriba, en la bóveda celeste, centelleaban las estrellas; abajo se dilatava una llanura de nieve, inmensa sábana blanca y lisa; sobre esa blancura destacábase la negra cresta de la taiga, y en el confín del horizonte se dibujaba el agudo perfil de los montes azulados. Y todo ese cuadro, impregnado de frío y silencio, inundaba el alma de una dulce tristeza. Me parecía que una voz, entrecortada por sollozos, recorría el espacio repitiendo estas palabras terribles: «¡Lejos, lejos de todo lo que amaste!»

Cuando entré en la yurta, dormía el brodiaga: se oía distintamente su respiración igual.

Yo también me acosté; pero, bajo la impresión del relato que acababa de oír, no pude dormir en mucho tiempo. A veces el sueño parecía invadir mi cabeza ardorosa, pero entonces, como si lo hicieran de intento, el brodiaga se rebullía en su banco, murmurando palabras ininteligibles. Aquellos sonidos agitados y confusos que salían de su pecho alejaban en seguida el ligero sueño que se había apoderado de mí. Me incorporaba, y volvía á recorrer en imaginación, unas tras otras, las escenas de la odisea que acababa de escuchar. [En fin, si me adormecía, creía oír á mis pies el susurro de los pinos y de los cedros; me veía en lo alto de un peñasco mirando las casetas blancas de los cordones de tropa en el fondo de una hondonada, y entre aquellos muros blancos y mis ojos se cernía blandamente en el vacío un águila de alas gigantescas.

Y mi sueño me trasportaba más lejos cada vez de aquella yurta donde reinaba una obscuridad desesperante. Me sentía circundado por un soplo de viento que aspiraba libremente; zumbaba en mis oídos el rumor sordo y confuso del Océano; el sol se ocultaba; bajaban á la tierra reflejos azulados de crepúsculo, y mi lancha se columpiaba blandamente sobre las ondas.

¡Es que aquel brodiaga me había trastornado completamente con su narración! Yo me imaginaba el efecto que debía producir aquella epopeya, contada á los forzados entre las cuatro paredes de una prisión ahogada y cerrada á piedra y lodo. Y me preguntaba por qué el relato se grababa tan profundamente en mi espíritu. No era por las dificultades de los caminos que habían recorrido, ni por lo que tuvieron que sufrir, ni aun por la angustia constante é indeciblemente cruel que llena el alma de un brodiaga. No, no. Era por la extraña poesía que se asocia á esta palabra: libertad! Esa fuerza atractiva, ese soplo poderoso, esa aspiración hacia el mar, hacia la taiga, hacia las estepas, eran lo que hacía latir tan violentamente mi corazón; y si á mí, que no albergaba ya esperanzas, podía seducirme aún esa libertad, ¡qué incentivo no debía tener para el brodiaga que había paladeado ya la envenenada copa del deseo insaciable!

El brodiaga seguía durmiendo; á mí mis pensamientos no me dejaban ningún reposo. Yo olvidaba completamente las circunstancias que habían conducido á Vassily á la cárcel y al destierro, lo que había padecido y las faltas que cometió al dejar de obedecer á sus padres. No veía en él más que un joven lleno de vida y de energía cuya pasión era la libertad, y que buscaba su camino para lanzarse. ¿á dónde?

—Sí; ¿á dónde?

En las palabras confusas que murmuraba el brodiaga, me parecía oír no sé qué quejas vagas, indefinidas. Me adormecí bajo la impresión de ese enigma indescifrable, y siguieron asediándome sueños sombríos. El sol se había puesto ya. Yo

veía la tierra ingente, infinita, melancólica y triste, sumergida por entero en una atmósfera de pensamientos dolorosos. Denso y silencioso nublado se cernía en el cielo... Sólo el horizonte se iluminaba con los débiles rayos del crepúsculo. Allá, en cierto punto, á lo lejos, al pie de las montañas azuladas y vaporosas, brillaba una lucecita... ¿Qué es? ¿La llama del hogar paterno, tanto tiempo hace abandonado, ó un fuego fatuo sobre la tumba ignorada que me espera?

Era ya muy tarde cuando me dormí.

IX

Al despertarme, los rayos oblicuos del sol, atravesando el hielo de la ventana, retozaban en el suelo de la yurta. Serían alrededor de las once. El brodiaga no estaba ya.

Tenía que ir á mis cosas á la sloboda. Enganché, pues, mi caballo á un trineito, y salí de casa tomando la larga calle del pueblo. El día era despejado y relativamente templado; teníamos unos 20 grados Réaumur; pero... todo es relativo en este mundo, y lo que se llama en todos lados el punto culminante del invierno, se miraba aquí como el primer soplo de la cercana primavera.

Las bocanadas de humo, que salían á la vez de todas las yurtas de la sloboda, no subían ya hacia el cielo en forma de columnas rígidas, derechas é inmóviles, como acontece durante los grandes fríos, sino que se inclinaban hacia el Oeste. Del Océano Pacífico soplaba un viento Este que traía calor.

Casi la mitad de la sloboda está habitada por tártaros desterrados; como aquel día era su fiesta, la calle estaba bastante animada. A cada instante rechinaba sobre sus goznes una puerta cochera, y se veía salir un trineo ó caballos de silla sobre los cuales se tambaleaban jinetes medio beodos. El hecho es que esos discípulos de Mahoma tienen la memoria algo flaca para las prohibiciones del Corán. Así se explicaban las

eses caprichosas que describían jinetes y peatones por las calles de la sloboda.

A veces un caballo asustadizo se echaba á un lado bruscamente, el trineo daba la vuelta, el caballo se escapaba á todo el correr de sus piernas, y el dueño, sin soltar las bridas, bregaba en el suelo, de bruces en la nieve, levando en torno suyo una verdadera nube de polvo blanco.

No poder contener el caballo y rodar del trineo, es cosa que puede sucederle á cualquiera cuando está «alegre». Pero sería un bochorno para un buen tártaro soltar las riendas, por apurado que sea el trance.

Ahora la calle, recta como una I, empieza á animarse y á agitarse de una manera particular. Los jinetes se dirigen hacia los setos; los peatones se colocan en fila; las mujeres tártaras, con sus «chadras», muy adornadas y puestas de mil colores, mandan á los niños á las casas respectivas. De todas las yurtas salen curiosos, y todas las miradas se dirigen hacia el mismo punto.

Al extremo de la larga calle aparece un pequeño grupo de jinetes. Es que van á celebrarse las carreras, el espectáculo que apasiona á los yacutas lo mismo que á los tártaros. Formaban el grupo unos cinco jinetes que volaban como el viento. Cuando pasó cerca de mí la cabalgata ví delante el caballo rodado en que Baghylai había ido á mi casa la víspera. A cada salto ganaba terreno, é iba agrandándose continuamente la distancia que mediaba entre él y los otros caballos que dejaba atrás. Pasaban todos como un huracán, y el suelo temblaba á su paso.

Los ojos de los tártaros, excitados, relucían casi siriestramente. Todos aquellos *gentlemen-riders* agitaban brazos y piernas y se desgañitaban á gritos, casi tumbados de espaldas sobre el lomo de sus monturas. Sólo Vassily montaba «á la rusa», inclinado hacia el cuello del animal, lanzando á ratos gritos estridentes, secos y cortantes como latigazos; su caballo, rasando el suelo con la panza, hendía el aire como un ave.

Las simpatías de la muchedumbre, como sucede siempre en tales casos, eran para el vencedor.

—¡Vaya un mozo!—exclamaban extasiados los espectadores; y los ladrones viejos de caballos, idólatras de todo sport, puestos en cuclillas, imitaban el galope y se golpeaban las rodillas, llevando el compás de las zancadas.

Vassily, que volvía con su caballo cubierto de espuma, se llegó á mí en medio de la calle.

Sus rivales venían lentamente á distancia, corridos de vergüenza.

El semblante del brodiaga estaba pálido; sus ojos encendidos brillaban. Noté que estaba algo bebido.

—Andamos alegres—me gritó inclinándose sobre el caballo y agitando el gorro.

—Eso, allá usted—respondí.

—¡Ea, no te enfades!..... No hay peligro; yo puedo alegrarme; pero perder la cabeza con el vino, ¡jamás! Y sea dicho de pasada: no des mis maletillas á nadie bajo ningún pretexto, ni aun á mí mismo si fuese á pedírtelas.

—¡Comprendido!—respondí fríamente;—pero le suplico que no se le ocurra ir á verme si está borracho.

—Corriente; puedes estar tranquilo—dijo el brodiaga sacudiendo las riendas sobre el cuello del caballo.

El animal resopló, se encabritó y echó á andar después de algunos botes. Vassily le detuvo, y volviendo otra vez hacia mí añadió:

—¡Qué caballo! ¡Es oro! Por eso había apostado yo. ¿Ha visto usted cómo corre? Ahora le venderé á los tártaros al precio que quiera. Porque los tártaros pierden el seso por un caballo hermoso:

—Pero, ¿por qué quiere usted venderle? ¿Qué caballo va usted á montar entonces?

—Le vendo, sí, como lo oye..... un conjunto de circunstancias.

Sacudió de nuevo las riendas, pero sin alejarse.

—La verdad es que acabo de encontrar aquí á uno de mis compañeros..... Ahora lo dejo todo. ¡Ea! ¡A vivir! Mira aquel tártaro de allá, el que está montado en un garañón con pintas..... ¡Eh, ¡tú!—gritó, llamando al tártaro, que estaba detrás de él.—¡Ajmetka! ¡Ven acá!

El caballo de piel pintada se adelantó hacia mi trineo con paso majestuoso y moviendo gallardamente la cabeza. El tártaro que le montaba se quitó el sombrero y me saludó, animando su astuto semblante con una alegre sonrisa. Yo le miré con curiosidad. Sus ojuelos brillaban gozosamente, fijándose en su interlocutor con una familiaridad picaresca, que parecía decir á todo el mundo: «Nosotros nos comprendemos el uno al otro. Yo soy seguramente un ratero, pero la cosa es ser ratero con maña, ¿no es verdad?»

Y mirando atentamente aquella cara de pómulos abultados, aquellas arrugas joviales en torno de los ojos, aquellas orejizas delgadas y aventadas que parecían mirar de un modo tan ridículo á cada lado de la cabeza, acababa uno por sonreír sin querer. Entonces Ajmetka, creyéndose comprendido, se daba por satisfecho, meneando la cabeza campechanamente, en señal de solidaridad de opiniones.

—Es un compañero—añadió, señalando á Vassily.—Habíamos hecho juntos el camino como brodiagas.

—¿Y ahora, dónde vives? Yo no me acuerdo de haberte visto hasta aquí en la sloboda.

—He venido en busca de mis papeles. Voy á las minas de oro, donde trafico en aguardiente (1).

Yo miré á Vassily. Bajó al pronto la cabeza, pero enseguida, recogiendo las riendas del caballo, volvió á alzarla atrevidamente con aire provocativo y miradas inflamadas.

(1) Es decir: iba á introducirle de una manera clandestina á cambio de oro, con exposición de que le condenaran á trabajos forzados, porque en las minas está prohibido ese comercio.—*N. del T.*

Apretaba los labios, pero el inferior temblaba de una manera visible.

—Me vuelvo á la taiga con él. ¿Qué tienes tú que mirarme así? ¡Soy un brodiaga, ea! ¡Sí: un brodiaga!

Pronunció estas últimas palabras en el momento en que su caballo salía á galope.

Un instante después no se oía ya más que un golpeo de cascos, que iba alejándose en medio de una helada polvareda.

Un año después reapareció Ajmetka en la sloboda para recoger sus «papeles». Pero no se volvió á ver á Vassily.

VLADIMIRO KOROLENKO.

EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y

LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

Ahora andamos todos muy preocupados con eso de nuestra regeneración. A juzgar por la fiebre regeneradora que nos ha cogido de la noche á la mañana, y por lo que *opportune et importune*, del último modo y á tontas y á locas casi siempre, se habla del asunto, pudiera creerse, y habrá muchísimos cándidos que crean que la cosa va de veras. Como tras de la tempestad suelen aparecer sobre la tierra, saltando y metiéndose por todas partes, verdaderas plagas de animalitos que no se sabe de dónde vienen ni á qué, que parece esperaban ansiosos aquella ocasión para salir de sus escondrijos, y que por su abundancia y aparición inesperada podría juzgarse que habían sido generados espontáneamente, por la fuerza del chaparrón, ó que habían caído de las nubes, así también, como incubados en medio de la tempestad que nos ha estado azotando y moliendo los huesos por tanto tiempo, y cuyos resultados sabe Dios si podrán ser remediados algún día, ha brotado, al suspenderse aquélla, tal plaga de regeneradores, en tan enorme número, que casi no va á quedar nadie sobre quien ejercer semejante acción benéfica. Toda la baraja se va volviendo ases.

En la historia se conocen muchas epidemias sociales, y no ha sido la menos frecuente la de los pseudo-regeneradores de mil clases; esa epidemia nos ha tocado, por lo visto, á nosotros ahora. Todo el mundo se considera llamado á redimir, con su sacrificio, á este pecador pueblo, harto pecador, sí, y harto necesitado de algún Mesías que lo salve; y todos piensan que lo han de hacer tan á maravilla, que á los dos días de comenzada la obra se podrá ésta dar por concluída y estaremos tan remozados y transformados que no habrá nadie que nos conozca. El mote de «Turquía occidental», con que en otros países se conoce á España, ó no seguirá aplicándose, según los flamantes regeneradores ó si por el pronto no desaparece, como no desaparecen de súbito los hábitos muy arraigados, habrá de ser empleado inadecuadamente.

«¿Cree usted que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos?» «Sí, padre; pero ya verá usted como no viene.» Muchísima falta nos hace esa regeneración, pero no tendremos la fortuna de conseguirla; si es que, so pretexto de conducirnos á ella, no se nos degrada todavía más de lo que estamos y se nos coloca en situación de que, no ya los turcos, sino los más salvajes de entre los salvajes se avergüencen de ser comparados con nosotros.

Porque los signos de capacidad de los futuros salvadores no son muy abonados. La característica de los hombres superiores, como debieran serlo aquéllos de que se trata, tiene que ser la previsión; no han de ser de los que no se acuerdan de Santa Bárbara hasta que truena; deben, por el contrario, prevenirse contra los nublados en tiempo bonancible y estar continuamente averiguando las causas de futuras posibles tronadas para precaverse contra ellas y evitarlas. ¿Cuándo hemos reconocido nosotros los españoles, cuándo han reconocido nuestras clases llamadas «ilustradas», nuestros gobernantes, nuestros periodistas, nuestros escritores, nuestros abogados, nuestra magistratura, nuestro profesorado, etc., su inmensa inferioridad con respecto á los de otros países? ¿Cuándo han

visto y confesado nuestra vergonzosa postración, señalado el peligro que esto envolvía y clamado á gritos por que fuera conjurado, empleando á tiempo los adecuados medios? ¿No decían hace aún pocos meses que hemos sido siempre y seguíamos siendo el primer pueblo del mundo, el más admirable, aquel cuyos miembros se hallaban dotados de mejores condiciones, de mayor vitalidad y fuerza, el pueblo con el que ningún otro, ni antiguo ni moderno, podía resistir comparación? ¿No ha durado ese engreimiento y esas necias bravatas hasta ayer mismo, hasta ayer, cuya jornada no debía en manera alguna haber sorprendido á los hombres de las clases que se dicen «directoras», si se hubieran hallado adornados de las cualidades que decían tener y debían haber tenido para ocupar la posición que ocupaban? Eso que se llama ahora «el desastre» no es más que un episodio, quizá de no gran significación, del mismo; pues hace muchísimo tiempo que estamos en pleno desastre, en catástrofe completa, no siendo lo que ahora se nombra tal sino el fruto maduro, que se cae ya por sí solo cuando le falta toda resistencia para mantenerse en pie. ¿Y quién, de todos esos que al presente claman y se conduelen tanto, de los que, como los imprevisores, como los niños, se echan las manos á la cabeza cuando ya no les alcanzan, quién de ellos había dado la voz de alarma sobre la situación deplorable en que nos encontrábamos, no ya de años, sino de lustros y aun de siglos atrás? ¿Quién había tenido la valentía y la sinceridad de reconocer que el juicio que de nosotros se tenía formado fuera de España era en general y sustancialmente verdadero (1), y rompiendo con todos los convenciona-

(1) Nuestra escasa ciencia, la parte con que vienen contribuyendo los españoles á la construcción del edificio de la misma, es por lo regular—y aparte muy pocas excepciones individuales—desconocida enteramente de los extranjeros; forma, por tanto, una corriente aparte, no incorporada al caudal de la ciencia moderna. Raros son los libros españoles que suelen verse citados en los trabajos científicos extranjeros, lo cual sucede

lismos ridículos y nocivos en que estamos viviendo, se había «desposado con la verdad» y exigido que se variara de rumbo, esto es, que nos hiciéramos merecedores de que tal juicio fuera rectificado? ¿No son los mismos que ahora confiesan nuestra inferioridad y pretenden ser los llamados á elevarnos y regenerarnos, los que han cooperado con todas sus fuerzas á producirla, los que no consentían que se nombrara á un militar sin calificarlo de «bravo y pundonoroso», á un profesor sin anteponerle lo de «docto», á un magistrado sin lo de «recto», á un abogado, un ministro, un empleado, sin lo de «ilustre y apto», á un comerciante sin que fuese «honrado», y así sucesivamente, á pesar de que con ello se sabía faltar á la verdad? ¿No son ellos los que han fomentado la hipocresía y la mentira que nos tienen consumidos y que han originado la dualidad antagónica, que todo lo penetra, trastornándolo, entre la vida real ó verdadera y la legal ó ficticia, y entre la moralidad pública y la privada, de suerte que al bribón y al canalla que cuida de no caer entre las redes del Código penal, y que por *fas* ó por *nefas* no ha podido llevarsele ante los tribunales y condenarlo, hay forzosamente que tratarlo de «honrado» y

porque se nos juzga como cosa despreciable y de cuya contribución científica puede prescindirse sin causar agravio á la ciencia.

Un hecho que puede dar idea del aprecio en que se nos tiene en el orden que nos ocupa, no menor ciertamente del que en otros órdenes se hace del pueblo del flamenquismo y las corridas de toros. En un Congreso científico internacional tenido en cierta capital extranjera, algunos miembros del mismo se sorprendían de las doctrinas originales y atrevidas de un congresista, sin otra razón que la de ser español, y le preguntaban por eso si no había sido educado fuera de su país.

No hay que decir que en otros órdenes se tiene formado de nosotros un juicio muy análogo. ¿No lo mereceremos? Es verdad que todas nuestras cosas no pueden ser absolutamente malas, algo habrá que merezca aprecio; pero debe ser relativamente tan poco, que no destruya ni desvirtúe la impresión de conjunto que en nuestro país reciben los extraños, y que les obligue á pensar que no compensa el oro que pueda recogerse el trabajo de buscarlo entre tanta escoria.

«caballero», y á ese mismo canalla y bribón, adúltero, etc., es al que se le confían los puestos oficiales, con lo que el manejo de la cosa pública y la dirección social toda se halla en manos de gentes inmorales bajo el aspecto privado («vividores», «sanguijuelas» y «bandidos» de toda calaña), pero de quien no se puede decir que lo sean, so pena de ser perseguido por injuria y calumnia, y cuya conducta privada se dice que no puede estorbar en nada para que sean oficial y públicamente tan honrados y estimados como el que más? ¿No son los individuos de que se trata, los que se diputan á sí mismos por regeneradores, quienes han contribuído tan eficazmente á la ruína de España, haciendo predominar de un modo tan corruptor el poder de la «influencia», al punto de que hace mucho tiempo que nadie piensa en este desdichado país en ocupar su sitio conquistándolo con su esfuerzo propio, sino despojando de él, merced al auxilio del padrino político, á quien debería ocuparlo con mejor derecho, habiendo llegado en este punto á tal estado que, más que posibilidad de regeneración, lo que se ofrece en perspectiva es una muerte inevitable, por haberse convertido la mitad de los españoles en parásitos que viven á costa de la otra mitad, y no tener esta última ya fuerzas para mantenerse en pie y sostener á los que se nutren de su sangre? (1) Finalmente, ¿no han sido esos que se sienten hoy

(1) Este vicio de hacerse todo por «influencia» está tan arraigado entre nosotros, que casi podría decirse es ya constitucional en nuestro organismo, y trabajo le mando al que trate de corregirlo totalmente, mucho menos de pronto. ¿No es ahora cuando comenzamos nuestra regeneración, según por ahí se dice? Pues el ejemplo de la manera de comenzarla nos lo ha dado el propio señor Ministro de Estado, Duque de Almodóvar del Río, uno de los encargados, por lo visto, de llevarla á cabo, el cual, en los mismos momentos de nuestros mayores apuros, deja cesante á un alto empleado de su Departamento, sin más motivo al parecer que el de que, habiendo presidido dicho empleado un tribunal de oposiciones á plazas de agregados diplomáticos, no hizo cuanto humanamente fuera posible, y aun más, para que los favorecidos con aquéllas fuesen los recomen-

obligados á meterse á redentores los que, cuando alguien ha dado el aviso de nuestra postración intelectual, social, económica y de todas clases en años anteriores, y reclamado la urgencia de poner dique á tan peligroso modo de vivir, han fingido escandalizarse y han tildado de falta de patriotismo el poner al descubierto nuestras lacerías y nuestra ignorancia de lo que necesitábamos saber; de pesimismo injustificado, el anuncio del resultado á donde forzosamente íbamos á parar; de idealismos soñadores, los proyectos de reformas que se proponían, y de innovaciones innecesarias ó peligrosas, cuando

dados por el señor Duque. Los periódicos han dado cuenta también de los actos de nepotismo realizados con motivo del nombramiento de ciertos individuos agregados á la Comisión que en estos momentos discute en París con los delegados norteamericanos las condiciones del tratado de paz entre los Estados Unidos y España. Y si esto se hace en trances que todos llaman «tristísimos», cuando aún no se ha amortajado el cadáver causante del «duelo nacional», ¿qué no ocurrirá luego que se le entierre y se disipe la impresión dolorosa de los primeros instantes? ¡Esta, esta es la regeneración que nos espera, la que son capaces de hacer los que vienen prometiéndonosla!

Tenemos tan metida en la sangre la idea de que ha de hacerse todo por «influencia» y «recomendación», que no nos asusta, sino que nos parece naturalísimo que ellas sean los únicos resortes que impulsen nuestra vida. Los Gobiernos no sólo hacen de ellas un uso enorme, sino que á veces no se recatan de decirlo. Recuérdese, por ejemplo, que hace dos años, cuando con ocasión del crimen de la calle de Cambios Nuevos, de Barcelona, el Gobierno pensó en crear, y creó, un Cuerpo especial de policía judicial para la persecución de los anarquistas, el mismo Gobierno se creyó obligado á advertir oficiosamente, por medio de los periódicos, que el nombramiento de los individuos que habían de componer ese Cuerpo se haría «sin atender á las recomendaciones». Lo cual era una confesión implícita de que la norma ordinaria de su obrar era el atenderlas; y se puede apostar doble contra sencillo que aun entonces se atendieron también. Nadie, que yo sepa, protestó contra lo que suponían tales palabras del Gobierno, ni nadie advirtió que ese es un camino de perdición. ¿Y vamos á ser capaces de abandonarlo estando tan de patitas metidos en él? ¡Ni aunque un Mefistófeles se empeñara en transformarnos de pronto, como á Fausto!

no heréticas, la pretensión de que se hiciera algo de lo que estaban ya cansados de haber hecho, en las diferentes esferas de la vida social, los pueblos que figuran como los más adelantados?

No basta con hablar mucho de regeneración para que ésta quede lograda, ni basta tampoco con desearla ardientemente; hay que comenzar por hacerla posible. Y para hacerla posible, hemos de conocer por fuerza quienes somos, confesando nuestra inmensa pequeñez y dejando á un lado arrogancias que no sientan bien en nuestros labios ni tienen más base positiva que el desconocimiento de nuestro verdadero valor. La ignorancia: este es nuestro grande y fundamental enemigo; ignorancia arriba é ignorancia abajo; en los directores y en los dirigidos; en los que siendo ineptos para ejercer la misión tutelar del mando, la desempeñan, sin embargo, merced á la intriga, á la audacia y al favor inmerecido, y en los que si no tienen otros guías, es verdaderamente porque no saben proporcionárselos, porque, como de ordinario se dice, «no son dignos de ellos.» Para hacer cualquier cosa, hay que ponerse en condiciones de saberla hacer, y de saberla hacer con el mínimo gasto de fuerzas posible, reservándolas para nuevas empresas; hay que conocer los elementos que han de intervenir en la obra y el modo de utilizarlos con el máximo resultado. La de nuestra regeneración es una obra magna, complicadísima, para la que hay que tocar muchos resortes y que poner en juego muchos factores. Como toda obra social, es difícilísima, y no está al alcance del primer audaz que se presente como idóneo y dispuesto á llevarla á cabo. Un solo camino hay para acometerla en serio, camino muy largo, por el que no se puede marchar de prisa, sino con extremada lentitud, sobre todo al principio (dados los primeros pasos en firme, y habituado el viajero, luego se camina con movimiento cada vez más acelerado, encontrando la vía á cada momento más y más expedita): el camino del estudio, el de la averiguación y conocimiento de nuestro presente estado y de los medios

que podemos y debemos utilizar para colocarnos á la altura de aquellos otros pueblos que, por estar haciendo uso de los mismos, son más ricos, más ilustrados, más poderosos en todos sentidos que nosotros; á la altura de aquellos otros pueblos que, gracias á un examen constante de las fuerzas naturales y sociales, tienen una representación mental exacta de las mismas, conocen su eficiencia y poder, y se hallan, por consecuencia, en aptitud de hacer un uso conveniente de ellas y de someterlas á su dominio.

*
* *

¿Qué tiene que ver todo lo dicho con el discurso y la Memoria de apertura de los tribunales?

Sólo una verdadera ceguera puede ser causa de que se desconozca la relación estrecha entre ambos términos, ó sea, entre nuestra postración general, nuestra pobreza, nuestra ignorancia, nuestra haraganería por un lado, y nuestra administración de justicia por otro. Dada la atmósfera social en que vivimos, sólo un milagro hubiera podido hacer que el organismo de la administración de justicia fuera excelente, sano, robusto, inmejorable, como se complacían en pintarlo en años anteriores algunos que, por vivir en medio del pantano, no advertían la general corrupción de que ellos mismos participaban, ó por seguir pagando tributo á las «mentiras convencionales,» que han sido, y siguen siendo por desgracia, parte tan principal de nuestro espiritual alimento, decían de labios afuera y en el papel lo que de labios adentro sabían perfectamente que era inexacto. Una judicatura compuesta de individuos de gran inteligencia y cultura, honradísimos, rectos á carta cabal, incorruptibles, trabajadores, sordos á la recomendación y á la «influencia,» al halago, á la amenaza, al deseo y á la perspectiva del ascenso, encarnación, en suma, del juez ideal, era una raza muy particular de hombres en un país atrasadísimo, lleno de gente inepta y poco escrupulosa, donde

lo único que priva en todas las cosas es la sinvergüenza, la intriga, la osadía cínica ó solapada, la caza sin freno al empleo, etc., etc. Era muy raro que en un organismo enfermo ó enteco hubiera un órgano tan rozagante, tan fuerte, tan perfecto como se nos decía, sin que á él se hubiera extendido la debilidad ó corrupción del resto del ser de que formaba parte; muy raro, que cuando eran generales las quejas contra nuestros servicios administrativos y contra todos los que los desempeñaban, no las hubiera contra el importante y delicadísimo (por lo mismo muy expuesto al mal, pues las partes que más pronto y más sufren en los organismos cuando les acomete un dolor, una enfermedad, un golpe cualquiera, son las más complicadas y, á causa de esa complicación y de su mayor importancia, más sensibles) de la administración de justicia, ligado estrechamente con los restantes, y cuya salud bien puede decirse que es un resultado de la salud de éstos, aunque á su vez la condicione.

Y, sin embargo, era cosa convenida lo de que la administración de justicia en España era impecable, y no tenía, en lo tanto, pecado ninguno. Así lo decían ciertas gentes, aunque por dentro pensaran otra cosa, y así lo han confesado repetidamente, durante varios años, en la apertura de los Tribunales, los Ministros de Gracia y Justicia, los Presidentes y Fiscales del Tribunal Supremo, en sus respectivos discursos y Memorias. Cuando se reconocía algún vicio en esta función, era sólo en el desempeño de la misma por el más inferior de los organismos á que se halla encomendada, esto es, en la justicia municipal. Con relación á los tribunales superiores, desde jueces de instrucción y primera instancia para arriba, se confesaba no haber nada que corregir ni remediar, porque todo el mundo cumplía, y cumplía perfectísimamente, con sus obligaciones. A lo sumo, podría el más descontentadizo hallar «pequeños defectos é imperfecciones de detalle, inseparables de toda obra humana». Yo, sin embargo, no pienso ni he pensado antes de igual manera. Pareciéndome que esto no era más que

un «valor entendido», una de tantas «mentiras convencionales»—con las que lo único que se logra es ocultar por algún tiempo el verdadero estado de las cosas, y hacer que el mal, por no ser remediado, vaya ahondando, ahondando, hasta que ya se desborda el pus por todas partes y no hay posibilidad de engañar ni aun á los tontos acerca del estado de podredumbre del enfermo,—siempre que he tenido ocasión de hablar de nuestra administración de justicia, he protestado contra la «mentira» de referencia, y he dicho que andábamos en este orden tan mal ó peor que en los restantes, sobre todo por causa del personal, y que no debíamos de ninguna manera prestar asenso á las róseas ilusiones que algunos se hacían á este propósito. En este mismo sitio, y con idéntica ocasión á la presente, he manifestado mi sentir tocante al asunto, al hacerme cargo de ciertas afirmaciones del discurso y Memoria de apertura de los tribunales de 1895, y sobre todo de los de 1896.

Ahora bien; parece que ha llegado la hora de que no pueda mantenerse por más tiempo el convencionalismo á que anteriormente queda hecha alusión. Y como los «regeneradores» de última hora se han percatado de que su sistema de ocultaciones no les ha traído cuenta, y ahora se han decidido (hasta ahora, no: como si cambiara uno de carácter y conducta á voluntad, y no siguiera siendo y obrando como antes era y obraba) á decir la verdad, al «descubrir», como ellos dirían, «no más que una punta del velo que ha venido cubriendo nuestras vergüenzas», nos espetan nada menos que lo siguiente: que *«la justicia no está instituida en España para otra cosa que para servir á los amigos y perseguir á los adversarios»* (1). El

(1) Palabras del Sr. D. Francisco Silvela, tomadas de unas declaraciones hechas recientemente á un periódico político (*El Liberal* de 18 de Septiembre de 1898, primera plana). Es de advertir que el Sr. Silvela es el jefe de uno de los partidos que aspiran á gobernar al país, de uno de los partidos que ha venido turnando en esa gobernación desde el año 1875 hasta el día; por tanto, uno de los futuros «regeneradores» de España

actual Fiscal del Tribunal Supremo, por su parte, en lugar de seguir el sistema de sus antecesores, á la vez que reconoce como éstos que la justicia municipal está necesitada de reformas, porque «los Jueces y Fiscales municipales, ó el Secretario de estos Juzgados, distribuyen la justicia caprichosamente en beneficio de los amigos ó en interés de las pasiones políticas de localidad», añade también que la justicia administrada en los tribunales superiores no anda mucho mejor, demostrando que, aun desde el punto de vista de las leyes vigentes y de la marcha ordinaria de las cosas, hay en ella algo más que las «imperfecciones de detalle» de que el Sr. Puga nos hablaba en su Memoria de 1895.

A pesar de que se nos venía diciendo que nuestra administración de justicia era inmejorable, un hecho comprobado por las estadísticas desmentía año por año esa grata afirmación, obligando á los mismos que se complacían en hacerla á contradecirse, al menos en lo que respecta á la administración de justicia criminal, puesto que no podían menos de reconocer el aumento efectivo de la criminalidad en nuestro país. Y lo peor era que parecían hallarse muy satisfechos con tal averiguación, por cuanto, si por un lado no encontraban nada reformable ni criticable en el funcionamiento de nuestro aparato judicial, por otro confesaban que no sabían cómo había de atajarse el aumento de referencia (1).

He aquí otro punto de enlace entre lo dicho anteriormente

desde la Presidencia del Consejo de Ministros. Pero es de advertir principalmente que el Sr. Silvela ha formado ya parte del Gobierno muchas veces, y varias como Ministro de Gracia y Justicia; debe suponerse que sabe muy bien lo que dice. Pero cuando él dirigía el Departamento ¿no pasaban ya así las cosas, ó no se enteró de que pasaban, ó no le convino darse por enterado y no quiso remediarlas en cuanto de él dependiera?

(1) La Memoria elevada al Gobierno en 1896 por el Fiscal del Tribunal Supremo, que lo era á la sazón el Sr. Puga, es harto expresiva sobre este punto: ya lo hice notar al ocuparme de ella en LA ESPAÑA MODERNA de Noviembre del citado año.

á propósito de nuestro estado y nuestra administración de justicia. Porque, si el ambiente nacional en que vivimos desde mucho tiempo hace es un ambiente de podredumbre, de día en día mayor, ¿era acaso posible que los frutos del mismo no fuesen frutos podridos? ¿Era posible que aumentando constantemente las causas de malestar social, uno de cuyos resultados más visibles y uno de los que recogen (aunque con poca exactitud) las estadísticas es la delincuencia, ésta fuese decreciendo, lo que significaría una excepción inexplicable á la ley natural, según la que los efectos están en relación directa é indisoluble con sus causas? Las estadísticas de la administración de justicia criminal en España, y los datos que recogen sobre el particular las Memorias anuales de los Fiscales del Tribunal Supremo, acusan un crecimiento constante en la delincuencia. Sin ir más lejos, el año pasado ha habido, con relación al anterior, un aumento de 4.866 procesos criminales, según hace constar en su Memoria el Sr. Sánchez Román, y un fenómeno análogo se ha observado en los años precedentes, conforme enseñan las correspondientes Memorias. Lo cual denuncia, no sólo la impotencia de nuestro organismo judicial para el buen desempeño de la función que tiene encomendada, puesto que siendo el instrumento de que la sociedad se sirve para luchar contra el delito consiente que el número de estos vaya creciendo, sino también el deplorable estado de la sociedad en que esto sucede. Se conoce que la gangrena, en lugar de ser atajada por esos que se llaman los médicos de las enfermedades sociales, por los tribunales y jueces, va extendiéndose más y más. Muchos de ellos, la mayoría, bien puede decirse que contribuyen á propagarla, pues todos los vicios que quedan señalados como factores de nuestra ruina (la ignorancia, el medro por el favor y no por el trabajo, el servilismo y la adulación á los poderosos, la rutina y el horror á las innovaciones y modificaciones de lo existente, etc., etc.) les cogen de medio á medio.

Ni debe esperarse que tal estado de cosas cambie, al menos

de la manera poco menos que improvisada que muchos imaginan que pueden hacerse. Porque, según dicen por ahí muchos sabios sentenciosos, aquéllas, las cosas, «caen del lado que se inclinan», y en nuestra España están tan inclinadas desde largo tiempo hace hacia lo malo, tan propensas al encharcamiento y á la putrefacción, que difícilmente habrá fuerzas bastantes que contrarresten tal inclinación y sean capaces de impedir la caída y la muerte definitivas. No sólo es imposible que quienes han sido hasta ayer de una manera se transformen de pronto dejando de ser lo que eran, y cambiando como por ensalmo toda su constitución mental y moral, y dando de mano absolutamente á sus relaciones y compromisos, y olvidando sus antiguas mañas, se conviertan en hombres enteramente nuevos, que piensen y obren de otro modo que como han pensado y obrado hasta el presente, sino que aun dando por supuesto el imposible de su transformación, con ella apenas cambiarían los males que nos consumen, y de los cuales nos lamentamos. Dueños, por ejemplo, de la *Gaceta* esos hombres viejos remozados, apenas harían nada de provecho desde ella, porque á fuerza de preceptos legales no serían capaces de suprimir toda la armazón de nuestra vida social, carcomida por la herrumbe que años tras años se ha venido depositando en ella. Mientras no se ponga otra armazón nueva, nada adelantaremos. Y eso, si todavía es factible, lo que puede muy bien ponerse en duda, no lo hará seguramente la generación presente, lo tendrán que hacer generaciones nuevas.

¿No cabe, por lo tanto, esperanza de que disminuya la criminalidad en nuestro país? A mi juicio, por ahora no debemos alimentar tal ilusión. A las causas generales de nuestro malestar, ya indicadas, cuyo influjo malsano, más bien que disminuyendo, irá acentuándose probablemente de día en día, se han añadido en los años inmediatamente anteriores, y, sobre todo, en el último, otras que hacía tiempo no obraban con tanto poder: las causas originadas por las recientes gue-

rras. La pobreza general del país, los recargos tributarios, el número de familias desamparadas y miserables, la mendicidad, la vagancia, los *déclases* de todo género, el desequilibrio, no sólo económico, sino de otras mil formas, son todas cosas que han aumentado de poco tiempo acá de un modo que bien podemos llamar enorme, y, por consecuencia, han aumentado las facilidades y las probabilidades favorables al desarrollo de la delincuencia. A lo que hay que añadir, como factor criminógeno de suma importancia, el empuje alcanzado últimamente entre nosotros por el militarismo, con todo el cortejo de elementos abonados para el fomento de la criminalidad que el mismo trae consigo: crecimiento en la cifra de los parásitos, de los holgazanes, de los viciosos, de los desacostumbrados al trabajo, de los inútiles para el mismo, gentes todas que más ó menos directamente cooperan á la producción del malestar social bajo sus diferentes formas, y á la delincuencia, por tanto, como una de las manifestaciones principales de ese malestar. Y como tales factores de criminalidad no han de desaparecer de súbito, sino que persistirán sabe Dios aún por cuánto tiempo, de presumir es que tendremos que resignarnos á oír todos los años la triste confesión que en el presente y los anteriores han hecho los Fiscales del Supremo, es á saber: que «no hay motivos de complacencia ni fundadas esperanzas de mejoramiento» (Memoria de 1898); que «el número total de delitos no justifica cálculos optimistas para un inmediato porvenir, porque las causas de la delincuencia siguen inalterables, cuando no ensanchando la esfera de su perniciosa influencia» (ídem); que «no hay indicio que haga concebir esperanzas lisonjeras para el porvenir» (Memoria de 1896), etcétera, etc.

La deducción que de esto se puede sacar será todo lo triste que se quiera, pero no por ocultarla deja de ser verdadera. Ahora, recuerden los que de ella se lamenten, como los que han dado en la flor de lamentarse, «después de la liebre ida», de nuestras «presentes desdichas», que, como ellos dicen, «las

cosas caen del lado que se inclinan», que han caído del lado á que ellos mismos las han venido, con torpe egoísmo, inclinando, y que «lo presente no es más que un producto necesario de lo pasado», es decir, un producto de su propia obra; y, por consecuencia, recapaciten si son ellos los que han de deshacer lo que hicieron y defendieron á toda costa.

*
* *

Consagra su discurso de este año el Sr. Isasa á tratar del anarquismo. El tema no puede ser más interesante, no sólo en sí mismo, sino por la actualidad que reviste. El anarquismo es un hecho en nuestras sociedades, un hecho innegable, hasta una fuerza social cuyo empuje es imposible desconocer. Beneficiosa ó nociva, esta fuerza existe sin la menor duda, y para saber si ha de tenerse por lo primero ó por lo segundo, si ha de favorecerse y alabarse, ó, por el contrario, execrarse, persiguiendo como á fieras (según suele decirse) y sin contemplación alguna á los que la defienden, colocándoles fuera del derecho (situación en que nos vanagloriamos de que no se encuentre nadie hoy, como sucedía en tiempos anteriores), se hace de todo punto preciso empezar por conocerla, por averiguar sus causas y su procedencia, sus doctrinas ó tesis, sus aspiraciones. Sabiendo que el discurso de apertura de los Tribunales iba á versar este año sobre el anarquismo, no podía menos de sentirse estimulada la curiosidad de las gentes por conocer cuál fuese el pensamiento del primer funcionario judicial español acerca de un punto tan llamativo y respecto del cual la gran mayoría de las personas anda por completo desorientada y á oscuras, no teniendo más noticia del anarquismo y de los anarquistas que las que les dan (es de presumir con cuánta serenidad de espíritu) cuando ocurre alguno de los crímenes terroristas que ponen en desusada conmoción y en miedoso desasosiego á cierta parte de nuestra sociedad. Valía bien la pena de escuchar sobre la materia el autorizado juicio

del Presidente del Tribunal Supremo, quien, por razón de su «altísimo» cargo y de la competencia doctrinal que supone, parecía estar obligado á tratar el asunto con amplitud, sin apasionamientos, tranquilizando, si había motivo para ello, á los pusilánimes, dando los correspondientes toques de atención, si le parecía necesario, á los que se lamentan y gritan mucho contra los atentados anarquistas luego que han sido cometidos, sin perjuicio de pasarse la vida preparándolos con su conducta; enseñándonos á todos lo que el anarquismo sea, el valor que hemos de darle, la participación que hemos podido tener ó tengamos al presente, de un modo más ó menos mediato, con conciencia ó sin ella, en su producción, lo que á cada uno toca hacer para combatirlo, si es que debe ser combatido, etc., etc.; en suma, sirviéndonos de guía y de maestro tocante á una materia en que tanto lo necesitamos.

Es, sin duda, España uno de los países en que tiene más arraigo el anarquismo terrorista y uno de los pocos en que se ha manifestado con más frecuencia la llamada «propaganda por el hecho», la cual ha tomado últimamente la forma, al parecer, de regicidios y tiranicidios. Convenía, por tanto, saber si en la producción del estado psicológico particular de los autores de los crímenes terroristas, estado que, como demuestran sus mismos hechos, no puede ser ciertamente de benevolencia y amor para con las instituciones sociales actuales, sino de odio á las mismas, singularmente á las que se juzgan liberales y opresoras, tenía alguna parte nuestra lamentable situación social general; nuestro atraso intelectual, económico y moral; nuestra viciosísima administración en todos los ramos; los convencionalismos que en todo y por doquiera dominan; los abusos y violencias de los diferentes órganos del poder público: es decir, convenía averiguar si el terrorismo era entre nosotros, total ó parcialmente, un mero episodio del gran drama de nuestras desdichas, y, por consiguiente, si la cura del mismo había de consistir, más bien que en una poda y amputación de los miembros del cuerpo social en que la

enfermedad haya venido á localizarse, en la persecución de las causas generales de la misma. Ejemplo: por los mismos días en que leyó el Sr. Isasa su discurso de apertura de los Tribunales, ocurrió el último atentado anarquista, que privó de la vida á la Emperatriz de Austria. Los periódicos han publicado ciertos antecedentes del autor de aquel, tales como los siguientes:

«LOS PADRES DE LUCCHENI. — A un periódico italiano escribe su corresponsal en Parma diciéndole que la madre del tristemente célebre asesino de la Emperatriz nació en Folta, provincia de Albareto, en los Apeninos.

El apellido de la familia era Lacchini, y el cambio sólo procede desde el nacimiento de la madre del asesino, la cual, por un error del Registro, fue inscrita con el nombre actual.

Luisa Luccheni se hallaba de criada con una familia de Albareto, y habiendo quedado en cinta, la entregó el seductor, para librarse del matrimonio, la cantidad de 1.000 liras, con las cuales partió para París.

En 1873 dió á luz al niño, que envió á Italia y fue recogido en el Hospicio de Parma.

Todas las noticias hacen creer que la madre de Luccheni reside actualmente en San Francisco (América del Norte).

El padre vive también, y el corresponsal asegura que su apellido empieza con B, y añade que le conoce y no lo revela por razones de discreción fáciles de comprender.»

En vista de esto, no parece desacertado suponer que una de las causas determinantes del crimen que se lamenta, y quién sabe si de otros muchos, y quizá la única verdadera, engendradora de otras mil más inmediatas, ha sido el abandono en que el seductor dejó á la madre del que hoy llamamos asesino. Es probable que si el Sr. Isasa hubiera parado su atención en esto, nos la hubiera llamado á todos acerca de la urgencia de poner en claro la «complicidad social» (que dirían algunos penalistas españoles muy ilustres) en los delitos de que se trata, y acerca de la precisión de higienizar el medio social presente, terreno favorable para el desarrollo de cierto estado de desesperación, de amargura y descontento en que suelen hallarse los que cometen los atentados de referencia. Es probable también que entonces hubiera atribuído bastante

culpa de lo que sucede á los mismos que, luego de haber preparado la mina, se espantan y horrorizan ante su explosión y consideran nada menos que como «monstruos del Averno» á los que, encontrándosela perfectamente dispuesta, no han hecho otra cosa más que aplicarle la mecha y hacerla volar. Es igualmente posible que se hubiera creído en la obligación de hacer por sí mismo averiguaciones, y buscar los medios de que otros las hicieran, respecto á los antecedentes de todos los anarquistas españoles y de los que se hallen en potencia propíncua de serlo; respecto de los motivos á que obedece su estado intelectual y emocional; respecto á las vicisitudes de su vida desde el momento en que fueron engendrados; respecto á la educación recibida y al cuidado que se ha tenido en formar su pensamiento y su carácter; respecto á la angustia ó la holgura económica de ellos mismos y de sus ascendientes; respecto á la conducta que con ellos hayan seguido autoridades, patronos, empresarios y demás; respecto á las causas de agradecimiento ó de agravio que puedan tener para con la sociedad en que viven, por estar tratados en ella como personas todos cuyos derechos se respetan ó como esclavos sin derecho alguno y como escoria despreciable; y acaso, después de enterarse de todo esto, y de percibir el sinnúmero de miserias que hay dentro de ello, y de reconocer que en la producción de éstas cabe muchísima parte á quienes se lavan á menudo las manos como si fueran impecables, hubiera sentido la necesidad de proceder con más calma y más equitativamente de lo que suele hacerse en la distribución de culpas, y hubiera protestado severísimamente contra todos aquellos, incluso colegas suyos, que siguen conducta análoga á la de cierto magistrado de *Le Coupable* de Coppée, ó sea engendrar los delincuentes primero, y luego de engendrados, tronar contra semejantes «fieras» y pedir su total é implacable exterminio (1).

(1) En la novela de Coppée, un estudiante de Derecho seduce á una joven obrera, á quien abandona después que la misma da á luz un hijo.

El Presidente del Tribunal Supremo no ha querido seguir este camino. Ha huído exprofeso de estudiar el anarquismo como fenómeno social, de escudriñar sus causas y sus raíces, y lo considera tan sólo desde el punto de vista que llaman, muy equivocadamente por supuesto, «jurídico», y que sería mucho mejor que llamaran puramente legal; es decir, lo trata como leguleyo, no como jurisconsulto, y menos como sociólogo. Para él, el anarquismo (por supuesto, el autor no distingue, como suele distinguir todo el mundo, entre el anarquismo teórico y el terrorismo, entre la doctrina anarquista y los atentados anarquistas, por lo que no podemos saber si le son aplicables á ambos las afirmaciones que hace), el anarquismo para el Sr. Isasa es un producto que toma tal y como se lo encuentra formado, sin más, un delito cuya etiología no le importa, importándole tan sólo la clasificación del mismo dentro de las categorías legales que el Código admite, la jurisdicción que ha de conocer de su represión y el procedimiento á que debe someterse (con Jurado ó sin él). Lo que, á mi juicio, significa tanto como lo siguiente: «el anarquismo es una hierba que da frutos dañados; pues cortémoslos, y en todo caso seguemos esa yerba cizañosa, pero no nos metamos á indagar de dónde viene la simiente, ni cuáles sean las condiciones del terreno en que tan bien se propaga, ni las del ambiente que

Es de presumir cuál será la suerte que corren tanto éste como la madre, puesto que todo el mundo estamos hartos de presenciar casos análogos. Nadie extrañará, dada la atmósfera que tales desgraciados suelen respirar, y la educación que suelen recibir, que el personaje de nuestra novela llegue á ser delincuente. Conducido ante el Tribunal del Jurado, su mismo padre, que, concluída la carrera, ha entrado á formar parte del organismo judicial, es quien sostiene contra él la acusación, como funcionario del Ministerio público. ¡Y cuántas veces no se repetirá este caso, aunque bajo muy varias formas, y cuánto no trinarán en mil y mil ocasiones, contra esos «abortos de la naturaleza», aquellos mismos que directa ó indirectamente, material ó moralmente, les dieron la existencia! ¿Quién es aquí el autor del delito ó de los delitos?

tan á maravilla favorece su desarrollo»; sin advertir que las hierbas, cuanto más se siegan y podan más arraigan, más y con mayor robustez se propagan y multiplican. El agricultor que procediese de este modo se tendría por un agricultor torpísimo. Pues los cultivadores del jardín social no parece que saben proceder de otra manera. Ignoran, y no quieren que se les llame la atención sobre ello, que en ningún tiempo han atemorizado las matanzas ciegas; que la mejor propaganda que de una doctrina, secta, partido político, confesión religiosa, etc., puede hacerse es la persecución inconsiderada y sangrienta; que el martirio, verdadero ó no (para el que se sacrifica por una idea, aun la que los demás tengan por más absurda, martirio es), tiene un inmenso atractivo, como lo tiene, según ha mostrado Guyau, todo riesgo y todo peligro; que la sangre de los perseguidos y martirizados se ha dicho ser semilla fecundísima, etc., etc. El Sr. Isasa ha huído de meterse en todas estas que él llamará acaso, como las llaman muchos, «honduras filosóficas» con que se entretienen los «idealistas» que viven apartados de la vida sublunar, discurrendo siempre para otros mundos distintos del mundo que pisan; y obrando como «hombre de ley», se habrá dicho: «Lo positivo y práctico es que hay anarquistas, que estos cometen actos calificados como delitos por el Código, y que los ejecutores de los mismos deben ser castigados con la pena señalada por la ley y en la forma prevista por ésta: todo lo demás son cosas que, si de algo sirven, será ciertamente para unos pocos fantaseadores, no para los encargados de dirigir de hecho la vida y la conducta social.» Por supuesto, que en esta manera de discurrir tiene el señor Presidente muchísima gente que le acompañe: la casi totalidad de los que manejan la cosa pública y de los que participan en el desempeño de la función de administrar justicia. Ni los Estados modernos siguen otra conducta en la llamada represión de todos los delitos, y singularmente en la de los atentados anarquistas, ni al reproducir ahora, con motivo del asesinato de la citada Emperatriz de

Austria, el propósito de llegar á una inteligencia internacional para perseguir el anarquismo, piensan los Gobiernos de los diferentes países en otra cosa que en reforzar contra los anarquistas los llamados resortes represivos; ó lo que es igual, el único medio en que parecen confiar para esa persecución es el del aumento de la severidad penal, el de la poda del árbol, no el de arrancar sus raíces.

Ahora sería ocasión de añadir algunas palabras acerca de la consideración legal que el Sr. Isasa dice que debe darse á los delitos anarquistas, que para él son, como alguien los ha llamado, «sociocidios», «atentados contra el orden social, contra el régimen legal establecido»; pero el temor de dar á este artículo más extensión de la que debe tener, me lo veda. No quiero, sin embargo, dejar de apuntar dos cosas: 1.^a, que entre la verdadera gravedad de estos delitos por un lado, y por otro la intensidad del deseo de venganza que provocan en ciertas gentes, la cuantía de la pena que se querría imponer á sus autores y la alarma que causan, es posible que haya mucho menor proporción que entre varios otros delitos y aun actos no contemplados por las leyes y su reacción penal actual; 2.^a, que á esa desproporción, debida probablemente á la aparición reciente de esos delitos, ha de atribuirse el que se les califique de la manera que se les califica, por lo que cuando el juicio acerca de su gravedad cambie, como cambiará acaso en plazo no largo, es de presumir que se dejará también de considerarles como el Sr. Isasa, y con él otros muchos, quiere que sean considerados. Los más recientes atentados anarquistas (el de Caserio, el de Angiolillo, el de Luccheni) se han dirigido contra personas determinadas, aunque no como tales, sino por la posición política que ocupaban. Parecen, pues, delitos de índole política; son muy semejantes á los regicidios, que no se reputan ciertamente como crímenes extraordinarios, ni mucho menos recientes. Por lo demás, ese carácter de «sociocidios», de atentados á las instituciones y al orden social, que dan el Sr. Isasa y otros muchos á los delitos de que se trata, debiera

enseñar, creo yo, á reconocer lo que anteriormente dejo indicado, esto es: que el estado de ánimo del que comete tales delitos es de descontento y odio á esas instituciones contra las cuales reacciona, y, por lo tanto, parece racional que los encargados de dirigir la marcha social viesan si en ese descontento había algo de justificado, y en caso afirmativo, trataran de combatir los factores del mismo.

*
* *

Pocas palabras puedo ya consagrar á la Memoria del señor Fiscal del Supremo. Y no ciertamente porque no lo merezca, pues tanto por su extensión, como por los múltiples puntos que toca, algunos interesantes de veras, ofrece materia abundante de examen; sino por el motivo que he apuntado poco hace, de no poder dar longitud desmesurada á este trabajo. Voy, pues, á hacer sólo algunas observaciones.

Ante todo, leyendo la Memoria de referencia, adquiere uno la grata convicción de que el Sr. Sánchez Román no es de los que rehuyen el trabajo, lo cual, en un país como el nuestro, donde, como queda dicho, abunda tanto el fenómeno de la holgazanería, y quizá más que en sitio alguno entre los funcionarios públicos de todos los ramos, no es cosa que merezca ser pasada por alto. El no hacer coro á la infinidad de gentes que dicen que «quien más pone más pierde» y que ajustan su conducta á esta máxima, «saliendo del paso de cualquier manera,» «mientras cobro,» es un hecho que, aun no siendo otra cosa que el cumplimiento estricto del deber, merece ser registrado, y aun acaso llamarse meritorio, por cuanto parece necesitarse mayor energía espiritual de la ordinaria para sustraerse al poderoso influjo de la corriente general. El Sr. Sánchez Román se conoce que ha tomado en serio su oficio, y la Memoria que acaba de elevar al Gobierno como Fiscal del Tribunal Supremo revela que ha trabajado de veras y no meramente para cumplir de cualquier modo con el

precepto legal que impone la obligación de escribir ese documento cada año á la persona que ocupe tal puesto. No creo yo que la Memoria de este año sea un *chef-d'œuvre*, ni siquiera en su género, como no creo tampoco que sea de alabar la factura general de la misma, ni toda la doctrina vertida en ella, ni todas las soluciones que el autor da á los diferentes problemas que trata; creo, sí, que merece alabanzas, singularmente en España, el interés y la actividad desplegados en la formación de un trabajo de esta clase. El del Sr. Sánchez Román es muy completo, dentro de los criterios y de los moldes corrientes y legales, y dentro de estos mismos moldes y criterios, hasta puede considerarse sin dificultad como obra de importancia.

Las Memorias de años anteriores han tratado, por lo general, casi exclusivamente puntos de materia penal, y, sobre todo, puntos dudosos y dificultades de aplicación de las leyes procesales criminales (de Enjuiciamiento criminal y del Jurado), sin duda—decía yo al notar este fenómeno, cuando examiné desde este mismo sitio una de las Memorias dichas—porque los Fiscales de las Audiencias, donde mayor intervención tienen es en los asuntos criminales, y en la aplicación de las leyes de este orden es donde habrán encontrado dudas que someter á la consideración de su superior el Fiscal del Supremo, y que éste recoge después en sus exposiciones al Gobierno. El Sr. Sánchez Román ha hecho lo propio que sus antecesores, y resuelve en su trabajo, la mayor parte de las veces con acierto, y siempre justificando sus soluciones, las dificultades con que sus subordinados han tropezado en la aplicación de las leyes de referencia, y muy particularmente en la de la ley de Enjuiciamiento criminal. Hace también consideraciones análogas á las de sus colegas de los años precedentes acerca de las deficiencias que se notan en la justicia municipal y en la inspección de los sumarios. Y no falta tampoco, como no faltaba en varias de aquellas Memorias, un buen número de páginas dedicado á la institución del Jurado, á los

defectos que se notan en la ley y á los abusos que se cometen al aplicar ésta en la materia de formación de las listas de jurados, recusaciones de los mismos, etc., etc.

Claro está que si concluyera aquí y á esto se redujera la Memoria de 1898, no se diferenciaría en nada apenas de sus congéneres de años anteriores. Pero esto es sólo la primera parte de la misma. Hay además una segunda y una tercera que son enteramente nuevas, aun cuando en Memorias anteriores se hacen algunas veces indicaciones ligeras sobre ciertas materias de las tratadas ahora expresamente y por separado.

La segunda parte está consagrada á las *Materias del orden civil ó de otros órdenes que no sean el exclusivamente penal, en los que la ley da intervención al Ministerio público*. Como nueva que es esta parte, ha salido por primera vez menos completa de lo que es de esperar suceda en años sucesivos, cuando ya esté aclimatada y se haya hecho un lugar indispensable en las Memorias del Fiscal del Supremo, y cuando los Fiscales de las Audiencias recojan y remitan á su superior inmediato, con más solicitud, holgura y hábito de lo que han podido hacerlo este año, los datos relativos á su intervención en todos los asuntos no exclusivamente penales en que las leyes se la impongan, que no son pocos. Para preparar esta innovación, dirigió á sus subordinados el Fiscal del Tribunal Supremo oportunísimas circulares, con fechas 7, 8 y 9 de Marzo de este año, en las cuales les recordaba la obligación legal que tienen, y que por varios motivos que el mismo Sr. Sánchez Román enumera habían olvidado un tanto, de intervenir en multitud de asuntos de índole no penal con la misma diligencia con que pueden intervenir en los penales, únicos que parece les preocupan y llaman hoy su atención, así como también les daba instrucciones sobre el modo de cumplir las obligaciones de su cargo y les ordenaba que en las Memorias anuales que tienen que elevar á la Fiscalía del Supremo, hubiera un apéndice en que se consignara la intervención que durante el año hubiera

tenido el Ministerio público en todos los asuntos no criminales. Y para que no hubiera dificultad alguna en el cumplimiento de esta obligación, y se lograra la conveniente uniformidad en ese cumplimiento, el mismo jefe del Ministerio público dió, por medio de reglas concretas, el orden y la pauta que habían de seguir los Fiscales inferiores; les indicó en un *Resumen* ordenado, cuáles son los casos en que están llamados á intervenir, citándoles los textos legales pertinentes, y hasta les remitió modelos impresos de los estados que al efecto habrían de formar y acompañar al apéndice indicado.—Todo lo cual supone un laborioso estudio hecho por el Sr. Sánchez Román de la misión y funciones del Ministerio público en España en todas las esferas legales. Si los miembros de este Ministerio secundan, como es de esperar, el pensamiento y los esfuerzos de su jefe, no habremos adelantado poco. En el ánimo de muchas gentes, sobre todo en el de la mayoría de las personas estudiosas, se halla la convicción profunda de la necesidad de grandes modificaciones legislativas, así en el orden penal como en los no penales. Y para que esas modificaciones sean viables y provechosas, han de responder á las necesidades reales, que no pueden conocerse por simple intuición y como desde arriba por los que han de ponerles remedio, sino mediante informaciones exactas de aquellos que, por vivir entre ellas, pueden apreciar su magnitud y urgencia y el modo de subvenir á ellas. Todo cuanto sea allegar datos para conocer nuestra verdadera situación, me parece obra digna de alabanza; por eso creo que ha hecho bien el Fiscal del Supremo al introducir esta segunda parte en su Memoria, marcando el camino que habrán de seguir sus sucesores, y al excitar la diligencia de los Fiscales sus subordinados para que en los años siguientes expongan á la superioridad los vicios que encuentren en la administración de la justicia civil, los puntos de Derecho ó de doctrina ó las cuestiones que por su novedad ó importancia hayan llamado su atención, y «todo lo demás que estimen pertinente».

Por fin, en la tercera parte de su Memoria trata el Sr. Sánchez Román de las *Reformas convenientes para el mejor servicio en la intervención del Ministerio fiscal en la administración de justicia*. En esta parte es quizá donde más flaquea. Ofrecíasele en ella ocasión propicia para proponer todo un plan de reformas urgentes en casi todas las esferas de nuestra legislación y para censurar, con la autoridad que le da su cargo y su prestigio, el tono y el sentido general de muchas de las leyes vigentes en España y buena porción de las disposiciones de las mismas. Parecía también estar obligado á ello una persona de la significación liberal y progresiva que tiene el actual jefe del Ministerio público, tanto más cuanto que su posición de tal le ofrecía coyuntura muy favorable para hacer saber directamente á los poderes públicos, con esperanza de que les pudiesen remedio, cuáles sean los males que derivan en todos los órdenes legales del actual estado de cosas y á los que se debe parte tan esencial de nuestro atraso. El autor, sin embargo, se contenta con algunas indicaciones muy generales, sin puntualizar nada, acerca de la necesidad de modificar todas las leyes, tanto sustantivas como procesales, indicaciones que vienen repitiéndose todos los años en la apertura de los Tribunales con la misma vaguedad que se ha hecho en éste, y que por su propio carácter de generalidad, ni nada dicen ni á nada comprometen. No basta advertir al Gobierno de la precisión de reformar; deben indicársele los puntos reformables y el sentido y procedimiento de la reforma.—Fuera de esto, el Sr. Sánchez Román se concreta á exponer, por vía de ejemplo, según dice él mismo, dos ó tres puntos necesitados de modificación, todos ellos de Derecho civil, y referentes á las fuentes del Derecho y al Derecho transitorio en la legislación común. Sin necesidad de hacer una obra voluminosa, ni de descender á todos los detalles, podía el señor Fiscal haber concretado algo más su pensamiento acerca de tantas y tantas reformas como conviene introducir, según confiesa él mismo al comienzo de esta tercera parte de su trabajo. Porque de otro

modo, esta parte, que debería ser la más beneficiosa, por contenerse en ella las propuestas de mejoramiento de lo defectuoso y anticuado, no tendrá utilidad alguna. Extraña además que habiendo escrito el señor Fiscal una voluminosa Memoria (220 páginas de texto, en folio), y habiendo consagrado muchas páginas á tratar todas las cuestiones contenidas en ella, incluso las más insignificantes, se haya conformado con dedicar tan pocas (no más de tres) á trazar un bosquejo de las modificaciones que requiere todo el orden legal vigente. Es de esperar que si el Sr. Sánchez Román continúa en el puesto que hoy ocupa llenará este vacío en su Memoria del año que viene; y si para entonces no es ya Fiscal del Supremo, confiamos en que lo llenará en otra de años sucesivos, cuando vuelva á serlo. Porque aunque tarde en desempeñar de nuevo tal cargo, probablemente, al volver á él, encontrará nuestra legislación civil y penal en el mismo estado en que la deje. En estas cosas no queremos pecar de precipitados los españoles. Antes de que se lleve á cabo la reforma del Código penal, tantas veces proyectada y anunciada como de realización urgente, ha de dar muchas vueltas el mundo.

Cierra la Memoria un largo estudio—la porción mayor de la tercera parte de aquélla—acerca del Ministerio fiscal, sus funciones y obligaciones, su estado presente, los defectos de que adolece su organización actual, etc.; estudio bien hecho y muy interesante, pero no más, sin duda, que lo hubiera sido el cuadro de reformas legislativas que el Sr. Sánchez Román no ha querido ofrecernos, entre otras razones—dice—por no dar á su exposición al Gobierno «proporciones verdaderamente extraordinarias y desusadas». Vuelvo á lamentar que para todo haya tenido espacio bastante el autor de la Memoria menos para el punto que tengo por el de mayor utilidad.—No puede dudarse que el Sr. Sánchez Román ha tomado á verdadero empeño el penetrarse de las obligaciones anejas al cargo que ocupa; ha hecho por eso un estudio muy minucioso de la naturaleza del mismo y de los deberes que por nuestras leyes

le están encomendados. Como resultado de lo cual, nos ofrece en su Memoria cuantos datos y observaciones puedan apetecerse respecto al estado y al funcionamiento de esta institución en España al presente. A sus subordinados les ha facilitado también inmensamente el desempeño de su misión, pues con este estudio, incluido en el cuerpo de la Memoria, y con las circulares publicadas en el apéndice primero de la misma, especialmente con el ya mentado *Resumen*, anejo á la circular de 7 de Marzo de 1898, tienen una norma segura que les presenta bien claro el horizonte de su competencia y de su actividad complejísimas.

En conjunto, pues, la Memoria de este año me parece un buen trabajo, cuya lectura no vacilo en recomendar; un trabajo muy ordenado y mucho más completo que sus antecesores, en el cual tienen los llamados «hombres de ley» mucho que aprender, y los estudiosos de cuestiones doctrinales bastantes puntos que despiertan multitud de ideas. Hasta se observa una cosa, que debemos desear no sea un fenómeno aislado, sino más bien un síntoma de la nueva dirección por que comienzan á marchar los funcionarios de nuestra administración de justicia, y que cuando menos puede servir de ejemplo y enseñanza á muchos de ellos que han venido y vienen creyendo que el encargado de aplicar las leyes ha de ser un esclavo de éstas, de su letra. En efecto, el Sr. Sánchez Román protesta—y no en un solo lugar de su obra, sino en varios (1), lo que prueba que no se trata de una afirmación incidental, sino de una convicción firme, que está bien arraigada en su pensamiento y que domina toda su labor—contra los partidarios del *summum jus*, contra «los que viven esclavos de la letra y que nada conceptúan lícito como no esté taxativamente previsto»; contra los que «sacrifican la justicia y lo sacrifican todo al rito y á la fórmula»; contra los defensores del sistema de pruebas «producto de artificios y de amaños con que se pre-

(1) Por ejemplo, páginas 45, 76, 77, 81 y 84.

tende despistar la acción de la justicia»: así como defiende y ensalza á los que, cual ocurre, según él, frecuentemente con los jurados, dejándose de «argucias y sofismas», de la justicia encerrada en el Código, del *juxta allegata et probata*, se van en busca de la justicia real, del espíritu, del pensamiento que debe residir en la ley. ¡Es tan raro que nuestros funcionarios judiciales, y en general nuestros legistas, piensen y hablen de este modo, que al tropezarse uno con uno de ellos diferente de los otros, no puede menos de ponérselo como ejemplo á los demás y de repetirles lo que ya se les ha dicho tantas veces, aunque ahora con la garantía y el escudo nada menos que del Fiscal del Tribunal Supremo, ó sea que la justicia está antes que en la ley en las cosas, y que para buscarla, han de estudiarse las cosas, que son el espíritu de las leyes, más aún que el texto de éstas, más que el rito y la fórmula, que nos esclavizan y nos obligan á hacer uso de argucias y sofismas!

P. DORADO.

LA VIDA ES SUEÑO

REFLEXIONES SOBRE LA REGENERACIÓN DE ESPAÑA

Es inútil callar la verdad. Todos estamos mintiendo al hablar de regeneración, puesto que nadie piensa en serio en regenerarse á sí mismo. No pasa de ser un tópicó de retórica que no nos sale del corazón, sino de la cabeza. ¡Regenerarnos! ¿Y de qué, si aun de nada nos hemos arrepentido?

En rigor, no somos más que los llamados, con más ó menos justicia, *intelectuales* y algunos hombres públicos los que hablamos ahora á cada paso de la regeneración de España. Es nuestra última postura, el tema de última hora, á que casi nadie, ¡débiles!, se sustrae.

El pueblo, por su parte, el que llamamos por antonomasia pueblo, el que no es más que pueblo, la masa de los hombres privados ó *idiotas* que decían los griegos, *los muchos* de Platón, no responden. Oyen hablar de todo eso como quien oye llover, porque no entienden lo de la regeneración. Y el pueblo está aquí en lo firme; su aparente indiferencia arranca de su cristiana salud. Acúsanle de falta de pulso los que no saben llegarle al alma, donde palpita su fe secreta y recogida. Dicen que está muerto los que no le sienten como sueña su vida.

Mira con soberana indiferencia la pérdida de las colonias nacionales, cuya posesión no influía en lo más mínimo en la felicidad ó la desgracia de la vida de sus hijos, ni en las esperanzas de que éstos se sustentan y confortan. ¿Qué se le da de que recobre ó no España su puesto entre las naciones? ¿Qué gana con eso? ¿Qué le importa la gloria nacional? Nuestra misión en la Historia..... ¡Cosas de libros! Nuestra pobreza le basta; y aún más, es su riqueza.

Cuando estalló la guerra, los españoles conscientes, los que saben de esas cosas de Historia y de Derecho, y de honra nacionales, le quitaron muchos hijos, á quienes sus padres vieron ir con relativa calma, porque era una salida, porque muchos hubieran tenido que emigrar. La vida es difícil, el suelo pobre, el porvenir incierto, ¿qué más da morir en la guerra que en otra parte? Y sobre todo, *hay que servir*, es una necesidad fatal. Y allá se dejaron llevar á morir, porque habían de morir al cabo, los héroes anónimos. ¡Héroes anónimos! ¡Vaya un sarcasmo el del absurdo enlace de esas dos expresiones incongruentes entre sí! Se exponían á morir. ¡Bah! Nadie se muere hasta que Dios quiere. La muerte sólo aterra á los intelectuales, enfermos de ansia de inmortalidad y aterrados ante la nada ultraterrena que su lógica les presenta. Y somos los mismos intelectuales los que hemos convertido en retórica el dolor de las madres, lo mismo que la regeneración de la patria. Es tomar al mundo en espectáculo, y en espectáculo darnos á él.

Han muerto muchos hijos en la contienda y sus padres les han rezado, mientras se preparan otros hijos á ocupar su puesto. Pero al ver desfilar esos cadáveres vivientes, esos pobrecillos que anhelan en las garras de la fiebre, el pueblo llora, porque ¿para qué van á servir muchos de esos desgraciados? Su vida será una carga para ellos mismos y para sus hermanos, algo peor que la muerte.

Ha concluído la guerra después de haber enflaquecido á España, y empieza el pueblo á descansar un poco. Tendrán que dejarle por algún tiempo sin turbar su sosiego con nuevas

sonoras historias, sin molestarle con el estribillo de la gloria y de su destino histórico, sin llamarle heroico. El *mundo*, su enemigo, enmudecerá algún tiempo y le dejará que se recoja en su pobreza y que gocen de más paz los hombres oscuros, los benditos *idiotas*, cuanto más impotente sea la nación.

Pero no, que ahora le van con la cantinela de la regeneración, empeñados en despertarle otra vez de su sueño secular. Dícenle que padece de abulia, de falta de voluntad, que no hay conciencia nacional, que han llamado moribunda á la nación que sobre él y á su costa se alza, nación á la que llaman *suya*. ¡Suya! ¡suya! ¡Él no la tiene! Sólo tiene, aquí abajo, una patria de paso, y otra, allá arriba, de estancia. Pero lo que tiene no es nación, es patria, tierra difusa y tangible, dorada por el sol, la tierra en que sazona y grana su sustento, los campos conocidos, el valle y la loma de la niñez, el canto de la campana que tocó á muerto por sus padres, realidades todas que se salen de las historias. Si en las naciones moribundas sueñan más tranquilos los hombres oscuros su vida, si en ellas peregrinan más pacíficos por el mundo los *idiotas*, mejor es que las naciones agonicen. ¡Bienaventurados los pacíficos, porque de ellos será el reino de los cielos, ese reino cuyo advenimiento piden á diario por costumbre!

¿Viven mejor, con más paz interior, los ciudadanos conscientes de una gran nación histórica, que los aldeanos de cualquier olvidado rincón? El campesino del Toboso que nace, vive y muere, ¿es menos feliz que el obrero de Nueva York? ¡Maldito lo que se gana con un progreso que nos obliga á emborracharnos con el negocio, el trabajo y la ciencia, para no oír la voz de la sabiduría eterna, que repite el *vanitas vanitatum!* Este pueblo, robusta y sanamente misonesta, sabe que no hay cosa nueva bajo el sol.

¿Que yace en atraso? ¿Y qué? Dejad que los otros corran, que ellos pararán al cabo. ¿Que yace en ignorancia? ¡Ignorancia! ¡Cuánto más grande es la ignorancia de los privados, que no la ciencia de los públicos! ¡Ignorancia! ¡Saben tantas cosas

que no saben! Ellos saben mucho de lo que ignoran, y los regeneradores, en cambio, ignoran casi todo lo que saben. Es una ciencia divina la ciencia de la ignorancia; es más que ciencia, es sabiduría. El cuerpo sabe mejor que todos los fisiólogos cicatrizar las heridas, y el pueblo, que es el cuerpo social, sabe mucho más que los sociólogos que le salen y se empeñan en no dejarle dormir.

Pero hay que sacrificar el pueblo á la nación, hay que darle carácter é individualidad histórica para que viva en la cultura y figure entre los *Kulturvolken*—esto hay que decirlo en alemán. ¡Horrible cosa es esa especie de suicidio moral de los individuos en aras de la colectividad! Pretender sacrificar todos y cada uno de los españoles á España ¿no es pura idolatría pagana acaso? ¿No es una crueldad turbar la calma de los sencillos, y turbarla por una idea? No la hay, por grande que sea, que valga la paz interior de un pueblo, la verdadera paz, la plenitud del *idiotismo*. El enredar á los hombres en la lucha por la vida histórica de la nación, ¿no les distrae y aparta de luchar por su propia vida eterna?

El destino individual del hombre, por importar á todos y á cada uno de ellos, es lo más humano que existe. Y al hablarse aquí de regeneración, casi todos olvidan eso, y aún muchos afirman que para regenerarnos tenemos que olvidarlo. ¡Basta de rezar, á trabajar todo el mundo! ¡Como si la oración no fuese tan trabajo como es el trabajo oración! La conquista de la paz no es nada para todos esos aportadores del nuevo paganismo, que quieren aplastar bajo la *ciudad* al hombre, al sencillo, al *idiota*, al manso, al pacífico, al pobre de espíritu.

No sé si hay ó no conciencia nacional en España, pero popular sí que la hay. El pueblo español—no la nación—se levantó en masa, sin organización central alguna, tal cual es, contra los ejércitos de Napoleón, que nos traían progreso. No lo quiso. Vislumbró que le costaría el viático de su peregrinación por la terrena patria, el consuelo de su vida resignada,

la rutinaria fe en que su obscura tranquilidad se asienta; vislumbró que no le dejaría el progreso soñar en paz, que se le convertiría en una pesadilla, y resistió. Se dispuso hasta á morir colectivamente antes que lanzar á sus hijos en el camino que á los suicidios individuales lleva. Entonces los progresistas eran afrancesados, miraban con cariño al invasor que traía el evangelio de la cultura, la buena nueva de la Revolución burguesa.

Prométenle no sé que brillante papel para sus hijos si, sacudiendo su sueño, entra de lleno en vías de progreso. «Se te dará potestad y gloria si rendido adorases al Progreso,» le dicen. Sus lejanos descendientes poseerán á Canaam, pero él ha de morir en el desierto, sin consuelo.

¡Qué le dejen vivir en paz y en gracia de Dios, circundado de áurea sencillez, en su camisa de hombre feliz, y, sobre todo, que no se tome en vano el nombre de su fe para hablarle de la España histórica conquistadora de reinos, en cuyos dominios no se ponían ni el sol ni la injusticia! ¡Que no le viertan veneno pagano de mundanas glorias en su cristiano bálsamo de consuelo! ¡Que le dejen dormir y soñar su sueño lento, obscuro, monótono, el sueño de su buena vida rutinaria! ¡Que no le sacrifiquen al progreso, por Dios, que no le sacrifiquen al progreso! ¡Ah, si volviese otra vez á aquella hermosísima Edad Media, llena de consoladores ensueños, á aquella edad que fue la de oro para el pueblo que trabaja, ora, cree, espera y duerme! Entonces le vivificó para siglos la grandeza de su *idiotismo*.

¿Qué es un progreso que no nos lleva á que muera cada hombre más en paz y más satisfecho de haber vivido? Suele ser el progreso una superstición más degradante y vil que cuantas á su nombre se combaten. Se ha hecho de él un abstracto y del abstracto un ídolo, un Progreso con mayúscula. Es el terrible *Fatum*, el hado inhumano del ocaso del paganismo, que encarnado en Evolución, reaparece á esclavizar las almas fatigadas.

Sólo se comprende el progreso en cuanto libertando de su riqueza al rico, al pobre de su pobreza, y de la animalidad á todos, nos permite levantar la frente al cielo, y aliviándonos de las necesidades temporales, nos descubre las eternas. ¡Sí, todo á máquina, todo con el menor esfuerzo posible; ahorremos energías para reconcentrarlas en nuestro supremo interés y nuestra realidad suma! Pero del progreso real y concreto, que es un medio, hacemos progreso ideal y abstracto, fin é ídolo. ¡Progresar por progresar; llegar á la ciencia del bien y del mal para hacernos dioses! Todo esto no es más que avaricia, forma concreta de toda idolatría, hacer de los medios fines.

El oro, que es instrumento de cambio, lo tomamos como fin, y para acumularlo vivimos miserablemente. Y la cultura no es más que oro, instrumento de cambio. ¡Dichoso quien con ella compra su felicidad perdurable!

Imagen simbólica de los pueblos que se embriagan con el Progreso, nos ofrece aquel pobre segador moribundo que, al ir el sacerdote á ungirle, cerraba la mano, guardando en ella su última peseta, para que con ella le enterrasen. Con su progreso también se enterrará á los pueblos avaros é idólatras del Hado.

¡Hay que producir, producir lo más posible en todos los órdenes, al menor coste, y luego que desfallezca el género humano al pie de la monumental torre de Babel, atiborrada de productos, de máquinas, de libros, de cuadros, de estatuas, de recuerdos de mundana gloria, de historias!

¡Vivir, vivir lo más posible en extensión é intensidad; vivir, ya que hemos de morir todos; vivir, porque la vida es un fin en sí! Y, sobre todo, meter mucho ruido, que no se oigan las aguas profundas de las entrañas insondables del espíritu, la voz de la Eternidad! Reventar de cultura, como dice un progresista amigo mío.

Si al morir los organismos que las sustentan vuelven las conciencias todas individuales á la absoluta inconciencia de

que salieron, no es el género humano otra cosa más que una fatídica procesión de fantasmas que va de la nada á la nada, y el humanitarismo lo más inhumano que cabe. Y el hecho es que tal concepción palpita, aunque velada á las veces, en todos los idólatras del Progreso.

Hay en la inmensa epopeya castellana un pasaje de profundísima hermosura, y es que cuando, despedido de los duques, se vió Don Quijote «en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías.» Elevó entonces un himno á la libertad, reputando venturoso á aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo, y se encontró en seguida con una docena de labradores que llevaban unas imágenes de talla para el retablo de su aldea. Pidió cortésmente Don Quijote verlas, y le enseñaron á San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo, caballeros andantes del Cristianismo los cuatro, que pelearon á lo divino. Y exclamó entonces el hidalgo manchego:

—Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándose el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.

Aquí la temporal locura del caballero Don Quijote se desvanece en la eterna bondad del hidalgo Alonso el Bueno, sin que haya acaso en toda la tristísima epopeya pasaje de más honda tristeza. El caballero empeñado en la hazañosa empresa de enderezar los tuertos del mundo y corregirlo, confiesa

no saber lo que conquista á fuerza de sus trabajos, y vuelve su mirada á la conquista del cielo, que padece fuerza.

Ese su descenso á la cordura de Alonso el Bueno, á la eterna cordura que servía de sostén á su temporal locura, ese su descenso pone en claro su íntima afinidad espiritual con los místicos de su propia tierra, con aquellas almas hermosas llenas de la sed de los secos parameros castellanos y del vibrante calor del limpio cielo que los corona. Ese momento de duda en su propia obra es lo más divino del pobre caballero, tan hondamente humano; es la revelación del cimiento de humildad de aquella loca soberbia que le llevó á creerse brazo de la justicia y á encomendarse á Dulcinea, la Gloria.

Retírese el Don Quijote de la Regeneración y del Progreso á su escondida aldea á vivir obscuramente, sin molestar al pobre Sancho el bueno, el simbólico *idiota*, sin intentar civilizarle, dejándole que viva en paz y en gracia de Dios en su atraso é ignorancia. ¡En paz y en gracia de Dios! He aquí todo. Sí, esto es todo y lo demás es nada.

El bueno de Sancho, en quien desahogamos los intelectuales el dolor de nuestras no satisfechas ansias insultándole, el bueno de Sancho guarda tesoros de sabiduría en su ignorancia y tesoros de bondad y de vida en su egoísmo. El fue grande, porque siendo cuerdo creyó en la locura ajena, amó al loco y le siguió cuando otros locos no le hubiesen seguido, porque cada loco, con su tema siempre lleva su camino y sólo en el suyo cree; esperó en la ínsula purificando con la firmeza de tan poco cuerda esperanza su egoísta anhelo de poseerla. Fue un hombre de fe aquel sublime *idiota*, de tanta fe como el loco de su amo.

Mas después de aquel descenso del caballero á su íntima cordura, siguiendo su mente la cadena de pensamientos que le era habitual, y al entrar, distraído en razones y pláticas, por una selva, hallóse á deshora y sin pensar en ello, enredado en unas redes de hilo verde. Y vuelto entonces á su locura ofreció sustentar durante dos días naturales y en mitad del cami-

no que iba á Zaragoza, que aquellas señoras zagalas contrahechas que tendieran las verdes redes, eran las más hermosas doncellas y más corteses del mundo, exceptuando sólo á la sin par Dulcinea del Toboso.

No bien ha sedimentado en cualquier Quijote intelectual el poso de la agitación que tal vez le produzcan revueltos pensamientos de fundamental cordura, tórnale otra vez la tentación incansable, la del progreso, la del brillante porvenir histórico, la de la riqueza, la de la gloria, la de la nación en la Historia ahogando á la Patria en la eternidad, vuelve á la visión de su Dulcinea del Toboso. «Una nación asceta es un absurdo—se dice—no puede un pueblo huir del ruido mundanal, no puede ser sabio. O progresa ó muere. Hay que conquistar cultura y gloria.»

Y por debajo de tales ideas palpita su alma oculta, el deseo de que nuestra nacionalidad cobre relieve y se extiendan nuestra lengua y nuestra literatura, se lean más nuestros libros, los de cada cual de los que así sentimos, y duren más nuestros nombres en los anales y en los calendarios. Ha de hacernos más caso el mundo, hemos de ser más ricos, aunque tal riqueza se asiente sobre el empobrecimiento de nuestro consuelo; hay que inmortalizar nuestro fantasma aquí abajo, tenemos que pasar á la Historia. ¡Hay que alcanzar los favores de la sin par Dulcinea, la Gloria!

Los más abnegados, los creyentes más puros en el Progreso, sólo aspiran á la gloria colectiva, á que España llegue á ser una nación fuerte, temida, que se deje ver y se haga oír en el mundo.

A todas horas oímos hablar del juicio de la posteridad, del fallo de la Historia, de la realización de nuestro destino (¿cuál?), de nuestro buen nombre, de la misión histórica de nuestra nación. La Historia lo llena todo; vivimos esclavos del tiempo. El pueblo, en tanto, la bendita grey de los *idiotas*, soñando su vida por debajo de la Historia, anuda la obscura cadena de sus existencias en el seno de la eternidad. En los

campos en que fue Munda, ignorante de su recuerdo histórico, echa la siesta el obscuro pastor.

¡La historia! Todo se nos reduce á aquella fe pagana que se encierra en el verso perdurable de la Odisea: los dioses tramañ y cumplen la destrucción de los hombres, para que tengan argumento de canto los venideros.

A medida que se pierde la fe cristiana en la realidad eterna, búscase un remedo de inmortalidad en la Historia, en esos Campos Elíseos en que vagan las sombras de los que fueron. Perdida la visión cordial y atormentados por la lógica, buscamos en la fantasía menguado consuelo. Esclavos del tiempo, nos esforzamos por dar realidad de presente al porvenir y al pasado, y no intuimos lo eterno por buscarlo en el tiempo, en la Historia, y no dentro de él. Así inclinamos la frente al *Fatum*, al Progreso, tomándole de fin é ídolo, y nos hacemos sus siervos en vez de ser sus dueños. Y el Progreso nos tritura como el carro de Yagernaut á sus fanáticos adoradores.

Desgraciado pueblo, ¿quién le librará de esa historia de muerte?

MIGUEL DE UNAMUNO.

LAS NUEVAS CONFEDERACIONES

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

E pluribus unum.

Si lo que formula el pensamiento, antes de realizarse en hechos definitivos, la inteligencia lo depura en su crisol, la idea que ya se abre camino en toda la América de origen ibérico, puesto que en todos los varios Estados de la América que fue española se halaga y se discute, camina á su realización. Los escépticos la tienen aún por una utopía. Los interesados en obstruirla no la impugnan: ó se callan y observan, ú observan y acentúan su incredulidad. Pero la opinión ya se prenda de ella. De su iniciación en las polémicas del periodismo diario ha ascendido á la revista, al folleto, al libro. Y acogéndola con denuedo, sin temor á ningún género de inconvenientes ya, aunque velada, la lanzó en su último discurso presidencial ante las Cámaras de Bogotá el presidente Caro, y con menos embozo todavía en su último mensaje también el general Eloy Alfaro en las Cámaras del Ecuador. *La Revista*, de Buenos Aires, la recogió en el acto; *El Chileno*, en Valparaíso, y *El Callao*, en el Perú, se han adherido con júbilo al voto de sus hermanas. En el Centro, la reciente Constitución de la República Mayor, formada de la nueva confederación

del Salvador con Nicaragua y Honduras, se adelanta á consumar en la práctica lo que para las demás hasta ahora no pasa de ser un deseo platónico. En la capital donde gobierna con gran prestigio personal Porfirio Díaz, la idea ya ha encontrado resonancia; y si en Santo Domingo y Haiti todavía no hierve enteramente el jugo de la opinión en este movimiento de ebullición general, ni dejará de sentir pronto el calor del rescoldo, ni dejará éste de propagarse á la isla de Cuba, si, en vez de ser anexionada por los Estados Unidos, logra—lo que por ahora parece inverosímil—obtener su independencia.

El principio fundamental de las confederaciones que se proyectan, el Presidente Caro lo ha consagrado en su Mensaje. Nada de procedimientos de fuerza. «El lazo federal—ha dicho—es un medio suave de agregar Estados contiguos y constituir una nacionalidad.» El complemento de esta idea se halla inmediatamente en el Mensaje del general Alfaro á las Cámaras del Ecuador. «La veneración—decía—que guardo por los próceres de nuestra independencia, quienes nos legaron una patria la más poderosa en las Américas del Sur y del Centro, me impele á fijar la atención en nuestra debilidad y pequeñez actuales é indicaros lo que, á mi juicio, convendría realizar para asegurarnos tranquilo porvenir al abrigo de una hermosa confraternidad. Por ahora, intereses bastardos impiden pensar en la reconstitución de la antigua y gloriosa Colombia de Bolívar; pero sí será fácil formar una confederación que presente unidos ante el mundo á los pueblos que conquistaron su independencia en los campos de Carabobo, Boyacá y Pichincha. Efectuada esta unión, esas nacionalidades, en lo tocante á sus asuntos internos, continuarán disponiendo de sus destinos como á bien tuvieren, tal cual ha venido sucediendo hasta hoy; pero en lo referente á relaciones exteriores formarían una sola entidad política, compuesta de Venezuela, Colombia y Ecuador, confederados, con un total de ocho millones de habitantes esparcidos desde las playas del Orinoco y hoya Amazónica hasta el golfo de Guayas, es decir, en toda

la extensión del territorio más rico del continente de Colón. Una Dieta, compuesta de plenipotenciarios de las tres Repúblicas, sería la llamada á organizar esa gran entidad internacional, que nos mostraría fuertes y respetables ante las demás potencias y nos permitiría representar un inmenso papel como nación en la vida del porvenir.»

En la Argentina, donde la idea de engrandecimiento está tan encarnada en una parte de la opinión, y sobre todo en la personalidad del general Julio Argentino Roca, que acaba de ocupar de nuevo la presidencia de la República, y del partido numeroso que le reconoce por jefe, el proyecto de la federación de los tres Estados septentrionales del continente del Sur no puede menos de mirarse con simpatía; pues aunque á través de la reconstrucción del antiguo virreinato español bajo el nombre de la *Confederación del Río de la Plata*, es fácil adivinar el fondo de un pensamiento más grandioso y de mayor absorción, hacia el ideal de aquella gran COLOMBIA de Bolívar, de que hablaba Alfaro, el movimiento de unidad total de la raza entera, que es lo que realmente se persigue, no es cosa que puede improvisarse, sino que para vencer la inercia de los pueblos, que sería el primer obstáculo con que se tropezara, hace falta una paciente y constante preparación que no se detenga en las perturbaciones parciales á que necesariamente tiene que dar lugar, pues las evoluciones políticas de un carácter tan profundo, sólo cuando por esta preparación tenaz se impulsan es cuando llegan al estado de madurez en que inevitable y definitivamente se realizan.

Por lo pronto, el pensamiento de unión que en chispas salta casi á la vez en la América del Centro y erige su primer ensayo en la República Mayor, que en Bogotá y en Quito formula de una manera oficial, aunque parcial, sus aspiraciones, y que en la Argentina eleva á la primera magistratura de su soberanía al hombre que más notoriamente lo encarna y lo representa, causa ya estos dos efectos innegables: el primero, el de llenar todas las inteligencias de los hombres pensadores

de la América de nuestra raza; el segundo, el de producir una visible alarma en toda la raza antagonista de la española en uno y otro hemisferio. Una COLOMBIA formidable de más de cincuenta millones de habitantes, una COLOMBIA inmensa de todas las tierras que descubrió Colón y conquistó y civilizó la espada y la cruz de los españoles, enfrente de la UNIÓN pirática de los anglosajones del Norte: ese es, en substancia, el pensamiento de unidad que envuelve esta naciente apelación de las inteligencias y en los corazones de la América de origen ibérico.

Todavía el Presidente Alfaro no había formulado la noble aspiración de las tres Repúblicas septentrionales en las Cámaras de Quito, y ya de Londres se transmitían telegramas que reproducían las informaciones recogidas por el *Daily Mail* en los círculos diplomáticos de Madrid de que todas las cancillerías, así de la América del Centro como las del Sur, estaban en negociaciones para acordar una conferencia, acaso análoga al abortado Congreso de Panamá, á fin de buscar medios para impedir que los Estados Unidos puedan extender su influencia á los demás países de origen español. El origen de la información, del mismo modo que el cuidado puesto en su divulgación por medio del telégrafo, probablemente habrá sido sugerido por un móvil más capcioso que benigno; pero de cualquier modo arguye que la unión de la América, que fue española, en una ó más grandes confederaciones, promueve inquieta expectación en los anglo-sajones de un lado y del otro del Atlántico, que en ella, hasta ahora, han disfrutado el privilegio de una tácita dominación por su sagaz intrusión en los negocios bancarios y en los intereses políticos de tantos Estados pobres en medio de la opulencia de que por la naturaleza están dotados, y débiles é impotentes entre sí y contra los demás por la misma entidad microscópica que cada uno de ellos representa.

Un movimiento de unidad que por su virtud misma ponga término así á las pequeñas rencillas de rivalidad de fronteras,

como á las pequeñas ambiciones de índole interior de cada Estado; que reuna en una sola representación la personalidad internacional de la soberanía de tantos millones de hombres; que preste esta misma fuerza de cohesión á los instrumentos de su común defensa, así en tierra como en mar; que concentre en un solo centro el crédito nacional, y que del mismo modo imponga el respeto de la unión para el Estado pequeño que para el grande, sería rectificar aquella errónea política que, habiendo presidido á las guerras y á las organizaciones fortuitas de la Independencia, han dado lugar á esa debilidad ingénita en que las Repúblicas hispanoamericanas vegetan. Las provincias de origen inglés forman desde la primera Convención de Filadelfia *e pluribus unum*, y con esta unión que les dió nombre han podido en un siglo realizar todos sus progresos. La América española no se sometió á estos moldes de unidad al pronunciarse contra la madre patria. Ni aun siquiera los nuevos Estados que se formaron se redujeron á la mera demarcación geográfica y política en que España tenía dividida su administración colonial. En contra de la fórmula de constitución de las provincias anglosajonas unidas: *e pluribus unum*, adoptaron la opuesta: *ex uno plura*, y cada parte aislada de aquel todo, tuvo aisladamante primero que adquirir su independencia; después, que organizar su soberanía; más tarde, que definir sus constituciones de derecho, tarea accidentada, nunca concluída y que en luchas internas ha consumido la vitalidad común que necesitaba para atender á su repoblación, á estudiar, cultivar y explotar su exuberante naturaleza, á impulsar su prosperidad económica, á promover las empresas de la alta industria y del alto comercio, todo por iniciativa propia, todo por el empleo de las facultades propias y todo por la labor cooperativa de la aplicación común. Con el lema de *e pluribus unum*, los Estados Unidos en un solo siglo han llegado al grado de cultura, de prosperidad y de poder, cuyas fuerzas gigantescas todo el mundo admira. Con el lema *ex uno plura* de los Estados hispanoamericanos han perpetuado su es-

tacionaria debilidad, hasta el punto de que ella misma sea, como debe ser, la mayor pesadilla de sus estadistas, aún más que las amenazas del Norte por sus ideas de imperio y de absorción.

De cualquier modo, y aunque no más que tras la terliz del pensamiento, ¡qué hermoso cuadro de prosperidad y de poder ofrecería la realización de esa soñada y nueva confederación hispanoamericana, que, abrazando en una sola expresión política de acción y de voluntad todas las naciones extendidas desde México hasta Magallanes, sobre el pavés del derecho y el sello de la civilización progresiva siempre, apretara en un mismo haz de fuerzas y en un mismo baluarte de defensa común todo el cemento español y cristiano que le dió nuestra colonización y toda la sangre que lo cruza de las numerosas emigraciones europeas de este siglo, mezclada y constituyendo una misma familia con la del indio mejicano y guatemalteco, con la del indígena aún no mediatizado de las llanuras del Cauca y de las vertientes del Chimborazo, con el llanero del Orinoco y el pampero paraguayo, con el gaucho argentino y el montés del Perú! La República confederada, que desde luego sería soberana de la mayor cordillera que interrumpe la grandiosa curva del planeta, los ríos más caudalosos y navegables, las selvas más impenetrables y exuberantes de la tierra y las regiones de inagotable y perenne abundancia que prestan al sustento y á la vida, el agua y el fuego, el hierro y el carbón, el trigo y la viña, el café y el azúcar, la piel y la carne, la especiería y la droga, todas las materias de todas las industrias y todos los instrumentos de todas las artes; con su variedad de climas templados en Méjico, en Chile, en el Perú, en Bolivia, en la Argentina, en el Paraguay, en el Sur del Brasil, allá fríos, allá ecuatoriales; la República confederada, que desde luego sumaría más de cincuenta millones de habitantes, todo de un mismo origen colonial ó indígena, ó fundidos en él, todos de una misma lengua, procedentes de una misma tradición, actores de una misma historia, identificados en reli-

gión, en usos y en costumbres, no sólo se hallaría desde el primer momento en aptitud de contrarrestar toda rivalidad provocadora ó toda amenaza deprimente, sino con medios de resistencia bastantes para poder disputar su preeminencia á cualquiera otra raza y con fuerza de proyección suficiente para aspirar á un primer puesto en el Senado señorial de las grandes potencias del mundo.

De que estos pensamientos no son nuevos; de que se halagaron desde los días difíciles de la emancipación, dan evidente prueba las apelaciones que en cada región se hacen al recuerdo de sus primeros redentores. Aquí infunden la noble fe del patriotismo mezclada á la memoria de Bolívar; allá á la de San Martín; de la otra parte á la de Belgrano; pero estas apelaciones, bien ó mal cimentadas, sólo deben considerarse como la identidad de sentimientos comunes fundados en una misma conciencia nacional y en una misma intuición del porvenir.

En realidad, ningunos momentos como los presentes favorecen la común inspiración de esta común esperanza. La guerra con los Estados Unidos, en que España ha sido vencida, ha sido fuente de revelaciones demasiado instructivas para toda la América y para toda la Europa, que han visto sin razón ni justicia levantarse contra nuestro país, no de frente, sino por los procedimientos más ladeados de una deslealtad sin ejemplo, al poder más gigantesco que ha crecido en aquel hemisferio, para ahogar en su germen nuestro naciente poder naval, para expulsarnos totalmente del mundo que dió España á las ventajas de la civilización y para perseguirnos rapaz y violentamente en todos los vestigios que nos quedaban de nuestro antiguo y perdido imperio colonial. Las lecciones morales de trascendental importancia que de estos sucesos han emanado, no se circunscriben ciertamente al duelo entre la coraza y la madera, como unos han dicho, al duelo entre la coraza y el cañón, ni al duelo entre el valor y el heroísmo de tradición y de raza y el ciego ímpetu de los progresos mecánicos de la ciencia aplicados á los instrumentos de la guerra. Estas leccio-

nes son de un carácter muy subalterno, y no son las lecciones que el estadista moderno ha debido recoger.

La presencia de España en aquel mar de las Antillas, cuya posición topográfica, ni desfiguraba su perfil geográfico á ninguna potencia limítrofe, ni era una obstrucción, ni servía de obstáculo á ninguna empresa lícita de la civilización, era á la vez, y sin hacer ostentación de ello, nudo de comprensión y de unidad moral entre toda la potente raza, emanada de nuestra sangre, que se asienta en Méjico y Santo Domingo, que vierte su caudal de vida por uno y otro lado de la cadena de pueblos que en el centro se han formado y que amplía los caracteres de familia desde el cabo septentrional del continente del Sur hasta el último extremo de las islas de Diego Ramírez. Ninguna alianza formal política establecía el vínculo recíproco de estas familiares simpatías entre aquellos Estados, disgregados de nuestro pasado Imperio y la antigua madre y metrópoli. Pero un instinto inspirado así por el propincuo parentesco, como por el recuerdo de secular subordinación, erigía á España en las Antillas, como madre de tantos pueblos, en el centro de un hogar cuya antorcha el tiempo no extinguía. España en las Antillas era el freno á la absorción, á la invasión, á la amenaza de la otra raza enemiga que avanzaba hacia el Sur por las riberas del Bravo y la península de la Florida. Este freno era una común garantía de seguridad para toda la América de nuestro origen. Pero aún desempeñaba con Europa otro papel aún más importante. España en las Antillas sostenía á la vez el equilibrio del poder en la política del Atlántico y el muro de contención que imponía á los Estados Unidos el respeto á la soberanía de las potencias del viejo continente que aún conservan colonias en América, y el baluarte de defensa común en que detenía los ímpetus invasores de los Estados Unidos, que no se satisfacen ya con acaparar para sí la hegemonía política de todo el Nuevo Mundo, y aun con dilatar las empresas de sus navegantes y misioneros por to dos los desamparados archipiélagos del mar Pacífico y Bo-

real, sino que hace tiempo medita cómo poner un pie en la costa atlántica del Africa, cómo alargar la mano á imponer á Europa un yugo de fuerza desde alguna posesión mediterránea, y cómo, en fin, traer sobre el mundo que descubrió, pobló y civilizó á América, los mismos yugos que la antigua Roma impuso al Asia Menor, de donde procedía, y por los que fueron alternativamente pasando todos los pueblos civilizadores de la antigüedad, un día colonizadores triunfantes de pueblos ignorados y bárbaros, y otro día esclavos de los pueblos regenerados á quienes sirvieron de verdugos al mismo tiempo que de lábaros de de redención.

Ni América meditó profundamente nunca sobre lo que España en las Antillas para la familia española de los dos mundos representaba, ni Europa vió tan cerca y tan certera la herida que sobre la cabeza de España se le infería. Al estallar en la isla de Cuba la insurrección desoladora tras de cuyos horrendos espectáculos la astuta ambición de los Estados Unidos se emboscaba, la mayor parte de la opinión en América sintió simpatías por un presunto pueblo que clamaba, vertiendo sangre, por su emancipación y su independencia. El temor de América por sí misma y por su propia suerte, no comenzó á labrar en las conciencias más reflexivas, hasta que en el giro inicuo del drama horrible, los Estados Unidos, hollando toda razón y derecho, se fue quitando poco á poco la careta. Entonces fue la verdadera explosión de todas las simpatías, ya estériles, hacia la madre España. Tampoco Europa trató de profundizar bien la extensión del problema. España estuvo confiada en que Europa se interpondría entre ella y los Estados Unidos para evitar la guerra, hasta que recibida la bofetada pública que obstruía todo medio de conciliación, oyó en la corte de Viena: *Il n'y a pas d'Europe; il n'y a que la force.* Las protestas de un año antes, pronunciadas en los brindis de Petheroff, quedaron anuladas. Europa no se atrevió á poner su *veto* á los Estados Unidos en inteligencia con Inglaterra. Las alianzas de la paz, si en lo formal no quedaban rotas,

quedaban rotas de hecho en su eficacia moral. ¿Qué vendría después de una guerra con España, ya aniquilada de antemano y, por lo tanto, derrotada y vencida antes de dispararse el primer cañonazo, por la desproporción de la fuerza gigantesca con que tenía que luchar? Europa no pensaba en esto; acobardada desde un principio ante el recuerdo de Francia acorralada en Méjico y en Panamá, de Italia escarnecida en Nueva Orleans, de la misma Inglaterra rendida en humildes genuflexiones en la Guyana; antes de la guerra, sólo trató de endosar al poder imbele de León XIII ante un Estado jactanciosamente ateo é insolentemente grosero, una mediación, cuya ineficacia estaba descontada aun antes de hacerse las primeras tentativas de la mediación; en el fragor de la guerra no tuvo la menor protesta contra ninguna de las frecuentes transgresiones del derecho público, cometidas por el más fuerte de los beligerantes, pero sí trató de atar aún más las manos á España en la cuestión del corso, en la declaración del carbón de piedra como contrabando de guerra y en la libertad dispensada á Italia para hacer con los Estados Unidos el tráfico de sus salitres, para que tuviesen materia abundante con que fabricar sus pólvoras y explosivos; finalmente, para el término de la lucha, todavía inicuamente se impuso Europa á España, no por la derrota de nuestra mísera escuadra sacada á empellones no se sabe todavía por qué escondidas influencias de las aguas de Santiago, sino cuando heroicamente nos defendíamos en las trincheras de la ciudad y cuando á Filipinas ofrecíamos el pobre auxilio que podían llevarle nuestros últimos acorazados, primero tratando de impedir su paso por Suez, después sumiéndose en el terror más profundo cuando los Estados Unidos amenazaron llegar con sus escuadras á las costas de Europa. Si en Washington no se ocurre dirigir esta amenaza á España y á Europa..... ¡probablemente todavía la guerra no habría concluído, ni se habrían rendido los anémicos soldados de Santiago!

En realidad de verdad, las actitudes de la América de ori-

gen ibérico en movimientos generosos de interés y de simpatía hacia España, y en previsiones de propia defensa para el porvenir, se pronunciaron viril, enérgica y simultáneamente en todos sus pueblos desde que los Estados Unidos manifestaron su intención formal de intervenir en los asuntos de la guerra separatista de Cuba. Este fue el momento solemne en que la conducta del Gobierno de Washington puso á la vez en guardia todas aquellas Repúblicas que, inseguras ya de su suerte en el porvenir, recordaron todos los agravios que cada una tiene recibidos de la hermana mayor anglosajona, y todas las amenazas que pesan sobre cada una, fulminadas con terrible repetición desde las márgenes del Potomac. El grito de alarma no sólo se dió en las más próximas, como Méjico, Nicaragua, Colombia, el grito de alarma repercutió hasta los últimos extremos del continente austral, donde se levantan las miserables viviendas de los ovas. Pues qué, ¿no llegan hasta aquellos mares, cuyas olas circulan hasta la muda desolación de los hielos del polo, los recuerdos ominosos de la mano despótica de los Estados Unidos para deprimir los nacientes pueblos de la raza española? Obsérvese la antigüedad de estos depresivos recuerdos. El atropello de los argentinos en sus derechos de soberanía sobre las islas Malvinas, data ya de 1832. Veamos como refiere estos sucesos un escritor de Chile, don Alberto del Solar, en su precioso opúsculo *La doctrina de Monroe*.

Don Luis Vernet, comandante político y militar de las islas Malvinas y adyacentes, había obtenido del Gobierno de Buenos Aires, en Enero de 1828, una concesión por la cual le fue permitido el privilegio de explotar la pesca de anfibios en dichas islas. Después de haber transportado á la isla de la Soledad hombres, gran número de caballos, yeguas para cría, instrumentos de labor y artículos necesarios para el sostén de la colonia, tropezó con una seria dificultad. Multitud de buques norteamericanos inundaban las costas y pescaban á su antojo. Vernet, en su doble carácter de concesionario y de

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONES

autoridad, exhibió sus títulos y adoptó medidas para poner fin á aquel abuso; pero no sólo se le desobedeció, sino que fue objeto de burlas injuriosas. Entonces se propuso obrar con energía, é hizo apresarse dos goletas yankees, la *Harrit* y la *Breskwater*, con el objeto de que fueran juzgadas por infracción á las leyes del país y por desacato á sus autoridades. Mientras se instruía el sumario informativo, la *Breskwater* logró fugarse, y la *Harrit* fue llevada á remolque al Río de la Plata, como presa y á las órdenes del Gobierno de la República. Apenas fondeó en las aguas del río, el Cónsul de los Estados Unidos, Mr. George W. Slacum, protestó del hecho en una nota descomedida, negando *in totum* al Gobierno de Buenos Aires el derecho de pertenencia de las islas y costas de las Malvinas, de la pesca en ellas y de cualquier otro acto que implicara soberanía. Esto ocurría hacia fines de 1831, y todavía no se había producido el despojo posterior que llevaron á cabo los ingleses; pero las indiscreciones de Mr. Slacum en Buenos Aires, no hicieron más que abrir el apetito de los británicos, cuyo Ministro y agentes en el Plata siguieron con atención los sucesos, transmitiendo á su Gobierno nota de la existencia de aquellas islas *sin dueño*. Mientras el Ministro argentino, Sr. Anchorena, repugnaba por intempestivas las notas de Mr. Slacum, fondeó en la rada de Buenos Aires la corbeta americana *Lexington*, al mando del capitán Silas Duncam, el cual consideró entonces oportuno arrogarse el derecho de intervención por sí y ante sí, y sin más preámbulo que una simple carta á su propio Cónsul, en la cual le comunicaba su resolución, levó anclas y se dirigió á las islas. Para entrar disfrazado en la bahía de la Soledad, enarboló la bandera francesa; enseguida desembarcó gente armada, que entró á sangre y á fuego, arrasándolo todo y depredando las propiedades particulares; inutilizó la artillería de las defensas, incendió la pólvora y arrebató los efectos allí depositados legalmente á disposición de los magistrados argentinos. Los colonos, sorprendidos bajo la insignia de una nación amiga, huyeron des-

pavoridos al interior de la isla, en tanto que otros eran arrancados de sus hogares, transportados y arrojados clandestinamente sobre las costas del Estado Oriental, que les dió noble hospitalidad; otros, en fin, conducidos á bordo de la *Lexington*, fueron juzgados vilmente y ejecutados como piratas. A la protesta indignada y á las reclamaciones formales del Gobierno ultrajado, contestó más tarde el Encargado de Negocios norteamericano, Mr. Francis Baylies, que los Estados Unidos, reiterando la declaración de su Cónsul, no sólo negaban todo derecho á las autoridades argentinas para que apresasen á los que pescaban en las islas Malvinas, Tierra del Fuego, Cabo de Hornos y cualquiera de las islas adyacentes, sino también cualquier derecho ó autoridad en el Gobierno de Buenos Aires para hacerlo, proclamando luego de un modo categórico, y por vez primera, la soberanía de la Gran Bretaña sobre las referidas islas. ¡Entonces, por lo visto, no había en la cancillería yankee los rigurosos escrúpulos que ahora sobre la doctrina de Monroe! Pero los Estados Unidos que ya eran más fuertes que la Argentina, no lo eran tanto, ni con mucho, como Inglaterra, y dieron á la Gran Bretaña lo que arrancaron á una soberanía americana!

No refleja sólo este suceso el género de procedimientos que los Estados Unidos desde antiguo emplea con los pequeños; no demuestra la fácil inteligencia que en todo conflicto los Estados Unidos puede establecer con Inglaterra, aun rompiendo para ello las prescripciones exclusivas de la doctrina de Monroe y los acuerdos antiguos para impedir que las naciones de Europa puedan apropiarse nuevos territorios en América; lo que pone de relieve es la autoridad dictatorial que se arrogan sobre las demás Repúblicas de origen español y el ánimo deliberado de humillarlas en todos sus derechos. Se ha hablado de la protección de los Estados Unidos á las Repúblicas pequeñas del nuevo continente, y un español degenerado, el escritor cubano Rafael M. Merchan, en su opusculillo *La redención de un mundo*, ha exaltado la influencia protectora de la

gran nación del Norte que contuvo la acción de la Santa Alianza para que se devolvieran á España las provincias insurrectas de América, que impidió á mediados del siglo que Centro América quedara convertida en una colonia inglesa, que no permitió la implantación de un imperio exótico en Méjico, que detuvo á España en sus empresas de reconquistas en el Pacífico, que puso un veto á la restauración del Imperio en el Brasil y otro veto á Inglaterra para que dispusiera á su talante de los despojos de Venezuela. Pero estos son los falseamientos de la Historia. Lo que los pueblos americanos de origen español no pueden olvidar en sus relaciones con los Estados Unidos son los hechos que con la fe de los documentos diplomáticos han referido hasta la minuciosidad el ya citado escritor chileno Sr. del Solar, y los colombianos, mejicanos y argentinos Uribe, Rivas Groot, Borda, Becerra, Olarte Camacho, Alfredo de Guzmán, José V. Concha y otros no menos eminentes tratadistas y publicistas.

¿Cuándo olvidará Méjico la anexión de Texas y las circunstancias de aquella anexión? Cuando los Estados Unidos se desengañaron de que no podrían obtener por compra aquella rica provincia mejicana, emprendieron la tarea de invadirla poco á poco, poblándola deliberadamente con ciudadanos de la Unión, que se dedicaron á sublevarla, de la misma manera y por los mismos procedimientos que se han empleado en la isla de Cuba, y que se están empleando ya también en el Salvador, en Nicaragua y en casi todos los Estados del Centro-América. Aunque aquella conducta desleal y artera no fue condenada por el venerable John Quincey Adams, por el senador Benton, por Winthrop, Miller, Macon y por otros ilustres próceres americanos con tanta indignación como la que con motivo del conflicto con España han expresado el profesor E. J. Phelps en su carta al honorable Levi P. Morton, cuando el Gobierno mejicano envió al de Washington la nota del 21 de Julio de 1843 protestando contra los elementos de insurrección, las armas y las partidas armadas que del Missouri, el Illinois y el

territorio de Arkansas venían á invadir y sublevar el territorio de Méjico, sólo recibió por contestación, como recientemente España en sus protestas contra las expediciones filibusteras de Nueva York, Tampa y Cayo Hueso, que el Gobierno de Washington no podía oponerse á que en su país se armasen los ciudadanos, y que el Gobierno no era responsable de sus actos. Y cuando el presidente Herrera, viendo que carecía de medios para impedir la rebeldía atizada desde el territorio de la Unión se resolvió á reconocer la independendencia de los tejanos, levantando así una nueva nación que sirviese de valla-dar entre los Estados Unidos y Méjico, el Senado y el Gobierno de Washington, al conocer la autorización otorgada por las Cámaras mejicanas al Presidente Herrera para declarar la independendencia del Estado de Tejas, se apresuraron á admitir á este último como un Estado de los de la Unión.

¿Bastó, por fortuna, el sacrificio? Tras de Texas los Estados Unidos urdieron la cuestión de la cesión de Nuevo Méjico y de la California. ¿Quién ha olvidado, y sobre todo, cómo puede olvidar Méjico la misión y el papel de aquel famoso John Silldell, á quien, al ofrecer el pago de la deuda mexicana y la gratificación de algunos millones de dollars por aquellas provincias, que sumaban más de la mitad de todo el territorio de la República, proponía *una paz amistosa*, como la de Cleveland á España, ó *un rompimiento abierto*, como el de Mac Kinley? Méjico prefirió, como España ha preferido, ser despojada de su territorio y destrozada en sus sacrificios, antes que hacer mercancía de su honor. ¡Pobre Méjico! Lo que debía seguir después no puede narrarse sin la indignación y la pena de que están inundados nuestros corazones: guerra sin cuartel, expediciones filibusteras, depredaciones terribles en plena paz dentro de su territorio, cobro de indemnizaciones á cada paso... ¡la muerte moral! ¡la ruina material y la pérdida de sus territorios!

De las vejaciones de Méjico no hay país americano que no tenga un costal. ¿Cuándo olvidará el lejano y escondido Para-

guay, ni la agresión inícuca del *Watec Wilch*, en 1855, ni la amenaza brutal de 1857, cuando se envió contra él una expedición de 20 barcos de guerra y 2.000 hombres de desembarco para apoyar una infamia cuya inmoralidad tuvo que reconocer más tarde el propio Gobierno de Washington? ¿Cuándo olvidará Colombia estas tres fechas memorables: 1856, incidente Jack Oliver, por el que se exigió á la indefensa República, de origen español, la cesión del Estado de Panamá á los Estados Unidos y una indemnización de 400.000 pesos; 1885 y 1897, y el laudo injusto de Cleveland en el arbitraje sobre la cuestión Cerruti? ¿Cuándo olvidará el Brasil la reclamación de Mr. Webb en 1857 y el pago de aquella indemnización de 71.260 pesos para el aventurero Wells, de los cuales el honorable Ministro no entregó al reclamante sino 25.000 pesos y el resto se lo guardó para sí? Y en estas materias de indemnizaciones, ¿cuándo olvidará Méjico su litigio de 1872, Venezuela, el que duró de 1870 á 1876, y en el que por una reclamación de 400.000 dollars se le obligó á pagar un millón; ni Chile las de 1880 y 1891, por los excesos de la tripulación del *Baltimore* ó de su capitán, el actual comodoro Schly, en el famoso barrio del *Main Top Dance*?

Mas si estas humillaciones, en su mayor parte, pueden considerarse como incidentes fortuitos de la vida internacional de los pueblos, en las que sólo se hace notar el espíritu de injusticia y la imposición despótica de la violencia con que los Estados Unidos tratan á los demás pueblos de América, á los que, por otra parte, mira con el desdén soberano de una olímpica superioridad, no tienen el mismo carácter, ni el relatado de las Malvinas, regaladas por los Estados Unidos á Inglaterra contra los derechos de la República del Plata, ni las anecciones ni conquistas practicadas contra Méjico, su vecina, ni las tentativas hechas desde 1856 para apoderarse del Estado de Panamá, arrancándolo á Colombia, ó para neutralizar las ciudades de Colón y Panamá, consintiéndole establecerse entre tanto en las islas que guarnecen esta última bahía. Esta

política de extensión y absorción se ha ido desarrollando en progresión ascendente, conforme han ido creciendo las gigantescas fuerzas vitales de la gran República. Y si sus miras ambiciosas sobre el continente americano vienen de lejos, no hay más que fijarse en la historia.

Una de las figuras más venerables de los tiempos modernos en los Estados Unidos, fue la del General Grant, y en su tiempo cobraron alas desmedidas todas las ideas imperialistas. «Nuestra gran República—decía en uno de sus mensajes—está destinada á servir de guía á todas las demás. Las teorías gubernamentales cambian con el progreso general. Ahora que el telégrafo facilita el cambio rápido del pensamiento y completa la ventaja de las comunicaciones por medio del vapor, todas las partes del continente están igualmente bajo la mano de un solo Gobierno. No comparto los temores de quienes ven en la expansión territorial una causa de peligros y de desavenencia para los Gobiernos.» Mas si esto, después de todo, no era más que una opinión abstracta, que, en principio, tocando á todas, no puntualizaba ningún término personal y concreto de la cuestión, en otro Mensaje, en el de 1867, dirigía sus dardos más certeros, respecto á la cuestión de Santo Domingo, cuya anexión había sido abandonada por España. «Debemos aspirar—decía Mr. Grant—á la adquisición de Santo Domingo, en primer lugar, por la posición geográfica de la isla. Dominaríamos la entrada del mar de las Antillas y el Istmo, que será paso obligado para el comercio. La posesión de la isla, que tiene un suelo fertilísimo, puertos naturales, seguros y amplios, clima sano, aumentaría nuestro comercio y haría progresar á nuestra Marina mercante. En caso de guerra extranjera, dominaríamos en aquel mar y evitaríamos que los enemigos se fortificasen en las inmediaciones de nuestras costas. La anexión de Santo Domingo entra de lleno en la doctrina de Monroe. Aconséjanla la protección de nuestro territorio nacional, el derecho que nos asiste para influir en el comercio universal, cuyas corrientes han de diri-

girise hacia Panamá, los intereses de nuestra Marina y la necesidad de abrir nuevos mercados á nuestros productos. Convencidos de las ventajas de la anexión de Santo Domingo y de las calamidades que la no anexión haría llover sobre nosotros, creo que basta iniciar la idea para que sea por todos aprobada.»

Esto, en realidad, no era una política nueva: esto no era más que una determinación más viva llevada á la conciencia del país, de una tradición más lata, que sólo se conservaba en vigor, previniendo las contingencias del porvenir, en las dependencias del Ministerio de Relaciones Extranjeras. La diplomacia americana en todas partes en realidad practicaba, lo que todavía los Estados Unidos, inseguros de su propio poder, no confiaban al temerario arbitrio de las armas. Medio siglo han gastado practicando ensayos de anexión en Cuba y favoreciendo y estimulando todos los elementos de insurrección que periódicamente habían perturbado la isla. Todavía, después de la de 1895, hubiera sido posible que no se hubiesen determinado al hecho definitivo, sin la aquiescencia previa y la inteligencia con la Gran Bretaña. El aislamiento á que había sujetado Europa á esta gran potencia, ha sido la base de esa reconciliación. La triple alianza, desdeñándola y condenándola á una pasividad incompatible con el instinto de su propia existencia; la doble alianza amenazándola hasta de arrojarla del paso del Mediterráneo, son las que la han echado en brazos de los Estados Unidos, sin prevenir los peligros que de esta alianza habían de surgir para la paz y para el equilibrio del mundo. Entre todas las naciones, ninguna había tenido la imprudencia de revelar más públicamente su debilidad que España, en aquella desgraciada é inhábil empresa de Melilla, que fue la sepultura de nuestro crédito militar. En aquella empresa salieron á la superficie todos nuestros flacos, y apenas terminada la aciaga aventura, surgió el conflicto de la gran Antilla.

El error de Europa en permitir que hayamos llegado hasta

la guerra con los Estados Unidos, ha consistido en el gran peligro que había en dar á la República de la Unión la conciencia cierta de su poder militar y de la extensión de sus recursos. El resultado está á la vista. La derrota de España ha señalado al mundo la aparición de una nueva potencia de primera clase, cuyo poder es superior á los primeros poderes militares del viejo continente por la abundancia de sus medios y por el espíritu que ha alentado en aquel país, ante el cual ninguna empresa de dominación parece ya imposible. La venganza de Inglaterra ha sido tremenda. A la sola amenaza de que los Estados Unidos podían enviar una escuadra á las costas europeas, todas las grandes potencias se han amilanado, se ha obligado á España á acelerar la paz bajo cualquier suerte de condiciones vejatorias; los que no hace un año aún hablaban grueso, para que su voz resonara en todas partes, este año han perdido hasta el uso de la palabra. Las alianzas que sostenían ya la garantía de la paz, ya el temor de la guerra, de hecho se han quebrantado y puesto de manifiesto su inutilidad y su ineficacia. Alemania, so pretexto de los intereses del extremo Oriente, ha procurado reconciliarse inmediatamente con Inglaterra, cuando del lado de allá del Volga, con los brazos abiertos, le esperaba la lógica de la política tradicional prusiana. Italia busca el cable de protección de la Gran Bretaña. Francia abre su seno á la satisfacción de las codicias yankees, y Rusia, que aconseja y pide fórmulas para el desarme universal, ordena aumentar el número de sus construcciones navales y el número de sus barcos en su escuadra de las aguas de China, á donde los Estados Unidos se dispone á que se le ponga cubierto en la mesa del festín.

El desborde de la ambición de la América del Norte corresponde á esta suma de triunfos, en que los conseguidos sobre las atribuladas cancillerías de las grandes potencias de Europa son mayores y de mucha mayor trascendencia que los de Dewey en Cavite y los de Sampson en Santiago. Con la plena conciencia de estas victorias por todos los ámbitos de la gran

E. M.—*Noviembre* 1898.

República del Norte, no resuena más que una voz: «La masa del pueblo americano—se dice—anhela vivamente sujetar á su imperio, bajo diversas formas, todas las regiones de este continente.» Y como grito de alarma, algún periódico escribe: «Las naciones del Sud-América, que por causa de la guerra cubana ó por otros motivos, se han mostrado enemigas de los Estados Unidos, no están en situación muy segura. El único protector que tienen contra su conquista y su repartimiento por la Europa, es la doctrina de Monroe, y, sin embargo, no se muestran en modo alguno favorables á la gran nación que existe en el Norte. Esta situación no puede durar. El águila del Capitolio será la única soberana desde el mar de Bering al estrecho de Magallanes.»

Estas frases que se repiten todos los días, y en todos los tonos, ¿no han de causar el efecto de un justo temor? Cuando después del protocolo de Cambon, los Estados Unidos se han vanagloriado con el regalo que se les ha hecho de Puerto Rico, ¿el senador Stephens Elkins, no ha dicho públicamente: «Toda nuestra política va á recibir un cambio profundo. No basta Cuba; no basta Puerto Rico. Necesitamos más territorios?» Al proyectarse nuevas obras para el canal de Nicaragua, ¿no ha tenido que protestar la cancillería de la República Mayor contra el hecho de que los Estados Unidos dispongan y resuelvan por sí sobre esta empresa, como si el territorio por que ha de llevarse á cabo no tuviera un poder soberano que lo posee; mientras la prensa *jingo* clama que el canal debe ser enteramente norteamericano, y norteamericano el territorio que atraviese, ya sea comprándolo á Nicaragua ó ya tomándoselo por la fuerza, si Nicaragua no quiere venderlo? ¿Qué significa todo esto?

Todos los pueblos que constituyen los diez y ocho Estados soberanos é independientes de origen español están alarmados; todos conocen su infortunio para defenderse aisladamente contra una agresión súbita y brutal, como suelen ser las agresiones de los *yankees*. Ni un solo Estado deja de tener en la actualidad, para debilitarlo más, algún problema ya de or-

den interior, ya de carácter internacional, que lo preocupe, lo dislacere y conspire contra su fuerza. En Guatemala está fresca la sangre de la última revolución; en Venezuela pasa lo mismo; Colombia está bajo los *interdictos* de Italia; el Brasil tiene algunas provincias agitadas; el Uruguay se halla en una difícil interinidad; la Argentina contiende enérgicamente con Chile en el exterior y con sus entrerianos en el interior; Chile navega entre dificultades sin término entre su crisis financiera y sus divergencias con la Argentina, con el Perú y con Bolivia. Todo, por todas partes, son, como se ve, portillos franqueables.

La tendencia á la unión se impone del fondo de estos mismos conflictos y de estas mismas amenazas. En el Centro, la Confederación la han realizado ya el Salvador, Nicaragua y Honduras; pero no hay medio de reducir á Guatemala y Costa Rica. Méjico no cabe en estas federaciones; pero dentro de la suya propia pueden entrar Santo Domingo, Haiti y Cuba, si logra su independéncia. En la parte septentrional de la América del Sur el Ecuador la propone á Colombia y Venezuela y en el Centro la Argentina con Roca caminará hacia ella, al menos con el Uruguay, el Paraguay y Bolivia. Del lado allá de los Andes se hallan Chile y el Perú con sus sangrientas heridas de ayer. La devolución de Tacna y Arica al Perú podrá dulcificarlas. Pero estas confederaciones parciales, ¿serán suficientes para prevenir los peligros comunes que se avecinan? Hay que confesarlo: no son bastante.

Si los movimientos de confederaciones nuevas que se dibujan en el horizonte ofrecen alguna ventaja efectiva, es que, si al cabo llegan á pronunciarse, vencerán la inercia de los pueblos, que es el mayor obstáculo que á ellas se opone. Una vez dado el impulso, el tiempo y la convicción del mutuo interés harán lo demás (1).

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

(1) En los momentos en que se imprime este pliego, recibimos *El Correo Nacional*, de Bogotá, del día 14 de Septiembre, con las bases de la

nueva Unión Iberoamericana, circulada á los Gobiernos de todas las Repúblicas de origen ibérico. Estas son:

1.^a Establecimiento de una tarifa idéntica para el cobro de los derechos de Aduanas sobre las mercancías de los países que no formen parte de la Unión. Dicha tarifa será discutida por un Congreso de Plenipotenciarios sobre la base de un derecho mínimo de un 60 por 100 del precio de los artículos empleados.

2.^a Los productos de las naciones confederadas, sean materias primas, sean manufacturadas, circularán dentro del territorio de la Unión libres de todo impuesto fiscal ó municipal.

3.^a Establecimiento de una Federación permanente entre los Estados que se adhieran á la Unión, á fin de defender la integridad de sus respectivos territorios contra todo atentado á su soberanía.

4.^a Abolición de la guerra entre las partes contratantes, sometiendo todas las diferencias al arbitraje de terceros, de origen ibérico.

5.^a Establecimiento de un Congreso permanente que alternativamente resida en la capital de cada una de las naciones hispanoamericanas que se adhieran á la liga, el cual estudiará el modo y la forma como los Estados confederados deben contribuir á la defensa de cada uno de los miembros de la Unión.

Esta Convención, en proyecto, abrazará las naciones siguientes: Méjico, Cuba, si logra su independencia, Santo Domingo, Haití, Guatemala, las tres Repúblicas de la Mayor del Centro Salvador, Honduras y Nicaragua, Costa Rica, Colombia, Venezuela, el Ecuador, Brasil, Paraguay, Oriental, Argentina, Chile, Perú y Bolivia.

Siendo una liga de toda la raza ibérica de América, á España se le concederán las mismas exenciones y derechos que los Estados Unidos de origen anglosajón pacten ó concedan á la Gran Bretaña.—P. DE G.

DE LA GUERRA

LAS CAUSAS DEL DESASTRE

VII

Tantas pueden ser las causas de los desaciertos cometidos en la última campaña, que, aun poniendo el mayor cuidado en el examen de los hechos y de los antecedentes de ellos, acaso, y muy fácilmente, nos escape alguna ó algunas de influencia decisiva; tal vez lo que hoy parezca á primera vista responsabilidad de un individuo ó una entidad, deba pesar sobre otro ú otras, por existir alguna desconocida razón justificativa del proceder de aquél ó aquélla, siendo disculpa para uno lo que resulte censura para otro. La guerra, cual todas las grandes manifestaciones de la actividad de las colectividades, tiene dos historias: una puede escribirla todo el mundo al compás mismo que los sucesos se desarrollan; fórmanla hechos públicos y notorios realizados á la luz del día, cuya gloria ó responsabilidad parece recaer, sin lugar á dudas, sobre determinadas personas; sus fuentes son las narraciones de testigos presenciales, conocedores solamente de la exterioridad de las cosas; los relatos periodísticos, por lo común precipitados, poco es-

crupulosos é influídos con harta frecuencia por pasiones del momento; todo se presenta en ella con claridad incontrovertible para las personas de espíritu ligero y superficial, que sólo miran las cosas por encima, dando excesivo crédito al testimonio de los sentidos, sin reparar que ni las aguas del mar son verdes, ni el cielo azul, aunque así los ojos lo atestigüen.

Por esto, para formar criterio histórico y pronunciar sentencias, no basta el exacto conocimiento de los sucesos; debe pensarse que al lado de esta historia externa hay otra historia interna, únicamente conocida por los que ejercen el mando supremo y por los más elevados funcionarios encargados de cumplir las órdenes de aquellos.

Consideraciones de muy diversa índole, que no vienen aquí á cuento, rodean las relaciones entre unos y otros de un misterio que á veces tarda años en aclararse ó no llega jamás á desvanecerse.

Esta historia, paralela á la anterior, suele dar la clave de cosas incomprensibles ó absurdas á primera vista; pero dicha clave no llega muchas veces á salir de las manos de quienes, por una ú otra causá, respetable en unas ocasiones, vituperable en otras, la guardan cuidadosamente.

Comenzamos el presente artículo con las anteriores consideraciones de carácter general, porque deseamos recordar lo dicho en el primero recalcando que ni por pienso es nuestra intención la de oficiar de acusadores de personas determinadas, no queriendo aparecer con pretensiones de distribuidores de responsabilidades. Ni á tal tarea somos aficionados, ni aun cuando lo fuéramos, tenemos los datos necesarios para emprenderla; y si volvemos á insistir en ello, es porque en el período de la campaña cuyo análisis comenzamos, son los sucesos de tal naturaleza, que culpas y torpezas pueden repartirse entre muchos; y la historia externa no proporciona luz suficiente para saber cómo y en qué proporción. Conste, pues: nuestra crítica se refiere á hechos, no á personas; la opinión y

los tribunales son los encargados de puntualizar las responsabilidades, aquilatadas con los documentos relativos á la historia interna de la guerra.

*
* *

El 29 de Abril zarpó de Cabo Verde la escuadra del Atlántico. ¿Cuál podía ser entonces el cometido que se le asignó y qué papel se pretendía hacerle desempeñar?

No es verosímil la suposición de que los directores de las operaciones creyeran en la posibilidad de alcanzar ventajas decisivas en el mar de las Antillas ni en las costas de la América Continental con esta escuadra, pues aquellas, para tener tal carácter, no podían ser otras sino las proporcionadas por batallas victoriosas libradas contra las flotas de combate del enemigo, cuya fuerza, muy superior á la nuestra, no permitía lisonjearse con la esperanza de triunfos de tal índole.

Analizados ya los diversos planes que pudieron encomendarse á los barcos mandados por el General Cervera, con excepción del que se realizó, nos atendremos ahora á considerar éste. Si por los hechos hemos de juzgar, no se comprende á la verdad cual pudiera ser, inclinándonos á suponer no se perseguía con él ningún objeto positivo; ó, más claro, que sin haber realmente plan en la verdadera acepción de la palabra, íbamos á dejarnos llevar á remolque por los acontecimientos. Las excitaciones de la opinión, agitada por la prensa periódica, y concretadas en ella, empujaban al Gobierno á enviar á Cuba á toda prisa los buques anclados en Cabo Verde al declararse la guerra, y, como casi siempre, obraba la opinión á ciegas, sin saber lo que pedía ni para que lo solicitaba. Alarmada con las noticias de las primeras presas hechas por los americanos; sugestionada por el establecimiento de un bloqueo incompleto alrededor de la isla de Cuba; sin pesar ni medir las fuerzas marítimas que aquellos y nosotros teníamos en aptitud de poner en juego, reclamaba imperiosa é irreflexiva-

mente el envío inmediato de nuestras naves, y á juzgar por la impaciencia demostrada y el lenguaje empleado por los periódicos, parecía que aquella isla, con sus 150.000 soldados, era presa facilísima para el enemigo. No se reparaba que más eficazmente la defendíamos por el mero hecho de conservar y aumentar las fuerzas navales dispuestas á caer sobre el adversario, que arrojándolas sobre él en los primeros momentos peligrosamente fraccionadas.

Admitido el supuesto de operar directamente contra las escuadras que rodeaban la isla de Cuba, la primera necesidad era robustecer cuanto fuera dable la que allá hubiéramos de enviar, á fin de constituir una capaz de afrontar sin abrumadora desventaja la lucha con cada una de las adversarias. Mientras en los Estados Unidos se nos viera disponer de elementos que fueran aumentándose de día en día, con los cuales pudiéramos presentarnos en las Antillas, á nada decisivo se arriesgarían, pues bien claro se marcaba su propósito de no intentar formales desembarcos hasta derrotarnos en el mar: propósito de otra parte muy natural y acorde con los consejos de la más vulgar prudencia. Habríanse reducido todas sus empresas, durante algún tiempo, á mantener el bloqueo de las costas de la manera imperfecta como podían hacerlo en tanto la confianza de no tener enemigo serio de quien cuidarse no les permitiera llevar el fraccionamiento de los buques encargados de sostenerlo hasta el último extremo, única forma de hacerlo eficaz. Hubieran seguido los cañoneos como los de Cárdenas, Puerto Rico, etc., sin resolver nada y sirviendo sólo para disfrazar malamente la real inacción de nuestros adversarios, presentándolos ante el mundo como incapaces de imprimir á sus operaciones un fin positivo, y prolongando, con perjuicio de su prestigio, aun en su mismo país, su actitud expectante ante Cuba, natural objetivo para ellos de la guerra.

Pero para mantenerlos en tal expectativa era preciso alistar con extraordinaria actividad todos los barcos que pudie-

ran reforzar la escuadra del Atlántico, algunos de los cuales formaron luego la de reserva, la cual, á causa de la lentitud con que se procedió, no estuvo en disposición de hacerse á la mar sino cuando su acción llegaba ya tarde para influir en el resultado de la lucha, mientras que á disponerse de ella en tiempo hábil para unirla á la de Cervera, habríamos podido pretender operar en las Antillas, si no en condiciones de igualdad, por lo menos sin la abrumadora desproporción con que la escuadra del Atlántico hubo de luchar. Ya que no otra cosa cabría entonces intentar el levantamiento del bloqueo, con alguna esperanza de conseguirlo, si se tenía la suerte ó la habilidad de combatir separadamente y una á una con las escuadras enemigas.

De haber adoptado este juicioso plan (por entonces tan razonable, que nos lo atribuían gente tan competente como los marinos de guerra ingleses), la realización de él indicaba, como primera maniobra, la retirada de Cabo Verde á Canarias y el envío á estas islas de los refuerzos, ó en último extremo, al mismo Cádiz, si los movimientos del adversario lo hacían preciso.

No cabe duda de que opinión y prensa habrían puesto el grito en el cielo *por el abandono de la isla de Cuba*, cual si, como el gallego del cuento, estuvieran *solos* los 150.000 hombres que la guarneían y los treinta buques de guerra afectos al Apostadero de la Habana, si bien incapaces de medir sus fuerzas con los acorazados y cruceros yankees, suficientes para luchar con los cañoneros é improvisados cruceros auxiliares que en varias zonas eran los que realmente sostenían el bloqueo. Al clamoreo de aquí habría respondido el de allá; pero si los que dirigen la guerra han de ser juguetes de la opinión indocta é irreflexiva; si el supremo interés de una campaña se ha de dejar á un lado por atender á imposiciones de secundarios intereses de localidad, no vale la pena de encargar á nadie del mando: tómese por mentor en cualquier redacción un gacetillero estratego; síganse los consejos de las tertulias

de café, ó acúdase donde lo pidan los medrosos gritos de comarcas ó pueblos amenazados por el peso de la guerra, pero no se piense que eso es el mando que debe mirar más lejos y más arriba; que debe dar el impulso y no dejarse llevar á empujones; que tiene la obligación de resistir á toda presión de quienes ni saben ni pueden saber que es lo más conveniente.

En muchas ocasiones, en diversos tiempos y diferentes países, ha sido origen de reveses y derrotas el que los directores de la guerra se hayan dejado influir por los clamores de la opinión pública, y sospechamos que, sin ser la única, ésta es una de las principales causas de los desastres sufridos en Cuba. Todo parece indicar que al enviar allí la escuadra se fué á remolque de lo que la gente pedía por falta de decisión para arrostrar la impopularidad de no socorrer aquella isla. Se comprende que en determinadas ocasiones se quiera evitar el enajenarse el apoyo de la opinión pública, pero aun cuando se temiera el efecto en ella de un movimiento retrógrado, hasta el punto de ver un peligro interior en la retirada á Canarias, no parece que por ello hubiera precisión de proceder como se procedió, pues púdose contemporizar, y mientras se preparaba la escuadra de reserva, encomendar á la del Atlántico operaciones sin carácter decisivo, donde, antes que á buscar ventajas, se atendiese á ganar tiempo, y sobre todo, á conservar los buques sin arriesgar combates de importancia mientras no se reunieran las fuerzas de las dos. Más adelante indicaremos cuáles, entre otras, pudieran haber sido estas operaciones; pero, desde luego, cabe calificar de pura demencia la decisión de arrojar la escuadra de Cervera con solos cuatro cruceros y tres torpederos en medio de fuerzas colosalmente superiores.

¿Cuál podía ser el objeto de tal plan? ¿Derrotar al adversario en formal batalla? ¿Levantar el bloqueo? ¿Cooperar á la defensa, oponiéndose á los desembarcos y basándose para ello en una plaza como la Habana ó Santiago? ¿Hacer buenamente lo que se pudiera, sin llevar de antemano idea fija, ni saber lo que allí se iba á buscar?

Juzgando por los hechos, se siente uno inclinado á pensar que este último era el cometido de la escuadra, sin tener en cuenta que dados sus elementos y el sitio donde se la enviaba, nada bueno se podía esperar. En efecto, á no hacerse muchas ilusiones, no era posible soñar en derrotar al enemigo con sólo cuatro barcos en los lugares donde, acumuladas todas sus fuerzas, podían, aun divididas, ser notablemente superiores á las nuestras. No consiguiendo tales victorias, tampoco cabía abrigar pretensiones de obligarle á levantar el bloqueo: luego no era razonable perseguir ninguno de estos objetivos, *a priori*, imposibles de lograr. Quédanos por examinar el último supuesto.

En tesis general no se pueden evitar los desembarcos desde tierra cuando los transportes que conducen las tropas van convoyados por escuadras dotadas de numerosa y buena artillería. Como ya tocaremos este punto con alguna detención al ocuparnos de los verificados en Cuba, admítase por ahora esta afirmación y permítasenos dejar para más adelante el demostrarla. Sentada tal premisa, se llega lógicamente á la conclusión de que sólo las escuadras son aptas para impedir la realización de estas operaciones. Pero nos encontramos en el mismo caso que cuando hablábamos del bloqueo, pues tanto para hacer levantar este como para asegurar las costas cubanas, la primera necesidad era dominar los mares que las bañan y disponer de escuadras de fuerza suficiente para que ante ellas se vieran precisadas á huir las adversarias. Para llenar semejante cometido sólo dos métodos podía adoptar la enviada allí por nosotros: mantenerse en la mar entre las playas de la América del Norte y las de la Gran Antilla, ó arribar á un puerto como Santiago, la Habana ú otro de la costa Norte, para lanzarse desde él sobre las flotas que condujeran las expediciones. Aun sin hacer alto en la circunstancia ya señalada de faltarnos elementos para combatir en regulares condiciones, ni una cosa ni otra podían hacer los buques de Cervera con probabilidades de éxito. En el primer caso habrían de cruzar por el

canal Norte de la isla de Cuba, (que termina al Oeste en Cayo Hueso), al cual salen por el flanco septentrional el de Bahama y otros varios desembocaderos muy á propósito para la llegada de fuerzas enemigas, en tanto que por el Mediodía lo cierran los cayos y bajos de la costa cubana. Tan pronto como allí entrara la escuadra, hallaríase en un callejón sin salida, al que, como moscas á la miel, habrían acudido las naves todas del enemigo, rodeándola y aplastándola con el peso de una decisiva desproporción de fuerzas. En el segundo supuesto, y ya entrara en un puerto (cualquiera que fuese) por propia voluntad ó para escapar de fuerzas enemigas, quedaba anulada como elemento activo é imposibilitada para oponerse á ningún plan del adversario, por la obvia razón de que ya cuidaría éste de bloquearla. Los hechos han demostrado esto con harta elocuencia; pero para que no se diga que al hacer crítica á posteriori damos como única demostración de opiniones profesadas desde el momento mismo de la entrada de la escuadra en Santiago los sucesos con posterioridad acaecidos, indicaremos que por entonces muchas personas técnicamente competentes se asustaron al tener noticia del arribo de ella á aquella plaza, que los yankees juzgaron perfectamente la situación de nuestros buques, pintándola de un modo gráfico al decir que estaban *embotellados*, siendo entonces motivo de asombro, tanto para los marinos americanos como para los ingleses, el que la escuadra del Atlántico no saliera enseguida de dicho punto.—Pueden verse, en corroboración de esto, las revistas profesionales *Army and Navy Gazette*, de Londres, y *Army and Navy Journal*, de New York.

Y es muy natural que tal opinión formaran á priori cuantos supieran un poco de cosas militares, entendiesen algo en achaques de estrategia, ó aun sin esto, tuvieran presentes las enseñanzas de la historia, que en sus páginas registra grandes desastres como consecuencia del error, muchas veces cometido, de que fuerzas activas, que tienen su principal energía en la movilidad y la iniciativa, busquen resguardo al amparo de

plazas fuertes, cuya acción, puramente pasiva, apaga aquella energía, inmoviliza los ejércitos ó las escuadras, deprime el ánimo de unos ú otras, les hace olvidar el principal objeto que deben proponerse, finge riesgos extremos en todo lo que sea abandonar el abrigo de la plaza é inutiliza las mejores tropas, que al presentarse frente al adversario van ya medio vencidas. En tales casos, cada día transcurrido sin decidirse á abandonar el refugio se lleva algo de la confianza en las propias fuerzas, y cuantos más pasan tanto más mengua el propio concepto, llegando, por último, á perderse por completo la esperanza de salir airoso en empresas que acometidas en otras ocasiones con ánimo esforzado, después de sufrir la deletérea influencia que las plazas ejercen sólo se arrostran por deber y con la resignación del que marcha al sacrificio. No cabe duda de que tal estado de espíritu es poco propicio para vencer grandes dificultades.

Por las razones anteriores, tanto en España como en el extranjero había muy pocas personas competentes que creyeran en la existencia de un plan, cuyo objeto fuera una acción de la escuadra del Atlántico contra el grueso de las fuerzas enemigas, ni que la supusieran el propósito de encerrarse en Santiago de Cuba ni en la Habana. Quien estudiara la cuestión atentamente había de pensar que sólo trataríamos de ganar tiempo mientras alistábamos otros buques, sin empeñarnos en ninguna operación decisiva, buscando pequeñas ventajas y esquivando el bulto. Tan natural parecía esto, que el 21 de Mayo *The Army and Navy Gazette*, de competencia en tales asuntos universalmente reconocida, decía lo siguiente: «La »escuadra del Almirante Cervera ha sido vista en aguas de »Curaçao, y evidentemente su táctica será la de amagar y es- »capar, procurando aprovechar las menudas ventajas que cir- »cunstancias fortuitas ó inesperadas puedan proporcionarle.»

VIII

Entre las operaciones de menor cuantía que la escuadra del Atlántico pudo emprender para no aparecer sumida en la inacción ni verificar un movimiento retrógrado en los comienzos de la campaña, llaman principalmente la atención dos objetivos: en alcanzarlos pudo muy bien invertirse el tiempo que la escuadra de reserva tardara en ponerse en disposición de reforzarla. Era uno de ellos, no el levantamiento del bloqueo, pero sí distraer las principales fuerzas que lo mantenían para facilitar la llegada á la isla de Cuba de barcos mercantes, demostrando así lo ilusorio de dicho cerco; el otro pudo ser atacar al comercio yankee yendo á cruzar en una de las zonas más frecuentadas por los trasatlánticos americanos.

Como la escuadra española había de tomar distintos rumbos, según ejecutara uno ú otro plan, examinaremos en primer lugar el segundo, pues el primero, por requerir el mismo que se llevó al iniciar las operaciones, lo consideraremos al analizar estas.

Entre las Azores y Terranova pasan la mayor parte de los derroteros seguidos desde los Estados Unidos á Europa por los numerosos barcos yankees que hacen esta carrera. En la época en que el Almirante Cervera abandonó el fondeadero de Cabo Verde, sabíase que las escuadras enemigas estaban ancladas en los puertos de su país ó cruzando por las costas de Cuba, atendiendo unas al bloqueo y ocupadas otras en la persecución de nuestro comercio en el mar de las Antillas y en el golfo de Méjico; las demás se hallaban en situación expectante de lo que la nuestra intentara á su salida del archipiélago portugués.

Tomando al zarpar rumbo á las Antillas, y modificándolo luego para navegar en dirección á Terranova, pocos días eran necesarios para llegar á cortar los derroteros señalados sin aproximarse á más de tres singladuras de la costa americana; y cruzando durante unos cuantos en dichas aguas, no hubiera sido difícil hacer algunas buenas presas sin correr el menor riesgo. Fácil es convencerse de ello: manteniéndose á la distancia indicada de los puertos americanos, lo más pronto que la primera noticia de la presencia de la escuadra en tales parajes podría llegar á ellos era tres días después de la llegada; aun sin hacer cuenta del tiempo necesario para comunicar órdenes á las flotas enemigas, y dando por supuesta la inmediata salida de ellas á la mar, habíanles de ser precisos otros tres ó cuatro para llegar donde la nuestra se hallara. Tenía ésta, por consiguiente, cinco ó seis á su disposición para moverse en libertad antes de pensar en retirarse con tiempo y delantera suficiente para no poder ser alcanzada por los adversarios; y en dicha zona y en tal plazo era posible hacer muchas y valiosas presas, que tal vez no fueran las últimas, pues de camino hacia Europa se ofrecerían probablemente ocasiones de aumentar su número, sirviendo de compensación á las pérdidas experimentadas por los armadores españoles con las muchas que los americanos nos hicieron al comenzar las hostilidades.

Y no era el lugar indicado el único á propósito para tal empresa, pues entre las costas occidentales de Irlanda y el golfo de Gascuña, habría sido fácil recoger abundante botín, con riesgo aún más remoto.

Además de su sencillez y del escaso peligro que en llevarla á cabo se corría, abonaba esta operación la conveniencia de hacer sentir á los americanos el peso de la guerra en los primeros momentos de ella; pues, no sólo era lógico procurar dañar al enemigo en sus intereses, cuando había pocas esperanzas de dañarle en sus fuerzas, sino muy político el hacerlo.

Entrando ahora á considerar el viaje de la escuadra, y

procediendo en justicia, debemos reconocer que se verificó hábilmente, logrando despistar al enemigo, hasta el punto de que oficialmente se comunicó al Ministerio de la Guerra Americano la noticia de su llegada á Cádiz, el 10 de Mayo, y el 11 se presentaba en la Martinica.

En realidad el viaje fue sumamente lento, pues se emplearon trece días en recorrer una distancia de poco más de 2.000 millas, (que es la que separa á Cabo Verde de aquella isla) cuando á las velocidades medias podían los cruceros salvarla en la mitad de tiempo. Pero si se tiene presente que para evitar el encuentro de otros buques, con seguridad no se seguiría la derrota acostumbrada, y reparando en la falta de urgencia de llegar en corto plazo, pues, por el contrario, era ventajoso retrasarse un poco para dar lugar á que los movimientos de las escuadras adversarias revelaran las intenciones del enemigo, no hay motivo para censurar la lentitud en la marcha.

Era oportuno tocar en la Martinica ó en cualquiera otra isla de las Antillas Menores antes de aventurarse en el Mar de las Antillas ó en los canales del Norte de Santo Domingo y Cuba, pues de no tomar tal precaución, merced á la cual podía el Almirante adquirir noticia de la situación de las escuadras, corriase el riesgo de ir á caer enmedio de fuerzas superiores.

Pocos informes positivos podría recoger acerca de tal situación el General Cervera en aquella isla: enteraríase allí solamente de los reconocimientos ofensivos verificados por buques yankees de escaso poder en diversos puntos de la costa Norte de Cuba; sería probablemente comunicada la noticia de la permanencia de la división del comodoro Schley en Hampton Roads; pero es casi seguro que no lograría saber nada concreto respecto á la situación y rumbo de la de Sampson. La conclusión que de estos datos se deducía, era que la mayor y más respetable parte de las fuerzas enemigas se hallaba, según los indicios, al Norte de las grandes Antillas, y de aquí provino, sin duda, la determinación de dirigirse á

Curaçao, tanto por ser ruta bastante segura á causa de su alejamiento de aquellos mares, como por ser dicha isla punto adecuado para adquirir noticias más recientes y positivas de la escuadra principal del enemigo, antes de aventurarse en los parajes cercanos á Cuba.

El 14 llegaron el *Teresa* y el *Vizcaya* á Willemstad (Curaçao), quedándose fuera los demás cruceros; á la caída de la tarde del 15 salieron aquéllos, y el mismo día regresó el torpedero que se había enviado de explorador. Como consecuencia de la permanencia en aquel puerto y de las noticias que dicho buque trajo después de comunicar en alta mar con un correo español, se enteraría el Comandante de la escuadra del ataque á Cienfuegos, realizado el día 11; del bombardeo de Puerto Rico, el 12; de la salida de Schley de Hampton Roads, el 13, y de la llegada de Sampson á Puerto Plata el 14.

Entonces fue cuando indudablemente debió de adoptarse la resolución de dirigirse á Santiago de Cuba; y ahora ya sorprende se tardara de tres y medio á cuatro días en una travesía que, además de poder hacerse en menos tiempo, era conveniente verificar con rapidez. Es asimismo extraño que se marchara á dicho puerto como hacia él no empujara la carencia ó escasez de elementos para seguir navegando sin reponer antes los que faltaran ó pudieran escasear para llegar al término del plan adoptado. Dados los antecedentes adquiridos en Curaçao, donde seguramente se comunicaría con el Ministro de Marina, con el Capitán general de Cuba y con algunos Cónsules de las Antillas, podía deducirse que Sampson, por el Norte, marchaba de Puerto Rico á La Florida, Habana, ó, cuando menos, á las costas de Cuba; que la escuadra de Schley, haciéndose á la mar al día siguiente de recibir en los Estados Unidos la noticia del arribo de los españoles á la Martinica, claramente delataba uno de estos intentos: ir al encuentro de ella directamente; reforzar el bloqueo de Cuba, esperándola en alguno de los pasos obligados del mar de las

Antillas ó del Oceano á los canales entre las islas de Bahama y la de Cuba. Por último, sabíase que al Sud de esta isla había unos cuantos buques, pocos y de escasa resistencia, en las cercanías de Cienfuegos.

Pudo reflexionarse entonces que en tanto las flotas enemigas llegaran á puerto, ó mientras las alcanzaran los barcos que el Gobierno americano enviara en su busca, ni podrían tener noticia de la llegada á Curaçao de la española, ni recibir órdenes, ni comenzar á buscar á ésta. Haciendo un cálculo muy poco optimista, se podía suponer que nada de esto ocurriría, al menos en cuarenta y ocho horas, y de haberse querido dar un golpe de audacia y de gran efecto, había posibilidad de ello poniendo la proa á Cienfuegos para caer sobre los buques bloqueadores de la costa Sud, y después de hacer en ellos una *razia*, alejarse de nuevo, huyendo de la proximidad de las costas, dejando la Jamaica al Oriente, primero, y luego al Norte, para huir de estrechos y canales, tomando la vuelta de Canarias atravesando las Antillas Menores, ó yendo á Puerto Rico á renovar la provisión de carbón, si fuera necesario para seguir el viaje. Aunque muy audaz, tal correría era practicable dado lo que de la situación de las escuadras adversarias se sabía y merced á la notable marcha (si la que el *Anuario oficial* consigna no era falsa) de los cruceros; pues sin llegar ni con mucho á la máxima, que sólo se emplea en momentos decisivos, dos días y medio bastaban para llegar á la altura de Cienfuegos. Aunque se emplearan otros dos en la caza; aun cuando las flotas del Norte acudieran tan pronto como recibieran el aviso de nuestra presencia en el Sud; aun en el caso más desfavorable de llegar una por el canal de Yucatán y la otra por Cabo Cruz, navegando la nuestra rectamente al Sud, y á toda velocidad hasta los diez y seis ó quince grados de latitud, era punto menos que evidente que lograría escapar, hasta en el supuesto de que tropezara con el enemigo—cosa muy difícil,—pues le aventajaba en marcha, y en aquellos mares no corría peligro, como en los del Norte, de

verse acorralada entre cayos é islotes por fuerzas concurrentes en distintas direcciones.

Este plan, según lo dicho perfectamente ejecutable, podía combinarse á la salida de Curaçao, pues se observará que al hablar de él no nos hemos apoyado en lo que los yankees hicieron durante el tiempo necesario para desarrollarlo, ni en la situación de sus barcos con posterioridad conocida, habiendo sólo hecho referencia á lo que, al tiempo de salir de **Willhemstad**, se sabía con certeza; y la parte contingente es el mínimun de la que en todo plan de guerra ha de haber forzosamente.

Pero, admitiendo por un momento que se considerase esta empresa demasiado atrevida, todavía pudo en aquella misma época haberse emprendido otra de las de mucho ruido y pocas nueces, pero de gran efecto moral: una expedición á las costas de los Estados Unidos en el Atlántico.

Esta operación, que los datos sobre posiciones de las escuadras á la salida de la nuestra de Curaçao, indicaban como fácil, se prestaba á ser conducida sigilosamente hasta llegar allitoral, adoptando un rumbo que dejara bien lejos hacia el Oeste el Archipiélago de Bahama; pasando del mar de las Antillas al Atlántico, ora por el canal de la Mona, entre Puerto Rico y Santo Domingo, ora por cualquiera de los numerosos pasos que separan las innumerables islillas situadas en el espacio que media desde Puerto Rico á la Guadalupe; pudiendo perfectamente ocultarse de las costas, sin más que tener cuidado de embocar el canal que se eligiera al cerrar la noche del día 16, con lo cual la luz de la mañana del 17 llegaría cuando ya los buques estuvieran á tal distancia de tierra, que no serían vistos desde ella.

De los dos caminos indicados, parece más conveniente el segundo, pues acaso la isla de Puerto Rico estuviera especialmente vigilada por avisos enemigos. Una vez en el Atlántico, seguiríase otro día con rumbo al N. NE. para dejar por la popa la derrota de los trasatlánticos que de Europa van á la

América Central, á fin de evitar la contingencia de que alguno viera á la escuadra en marcha hacia las costas de los Estados Unidos. Con la más exquisita vigilancia, durante el día se procuraría esquivar los encuentros; y cuando quedaran atrás aquellos derroteros, sería ocasión para rectificar el propio, dirigiéndole rectamente hacia los puertos de la Carolina ó la Virginia, donde podía llegarse á los cinco días de salir de Willhemstad. Bombardearíase uno ó dos, con intento de hacer mayor daño á las poblaciones que á los fuertes, sin emplear en esta empresa arriba de veinticuatro á treinta y seis horas para no dar lugar á que las escuadras americanas tuvieran tiempo de acudir desde el Sur antes de haber verificado nuestra retirada.

De realizar esta operación en tal forma, en la tarde del 20 ó en la mañana del 21 de Mayo se habría llegado al objetivo, y el 22 se estaba ya en franquía para dar la vuelta hacia Canarias.

El 20 navegaba Schley en aguas del Cabo de San Antonio; hacíase Sampson al mar desde Cayo Hueso, en demanda uno y otro de la escuadra de Cervera, que, habiendo sido vista en Curaçao, pensaban, como era natural, caminaba hacia Cuba, y á la cual salían á encontrar por el Norte el último, y por el Sud el primero, de dicha isla.

Entre lo que el aviso de la presencia de aquella en el Norte tardara en encontrarle, y el tiempo que Sampson, el más cercano, invirtiera en la marcha, no le era posible, por mucha actividad que desplegara, llegar con tiempo para alcanzar á nuestros buques. Además, la ruta que tenía que tomar era obligada, y por tanto, ejerciendo vigilancia en la dirección de ella, no se puede admitir que una escuadra que, como la nuestra, aventajaba notablemente en velocidad á la enemiga, fuera sorprendida ni forzada a combatir.

Con uno y otro de los dos planes considerados se lograba el objeto primordial que debíamos habernos propuesto, que era el de exponer la escuadra todo lo menos posible; ganábase

tiempo para la preparación de la de reserva, haciendo que las fuerzas del adversario anduvieran de un lado para otro, sin lograr ventaja ninguna, desatendiendo el bloqueo, que pudiera haber sido burlado por buques mercantes preparados al efecto, y haciendo un desairado papel en su país y en el extranjero; levantábase en cambio el prestigio de nuestra Marina, en realidad á poca costa, y como término de tales correrías preparábase en buenas condiciones la unión de la escuadra de reserva á la del Atlántico en Canarias ó en Cádiz, constituyendo una apta para emprender campañas de más positivos frutos.

Los que cabía recoger de las últimamente consideradas, eran diversos: con el ataque á los barcos bloqueadores del Sud, pudo haberseles hecho verdadero daño, si bien no de gran entidad para el enemigo por tratarse de buques de mediana calidad y escaso porte; pero ventajas de tal índole, no por pequeñas dejan de tener importancia, sobre todo cuando las logra el combatiente que es reconocidamente más débil. Hubiera sufrido el bloqueo un golpe efectivo de mucha resonancia; y sin ligar la suerte de nuestros cruceros á la de tal ó cual puerto de la isla de Cuba, cooperábase á la defensa de ella, pues el temor á la escuadra española influiría más que antes en nuestros enemigos, haciendo aumentar las vacilaciones, que durante mucho tiempo sintieron antes de decidirse á verificar formales desembarcos: que ya por entonces corría muy válida, en los Estados Unidos, la opinión de que sería muy conveniente aplazarlos para el otoño, siendo muy probable no comenzaran hasta dicha época, á no haber despejado de riesgos el horizonte la permanencia en Santiago de los buques mandados por el Almirante Cervera.

Al hablar del ataque á las costas yankees, hemos comenzado por decir que era empeño de los de mucho ruido y pocas nueces; y nos expresamos así porque, en realidad, los resultados positivos habrían sido insignificantes, y, según todas las probabilidades, menores que los que podían alcanzarse en el

Sud; pero el efecto, en la opinión indocta extraordinario y el escándalo en los Estados Unidos mayúsculo, dando lugar en dicho país á reconvenciones agrias contra el Gobierno y la Marina.

Considerando uno y otro supuesto con respecto á España, no cabe duda de que así se hubiese satisfecho á la opinión pública, sin enviar la escuadra al sacrificio, levantando, además, el espíritu en Cuba bastante mejor que encerrándola en Santiago ó en la misma Habana; pues, aun haciendo caso omiso de que si pretendía llegar á la capital es verosímil fuera destrozada en el camino por las fuerzas superiores del enemigo, no habría sido allí mucho más útil que en Santiago, porque tan bloqueada quedaría en uno como en otro puerto; que el error no estaba en que la ratonera fuera mayor ó más pequeña, ni en que estuviera aquí ni allá, sino en meterse en ella.

Acaso á primera vista parezca á algunos muy extraordinario que presentemos como fácil la obtención de ventajas sobre un enemigo notablemente superior; pero si bien se reflexiona en la causa de ello, se comprenderá que la razón estriba, no sólo en la superior velocidad de nuestra escuadra, sino acaso, y más principalmente, en la inapreciable ventaja que en la guerra lleva el combatiente que toma la iniciativa sobre quien pasivamente espera los sucesos para ir á remolque de ellos: ventaja tanto más patente, cuanto más extenso es el teatro de operaciones. En el caso concreto á que nos referimos, habían los yankees de atender á cubrir el bloqueo de Cuba, y podían ser atacados, no sólo en los mares que circunvalan esta isla, sino en todo el desmesurado litoral de los Estados orientales, desde el Cabo Sable á la desembocadura del río de Santa Cruz.

A causa de su situación expectante ante los movimientos de nuestra flota, libre para moverse sin preocuparse de si dejaba descubierto tal ó cual paso ni cuidarse de defender nada, tenían forzosamente nuestros enemigos que estar en una cons-

tante incertidumbre acerca del punto donde Cervera se presentaría con sus cruceros. Este sabía siempre donde podía dirigirse para ofender al adversario vulnerable alrededor de Cuba y en todas sus costas, que ni cambiaban de sitio ni se alejaban. En tanto los americanos no tenían sino un objeto sobre el que descargar sus golpes, las naves españolas, que en constante movimiento, nunca se sabía á ciencia cierta ni donde estaban, ni á donde marchaban, mientras no cometieran la imprudencia de aventurarse en las zonas donde los rumbos están de antemano marcados entre bancos, islas y cayos, únicos lugares en los que podía facilitarse la tarea de los yankees. En suma, la diferencia entre la situación de unos y otros era la que puede existir entre dos tiradores, de los cuales uno hace fuego sobre un batallón á pie firme y el otro sobre un pájaro al vuelo.

Es cosa harto sabida por quienes se han dedicado á estudiar la historia de las guerras terrestres ó marítimas, que el que, como nuestros enemigos, se mantiene ó tiene que mantenerse á la expectativa, enfrente de un contendiente maniobrero y resuelto, llega siempre tarde á todas partes. Es natural: cuando se tiene noticia de la presencia del adversario en un punto ya no suele estar éste en él, y generalmente se ignora á dónde se dirige; comienza por sorprender la noticia, pues por lo común se le espera por todas partes menos por donde aparece; es preciso luego cerciorarse de la exactitud de ella, para no proceder de ligero; desechar planes fundados sobre distinta base é idear otros, meditando cuáles podrán ser los propósitos del enemigo y cuál el medio mejor de hacerlos fracasar; comunicar órdenes para realizarlos y esperar su ejecución. Se acierta ó no se acierta en las conjeturas, con más frecuencia lo segundo; pero aun admitiendo lo primero, todo ello consume tiempo, y no poco, precisamente cuando los minutos son de inapreciable valor. Mientras tanto, el que toma la iniciativa va marchando y acercándose á su objetivo, con la doble ventaja del tiempo y el espacio, de inestimable valor en la guerra. Y todo esto no tiene nada de extraordinario, pues

lo mismo ocurre en el mundo, donde, por regla general, suele siempre llegar antes el que va delante. Cuando no se trata de medir fuerzas desproporcionadas y librar batallas, sino de maniobras y marchas, basta ser más ligero y tener la iniciativa para lograr el objeto, y aun para tales empresas la mucha fuerza estorba á veces.

Para ultimar este asunto, sólo queda por tomar en cuenta un factor sumamente importante, del cual pudiera depender la posibilidad ó imposibilidad de realizar las operaciones indicadas: el carbón necesario para llevarlas á cabo.

Tres de los cruceros tenían un radio de acción de 9.700 millas y uno de 8.300, lo cual da un promedio de 9.300 para la escuadra, supliendo en uno de los puertos donde se entró ó se hubiera de entrar lo que á éste le faltara, tomándolo de la provisión de los otros. Considerando que con ellos iban los torpederos, con los que habría que hacer lo mismo, podemos reducir la amplitud de movimientos á 9.000 millas, y en último caso, si estos barcos eran un obstáculo en este concepto, desde Curaçao pudieron enviarse á Cuba. El mayor de los recorridos exigido á la escuadra para desarrollar los planes analizados no llegaba, aun con los rodeos, á 9.000 millas, y por tanto el carbón no podía ser obstáculo para llevarlos á cabo, y más si se tiene en cuenta que en último extremo, dirigiéndose en un caso á las Azores y en el otro á Cabo Verde, era posible disminuir notablemente las necesidades de combustible. Allí, con arreglo á las leyes por que se rigen los neutrales, podía hacerse carbón en la cantidad necesaria para llegar al puerto español más cercano.

Si á lo anterior llegara á objetarse que por no llevar la escuadra completa su dotación de combustible no estaba en aptitud de emprender operaciones de amplio desarrollo, viéndose en la precisión de arribar á un puerto, convendremos en ello; pero si bien en dicho caso no será justo hacer cargos por falta de pericia, en cambio surgirá otra responsabilidad mayor y menos disculpable: la resultante del inconcebible descuido, y

de lo absurdo de la determinación de echar al mar una escuadra desprovista de lo necesario; acaso cambie la persona sobre quien recaiga la mayor culpa del desastre, pero en cambio el peso de ella será mucho más abrumador: lo uno sólo indicaría desacierto é impericia; lo otro, falta de celo, sin que tal mudanza pueda eximir de la censura formulada.

Poco resta ya que agregar para dar por terminadas las observaciones que un cuidadoso estudio de los hechos y de las situaciones creadas por ellos nos han sugerido respecto al viaje de Cabo Verde á Santiago de la escuadra que á la salida de este puerto dejó de existir. Unicamente haremos notar que á la llegada de ella á la Martinica era ya conocido el desastre de Cavite, habiendo transcurrido desde entonces tiempo suficiente para que, meditando sobre nuestra situación en Filipinas, pudiera pensarse en cuanto dijimos en nuestro anterior artículo acerca de este punto. Llevando—como parece que llevaba—á Cuba por objetivo, al llegar á la Martinica tenía la escuadra una espinosa y difícilísima tarea que llenar sin probabilidades de éxito, ni aun para el más optimista si entendía un poco en achaques de guerra; presentábase en cambio en el extremo Oriente posibilidad de alcanzar ventajas patentizando firme resolución de sostener la bandera en Filipinas. No parecía dudosa la elección, y esta es una de las pocas cosas en que la voz pública no andaba descaminada; no habiendo la excusa, para quien la haya menester, de no habersele ocurrido la idea, pues que á gritos se hablaba de ello en las calles.

Como ya hemos examinado con detención este plan, partiendo de Cabo Verde, sólo agregaremos ahora que el tiempo para realizarlo desde la Martinica no aumentaba sino en unos cuatro á seis días. Lo dicho entonces acerca del combustible es perfectamente aplicable al caso que ahora tratamos, y en cuanto á la fecha de llegada oscilaría probablemente alrededor del 20 de Junio, es decir, antes de la llegada de los refuerzos yankees salidos de California.

Entró la escuadra del Atlántico en Santiago de Cuba el 19

de Mayo; rondaban alrededor de este puerto unos cuantos barcos enemigos de escasa resistencia que recientemente lo habían cañoneado; y al embocar el puerto nuestros cruceros sin hacer caso de ellos, más bien que como fuerzas de auxilio se presentaban cual acosados fugitivos que buscaran amparo en el fondeadero; actitud tanto más extraña cuanto que las escuadras de combate del adversario se hallaban en tal día en Cayo Hueso, á gran distancia de la nuestra. Ni el apresuramiento en ganar la bahía sin cuidarse de procurar hacer daño alguno á las naves bloqueadoras, ni la situación de aquella eran para que ningún español se enorgulleciera ni se regocijara; y á pesar de todo fue general en España el alborozo, promovido acaso principalmente por personas en quienes la competencia técnica que debían tener hacía inverosímil estimaran aquella operación como un éxito. Sin embargo algunos veían las cosas con mayor claridad, constituyendo para ellos motivo de seria inquietud la desfavorable situación de nuestra flota. Desgraciadamente estos pocos estaban en lo firme: ellos y nuestros enemigos, que viendo claramente el partido que podrían sacar del encierro de la única flota española en estado de navegar, decían en una de sus más autorizadas Revistas navales: «Los españoles se han engreído cuando su escuadra »ha ganado el puerto; pero si la más fuerte de sus flotas se »*embotella*, ¿no es esto una confesión de debilidad que será »fatal para las pretensiones españolas?»

IGNOTUS.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—CRIMINOLOGÍA: Puñal y revólver.—ARQUEOLOGÍA: Claus-
tros románicos españoles.—POLÍTICA: Enseñanzas de la guerra hispa-
noamericana.—PSICOFÍSICA: Psicología de las hormigas.—SOCIOLOGÍA:
¿Qué harán nuestros hijos?—¿Qué haremos de nuestras hijas?—FILO-
SOFÍA: León Tolstoï.—La filosofía de Nietzsche.—TIQUIS MIQUIS LITE-
RARIOS: La patología en aumento ó disminución.—Jugar toros.

CRIMINOLOGIA

FUÑAL Y REVÓLVER.—Los que en el campo del derecho pe-
nal han dedicado sus estudios á la antropología y á la sociolo-
gía criminal, se han ocupado de la constitución del homicida,
de las varias categorías en que puede entrar, de los móviles
que le impulsan á la comisión del delito, de la influencia que
en él ejercen el temperamento, la raza y el ambiente social y
económico; pero ninguno ha estudiado *exprofeso* el arma con
que se lleva á cabo el crimen, el instrumento que corta la vida
del uno, abriendo al otro las puertas de la cárcel.

Angiolini hace ese estudio en la *Rivista moderna di Cultu-
ra*, y sostiene que, lejos de ser indiferente para conocer el
tipo del criminal, el arma empleada puede ayudar para recons-
truir en su verdad y en su esencia el tipo exacto del delin-
cuente.

«Si para llegar á ser—decía Rousseau en el *Emilio*—el
rico heredero de un hombre á quien jamás se hubiese visto,

de quien nunca se hubiera oído hablar, y que habitase allá abajo, en el fondo de la China, bastase oprimir un botoncito para hacerle morir, ¿quién de nosotros no oprimiría tal botón?»

Arriesgada es la pregunta, y el hombre más honrado se queda dudoso un instante, impresionado por su crudeza. Basta que la víctima esté lejana, *allá abajo, en la China*, basta que su rostro, aunque humano y semejante al nuestro, sea desconocido; basta que no se vea vacilar y caer su cuerpo ni aparezca delante la angustiosa agonía de la muerte, para que aquel crimen, sentido al principio como cosa enormísima y terrible, parezca, en cierto modo, menos anormal y repulsivo.

Quizá por esto—porque no tienen presentes y vivos ante sí los horribles sufrimientos de los moribundos, de los mutilados, porque no ven el rojo arroyo de la sangre vertida—los gobernantes, los Ministros, deciden en un momento la guerra, lanzando unas contra otras enormes masas de pueblo inconsciente ó mandando la flor de la juventud á combatir contra patriotas más ó menos bárbaros.

En la antigua sociedad humana dominaba la fuerza muscular, la energía del brazo, el valor guerrero; entre nosotros, por el contrario, triunfa la inteligencia que, naturalmente, reviste el aspecto de la astucia y llega á veces al grado criminoso del fraude. A una sociedad guerrera, como diría Spencer; ha sucedido una sociedad industrial, y así el delito guerrero, del que es típico ejemplo el homicidio al arma blanca, ha sido sustituido por el delito intelectual, en el que predominan la astucia y el fraude, aunque el fin sea sanguinario. No todos, sin embargo, han sentido tal modificación, ni sabido adaptarse á las exigencias del ambiente transformado, y como en la época actual hay quienes combaten en la lucha por la existencia con armas superiores y perfeccionadas hay también quienes permanecen rezagados en punto á procedimientos para combatir.

El que por una disputa de dos ó tres céntimos clava el pu-

ñal en el vientre del adversario, ó el que, irritado por el humo que penetra en su habitación, rompe á martillazos el cráneo del vecino que le ocasiona aquella molestia, se asemejan en sus líneas generales á aquellos bárbaros, tan bien descritos en *La Guerra* de Letourneau, que con entusiasmo se baten cuerpo á cuerpo y reputan por mejor al que mayor número de cabezas ha logrado separar del tronco.

Ahora bien; Angiolini se atreve á sostener que esos homicidas por tres céntimos ó por un poco de humo, darán el golpe con el puñal ó con el martillo, pero nunca emplearán la pistola ni el revólver. Suprimid en los casos citados el martillo ó el puñal, sustituidlos por el arma de fuego, y la figura atravesada del criminal se desvanece hasta el punto de no poderla reconocer.

Con el revólver pone fin á sus días y á sus culpables amores la señora elegante; con el revólver mata á la esposa adúltera el marido ultrajado; con el revólver hieren y se proporcionan súbita venganza todos aquellos á quienes la ocasión hace criminales. Pero apenas salido el tiro, los ímpetus se desvanecen y el homicida comprende entonces toda la importancia del hecho; no puede asistir á los sufrimientos del herido y, arrojada el arma, huye si no la revuelve contra sí mismo ó si, recompuesto el ánimo, no presta al herido los primeros socorros. Esto ocurre porque semejantes homicidas matan sin pensar en las terribles consecuencias de su propia obra.

Pero quien mata ó hiere por lujuria de sangre, quiere ver de cerca los sufrimientos de la víctima, quiere palpar sus carnes, sentir penetrar el arma propia en el cuerpo del adversario, y en tal caso la pistola y el revólver le estorban; es mejor la navaja, que se puede esconder, con la que se puede embestir de cerca y repetir los golpes sin temor á que el rumor del arma sea oído por nadie; es mejor la segur, que puede de un golpe echar abajo al adversario.

No queremos decir por eso que el arma por sí sola sirva para distinguir el delincuente nato del pasional; basta pensar

que el arma algunas veces es la marca del oficio y caracteriza lo que Tarde llamaría delincuencia profesional. Recordando, sin embargo, cómo las profesiones revelan la naturaleza del individuo, no deberemos olvidar que quien va armado de navaja ó de cuchillo, que siempre lleva consigo las armas del oficio, demuestra por ende su tendencia á la riña, como la señora que tiñe de rubio sus cabellos negros, descubre su naturaleza ligera y su afán de figurar y de agradar.

Así aparece la diferencia sustancial entre los que usan el puñal y los que emplean el revólver. El atávico, en cuyas venas discurre la sangre de los bárbaros, no podría sentirse atraído por las armas de fuego, que satisfacen otras exigencias y fines muy distintos de la lucha individual.

Al hombre normalmente constituído produce dolor tanto el pensamiento como la vista de los sufrimientos de otro, pero claro es que los nervios se sienten menos impresionados por el simple pensamiento de un dolor, que por la presencia real y efectiva del que sufre; por eso damos limosna al hambriento que nos sale al paso, mientras la rehusamos á los muchos hambrientos que no vemos.

El que hiere con martillo, con navaja, con piedra, muestra no tener repulsión, no ya al pensamiento, pero ni aun á la vista de los dolores y sufrimientos del otro; al acercarse á su víctima, no pueden ocultársele las contracciones dolorosas de su rostro, sus esfuerzos para rebelarse y defenderse, sus miradas suplicantes, que invocan gracia; mientras que quien hiere con revólver ve confusamente, recogidas en breve momento, aquellas fases que ante el otro se desarrollan lúgubres en largo lapso de tiempo. Además, el mismo alejamiento, lo que podría llamarse discontigüidad entre matado y matador, es otro hecho que disminuye el espanto en quien comete el delito.

Poner las manos en una persona con intento de hierirla, de matarla, saltar ó precipitarse sobre ella, representan acciones enormemente repulsivas, que rebajan al hombre al nivel de las bestias que luchan cuerpo á cuerpo entre sí, y con dientes

y garras se lanzan sobre el enemigo. Quien, por el contrario, hiere de lejos, ni consume una gran energía fisiológica ni siente el contacto de la víctima; entre él y el muerto existe cierta distancia, y su organismo puede experimentar la ilusión de no haber herido, de no haber producido ningún mal, de no haber tomado parte en el crimen.

Preciso es reflexionar, por otra parte, que el revólver es un arma hecha expresamente para matar y que si por la mente del hombre normal puede pasar por un momento el relámpago de una idea homicida, pasa al mismo tiempo el reflejo del revólver, que explota y mata sin dar tiempo de pensar en los sufrimientos, en la agonía de la víctima. Pero quien piensa en la navaja ó en la segur ó en el sacudimiento de la cabeza contra el muro, debe haber adaptado su organismo á impresiones é ideas eminentemente feroces. Para hacer de un instrumento, inocente por sí mismo y por su ordinario uso, un arma de las más mortíferas, se necesita un organismo, un temple particular que no todos los delincuentes poseen.

ARQUEOLOGIA

CLAUSTROS ROMÁNICOS ESPAÑOLES.—Publicados primero en *La Ciudad de Dios*, la acreditada revista que los Agustinos de El Escorial redactan, y recogidos después en interesantísimo folleto, los artículos escritos por D. Enrique Serrano Fatigati, el infatigable organizador y Presidente de la Sociedad española de Excursionistas, contienen tan curiosos datos como acertadas apreciaciones sobre los más notables claustros románicos que España atesora «ennegrecidos por los siglos, misteriosos como los sepulcros donde se encierran grandes secretos históricos, y llenos de esa idealidad que dan á los recintos las grandezas del pasado».

Los que en primer término llaman la atención, por sus primorosas esculturas, son los claustros benedictinos: el monaste-

rio de Ripoll, San Cucufate del Vallés y San Benito de Bagés, en Cataluña; San Juan de la Peña y San Pedro el Viejo de Huesca, en Aragón; el monasterio de Silos, en Castilla, y San Pedro de Villanueva, en Asturias, son los que descuellan entre todos. Entre las fundaciones cistercienses merecen singular mención las de Iranzu, la Oliva y Fitero, en Navarra; Poblet y Vallbona, en Cataluña, y las Huelgas de Burgos, en Castilla, debiendo figurar el convento de Bernardas de San Andrés del Arroyo al lado del premostratense de Aguilar de Campóo, desde el punto de vista artístico. Las catedrales de Avila, Salamanca y Sigüenza con las de Gerona y Tarragona, y las colegiatas de Vilabertrán, San Pedro de Soria, Santillana del Mar y Santa María de Sar (en Santiago), con los restos de San Pedro la Rúa, de Estella, y San Pedro de Galligans, en Gerona, completan la nutrida falange de artísticos monumentos claustrales del arte románico en España.

Los caracteres de estas variadas construcciones revelan las diversas influencias que los tiempos ó los gustos artísticos de las Ordenes fundadoras hicieron sentir en estas fábricas. Así, en cuanto á las *cubiertas*, las ostentan de madera llenas de arcaicas pinturas, Ripoll, Santillana y Silos, teniéndolas de medio cañón los claustros de la catedral de Gerona, bóvedas de aristas Tarragona y Aguilar, y grandes masas de roca San Juan de la Peña. Los *arcos* son profundos, sin molduras ni arquivoltas que atenúen su espesor, en San Pedro el Viejo, San Pedro de Galligans, San Cucufate del Vallés y San Benito de Bagés, separándose un poco de este tipo Silos, Santillana y la catedral de Gerona; se presentan adornados de elegante ajedrezado en San Juan de la Peña; exórnanse de escocias, baquetones, dentellones, clavos y otros elementos ornamentales los de Aguilar, Claustillas de Burgos y Tarragona, y se abren en menos gruesos muros los de Ripoll, llenos de luz y de esbeltez. Los *abacos* están labrados en un trozo de roca distinto de los capiteles y coronan en una sola pieza las columnas pareadas que los sostienen; la catedral de Tarragona los posee

gruesos y con rica ornamentación, ó bien sencillamente adornados; los de Silos, Ripoll, San Juan de la Peña y San Pedro el Viejo, presentan zonas de follajes, grecas y trenzados, y los de Santillana, San Pedro de Galligans, catedral de Gerona, San Benito de Bagés, San Cucufate del Vallés y las Claustrellas de Burgos, no ofrecen más que un sencillo tablero con mayor ó menor número de escocias y aristas. La disposición de los *capiteles* de las columnas pareadas características, es también muy diversa: están unidos formando un solo cuerpo, sobre el que se destacan relieves de todo género, en Santillana, Aguilar, San Juan de la Peña y San Pedro el Viejo; se hallan sólo en contacto por su parte superior muchos de los de Tarragona y Silos; aparecen separados, pero próximos, en las Claustrellas de Burgos, San Pablo del Campo, el Colegio de la Vega (Salamanca), Ripoll y San Benito de Bagés, y figuran alejados uno de otro, formando con el abaco de enlace una especie de pórtico, en San Pedro de Galligans, la catedral de Gerona y San Cucufate del Vallés. Los *astrágalos* están unidos al capitel, como en las demás construcciones románicas, sin formar pieza con el fuste como en las griegas y romanas. Los *fustes* son monolíticos, cilíndricos y lisos; en el corredor del claustro de Silos, que contiene el cenotafio de Santo Domingo, hay varios con indicios del galbo clásico, y en San Pedro de Galligans se observa también cierta tendencia al abandono de la forma cilíndrica perfecta; su altura, en relación con la total de las columnas, es siempre inferior á las proporciones clásicas, no pudiéndose señalar un tipo fijo, ni siquiera dominante. Las *basas* están compuestas de dos toros separados por una sencilla escocia, y se apoyan en una especie de plinto que generalmente es común á las dos basas pareadas, hallándose unidos al toro inferior por los garfios y descansando en el antepecho que separa las galerías del patio. Las *galerías*, en fin, unas veces son continuas ó seguidas, como las de Ripoll, Santillana, Silos y San Juan de la Peña, y otras divididas en grupos de ventanales por pilastras sencillas ó manojos

de columnas adosadas, como las de Tarragona, Poblet, Claustros de Burgos, San Cucufate, San Benito de Bagés, catedral de Gerona, Aguilar de Campóo y San Pedro del Campo. En los claustros abovedados hay contrafuertes, y de ellos carecen en general los cubiertos por techumbre de madera.

Respecto á la filiación histórica de los claustros españoles, claro es que la influencia de las Ordenes fundadoras se hace sentir con todo su peso en las diversas fábricas; pero si en sus líneas generales pueden buscarse los modelos de nuestras construcciones en los templos de Moissac, San Trófimo de Arles y Elne, en sus pormenores hay que confesar, por lo que á los claustros de benedictinos concierne, que se aprecian por lo menos tantas diferencias como analogías, no estando bien determinadas las corrientes particulares que imprimieron á nuestros claustros el sello de originalidad que los distingue, al contrario de lo que ocurre en las fundaciones cistercienses, expresiones todas de un ideal invariable, de un tipo uniforme en el que sólo se deja al arbitrio del artista alguno que otro detalle, como la mayor ó menor amplitud de los ventanales, el número de arcos inscritos en las grandes arquivoltas, ó las especies de follajes con que se engalanan los capiteles; Scala Dei y Fontfroide, los dos monasterios franceses que mayor contingente de fundaciones dieron á España, pueden señalarse como los patrones típicos á que se ajustaron en España las fábricas cistercienses, siendo innegable por otra parte el paralelismo que se observa entre las transformaciones políticas de las diferentes comarcas españolas y el desarrollo de las diversas fundaciones, así como puede afirmarse que los contrastes profundos que en su origen presentan las escuelas artísticas se dulcifican poco á poco al ponerse en contacto, y acaban por fundirse en un verdadero sincretismo.

Interesantísimo resulta el estudio de la ornamentación y decorado de las fábricas románicas, y el espíritu analista con que en el mismo ha procedido el Sr. Serrano Fatigati es altamente científico y laudable, apareciendo fielmente reflejado

en los capiteles, abacos y relieves de los claustros la vida social entera de los siglos XI, XII y XIII, con sus emblemas religiosos, sus empresas guerreras, sus simbolismos y sus extravagancias.

La flora tiene en el decorado de los claustros cumplida representación, abundando los tréboles en San Pedro el Viejo, las coníferas en Silos, los helechos en las Claustrillas y los pámpanos y racimos en Tarragona y Ripoll, no faltando en unos y otros mazorcas y ninfeas, cajas de adormideras y crucíferas, y dibujándose aquí y allá, entre matas y arbustos, ciervos enredados en el ramaje, osos combatidos por montañeses, buhos, águilas, lechuzas, liebres, culebras de agua devorando ranas y otros variados motivos que completan la flora y la fauna ornamental, siendo muy de notar que no todas estas representaciones corresponden al carácter simbólico y al tipo hierático de que tanto se abusa por la crítica, sino que muchas se inspiran en la realidad y son copias más ó menos imperfectas de la naturaleza misma.

Mayor y más preferente lugar ocupa la representación de escenas humanas en los claustros benedictinos y en los de catedrales y colegiatas, que falta por completo en los cisterciences, pudiendo clasificar estas composiciones escultóricas en tres grandes grupos: pasajes religiosos, combates y trabajos, siendo de notar en todos ellos ya las diversas influencias de las Ordenes fundadoras, ya el influjo artístico de las distintas razas que se fueron señoreando del suelo de la Península.

POLITICA

ENSEÑANZAS DE LA GUERRA HISPANOAMERICANA.—Entre los muchos trabajos dedicados por las revistas extranjeras á la exposición, crítica ó consecuencias de la guerra entre España y los Estados Unidos, merece recogerse el consagrado en *La Nueva Antología* por Luis Palma, consejero de Estado de Ita-

lia, á estas cuestiones, tanto por los puntos de vista originales que presenta cuanto por la autoridad del estadista y por la exactitud de su apreciación.

El Sr. Palma deja á los competentes la dilucidación de los problemas técnicos de organización, mando y operaciones de los ejércitos y armadas beligerantes, y se limita al estudio de las cuestiones de orden político que la guerra terminada implica.

La primera de las conclusiones que de los hechos ocurridos se desprende es la destrucción una vez más de la leyenda de que las guerras son ocasionadas por las monarquías, por las ambiciones de los Reyes, y de que si los Gobiernos monárquicos fueran sustituidos por republicanos, reinaría en el mundo la paz.

Los Reyes—se dice—por origen, por tradición, por esencia, no pueden ser sino jefes militares, siendo las armas su mayor fundamento y debiendo necesariamente ambicionar la gloria militar, que sólo puede obtenerse por la guerra, mientras que los pueblos tienen interés por la paz, debiendo ser las democracias eminentemente pacíficas.

¿Es esto verdad? Las Repúblicas griegas, especialmente la democrática Atenas, no parecen confirmar semejante teoría, no habiendo sido ciertamente la guerra del Peloponeso debida á las ambiciones de ningún rey, y sucediendo lo propio con las Repúblicas romana y cartaginesa, tanto en los tiempos del patriciado, como en los de la triunfante democracia de Mario y de Julio César.

Cierto es que las Monarquías que surgieron de las invasiones germánicas fueron eminentemente militares; pero no fueron más pacíficas las Repúblicas italianas, Florencia y Venecia, por ejemplo, democrática la una y aristocrática la otra; ni la República de los Países Bajos, ni la República inglesa de Cromwell, ni siquiera la de la libérrima Suiza que, no pudiendo guerrear con los Estados vecinos, se mezclaba en sus guerras cuanto podía, vendiendo sus hijos á los Reyes de Francia

y de otros países para sostener el despotismo de los Borbones de Nápoles y del Papa.

Kant creyó en el pasado siglo que se obtendría la paz perpetua sustituyendo los Gobiernos representativos á los absolutos. En un siglo, todo el mundo, menos Rusia, se ha hecho constitucional, y aunque en todas las Constituciones se afirma que el Rey necesita del Parlamento para tener soldados y dinero, y los pueblos tienen los mayores medios de acción con la prensa, las reuniones y las elecciones, para hacer prevalecer su espíritu pacífico, nos encontramos con los ejércitos permanentes.

La primera República francesa escribió en su Constitución que quería abstenerse de conquistas; pero las hizo en Bélgica, en Suiza, en Italia, en Germania y donde pudo; la segunda no vaciló, en 1849, en declarar la guerra á Roma contra la libertad del pueblo; y la tercera ha conquistado Túnez, el Tonkín y Madagascar, como lo hacían las antiguas Monarquías y lo hizo el Imperio napoleónico.

En el fondo de las antiguas guerras por sucesiones dinásticas ó disputas de príncipes, había siempre aspiraciones políticas nacionales, como hoy; sólo que entonces los territorios apetecidos se pretendían como herencia ó dote de un príncipe ó princesa, y hoy, no pudiéndose admitir este lenguaje, se habla de *Hinterland*, de *esfera de influencia*, de *humanidad*. Las causas de las actuales guerras de Europa son esencialmente las ambiciones, intereses y pasiones opuestas de los pueblos: entre Alemania y Francia, por la Alsacia y la Lorena y la primacía militar y política; entre Francia é Italia, el empeño de avasallar aquélla á ésta; entre Francia é Inglaterra, por el Egipto y el Africa; entre Rusia é Inglaterra, por el dominio de Asia; entre Rusia y Austria Hungría, por el Oriente balcánico.

Lejos de favorecer las aspiraciones pacíficas, las Repúblicas democráticas son más desfavorables que las Monarquías á la paz. Y la razón es clara: en una democracia no hay más

poder que el salido de la mayoría del pueblo; si el pueblo es, como la realidad lo muestra, apasionado, ambicioso (con razón ó sin ella) de reivindicar un territorio, un derecho, una ventaja, un predominio, una satisfacción de amor propio, sus tendencias á lograrlo por la fuerza de las armas no hallan freno, como el que puede oponerles un Rey sensato.

Los americanos aparecían pacíficos porque, teniendo un inmenso territorio sin poblar, no sentían necesidad alguna de acrecentarlo, aunque ya para redondearse habían adquirido la Luisiana de Francia, la Florida de España, la América rusa del Czar y algunas islas de Dinamarca, no habiendo vacilado en apelar á las armas contra sus hermanos de Méjico para conquistar Tejas y California, cuya posesión les convenía, con la misma, si no con mayor desfachatez que lo hubiera hecho cualquier Rey de la vetusta Europa.

Y eso precisamente es lo ocurrido en la última guerra. Los Estados Unidos apetecían desde hace tiempo, habiéndolo mostrado ya desde 1823, el dominio de Cuba. Habiendo fallado todas las tentativas anteriores, lo intentaron de nuevo fomentando descaradamente la insurrección; y viendo que, á pesar de todos los auxilios americanos, los insurrectos no lograban expulsar á los españoles, se decidieron por la guerra. Naturalmente hablaron para ello de humanidad, de civilización, de moralidad; pero el hecho es que se quería la conquista y por ende la guerra. El Presidente vacilaba ante tamaña responsabilidad; pero pronto le obligaron las Cámaras, con la *Joint resolution* del 19 de Marzo, en cuyos términos se ve cómo las Asambleas populares saben hablar el mismo lenguaje imperativo de un Luis XIV ó un Napoleón, y que las Repúblicas no tienen, por desgracia, más sentido moral que las Monarquías.

*
* *

La segunda conclusión que de la guerra hispanoamericana se desprende, según Palma, es lo vano de la esperanza en

ciertos arbitrajes, y particularmente en el del Papa, para la resolución de las contiendas internacionales. Sin duda que la institución de los jueces árbitros es una de las más altas y nobles manifestaciones de la conciencia jurídica moderna, y que se han escrito muchos doctísimos libros y pronunciado infinitos discursos sobre el arbitraje internacional; pero la carencia de un derecho común reconocido por los contendientes o pone obstáculos insuperables á la acción eficaz de los árbitros.

Palma reconoce que el Papa, altísimo poder espiritual, está más indicado que una potencia extraña, que necesariamente inspira celos y desconfianza, para el ejercicio del arbitraje. Pero el Papa mismo, Vicario de Dios, es reconocido y acatado como tal por los católicos, no por los acatólicos; y aun entre los católicos, podrá serlo por los individuos ó por las Asociaciones, pero no por los Estados y sus Gobiernos. Por otra parte, en el supuesto de la más completa imparcialidad, difícil siempre de ser garantizada, no puede crear y aplicar un derecho que esté reconocido igualmente por ambas partes. En la última contienda, la mediación del Papa, laudabilísima en sí, fue rechazada absolutamente por los Estados Unidos, y, como la de otra potencia que lo hubiera intentado, no hubiera sido tampoco aprobada por España, que creía decaer en la estimación del mundo si hubiese dejado de defender con las armas su derecho de soberanía en Cuba.

Podrá doler cuanto se quiera; pero la conclusión positiva es que no se ha dado un solo paso en este asunto en el camino del progreso; y que hoy, como en los pasados siglos, las cuestiones del llamado derecho internacional no presentan otro modo de resolución que la fuerza brutal de las armas, siendo vano esperar en los arbitrajes.

*
* *

La tercera enseñanza que la guerra hispanoamericana nos proporciona es la transformación de la doctrina de Monroe.

Por su origen y por sus términos, la doctrina de Monroe, originada por la intervención que se temía ejerciera Europa en favor de España contra sus antiguas colonias suramericanas, y contenida en el famoso Mensaje presidencial de 2 de Diciembre de 1823, se limitaba á declarar que «consideraría peligrosa toda tentativa de las naciones europeas para extender su sistema político (la Monarquía) á una parte cualquiera de América», y que «el continente americano no podía ser considerado en el porvenir como susceptible de ser colonizado por ninguna potencia europea.» Nada de ese pretendido lema de «América para los americanos», ni mucho menos el de «América para los Estados Unidos», reconociéndose, como se reconocía, el derecho de las metrópolis europeas sobre las colonias existentes á la sazón.

La guerra actual ha demostrado que la famosa doctrina se va entendiendo muy de otro modo, convirtiéndose en una especie de supersoberanía de los Estados Unidos sobre las demás Repúblicas americanas, y que por el camino del pretendido principio de «América para los americanos» se quiere llegar definitivamente á la realización del lema latente que informa toda la política norteamericana: «América para los Estados Unidos.»

*
* *
*

La última y más importante enseñanza de la guerra es la aparición de los Estados Unidos de América como formidable potencia expansiva, como los viejos Estados europeos, y contra ellos. Lo más grave de esta aparición es la incomparable unidad con que los norteamericanos se presentan frente á la división de los Estados de Europa.

Los Estados Unidos representan una extensión de nueve millones de kilómetros cuadrados, tanto como toda Europa, incluyendo Rusia. Tienen 70 millones de habitantes, superando ya, excepto á Rusia, á cualquiera de las grandes potencias

de Europa; y si se tiene en cuenta que en 1796 eran sólo tres millones, que en 1800 llegaron á 5.300.000, pasando á diez millones en 1820, á 17 en 1840, á 27 en 1860, á 38 en 1871, á 46 en 1881, y á 70 en la actualidad, dentro de cuarenta ó cincuenta años serán el doble, y dentro de un siglo no es posible calcular cuántos.

Todos estos millones de hombres, á pesar de sus diversos orígenes, tienen un Gobierno común y obedecen á un solo poder, con intereses idénticos y comunes aspiraciones. Frente á este potentísimo organismo, ¿qué presenta Europa? Multitud de nacionalidades, de ilustre y secular historia, cada una con su lengua, sus intereses, sus instituciones, sus ejércitos y sus flotas; unas, Imperios autocráticos como Rusia y Turquía; otras, Monarquías constitucionales como Austria y Alemania; otras, Monarquías parlamentarias como Inglaterra, Italia y España; otras, Repúblicas unitarias ó federales, como Francia y Suiza; todas con aspiraciones encontradas, todas incapaces de someterse á un régimen común monetario y aduanero y de llegar á una acción común por la heterogeneidad de sus elementos nacionales é históricos.

La gran inferioridad de Europa por estas circunstancias bien se ve hoy, lo mismo en el aspecto político que en el económico; los Estados Unidos han aguardado más de un siglo para adquirir la conciencia de su poder, y han probado sus fuerzas contra España, nación ilustre y no flaca, pero ciertamente mucho menos fuerte que ellos.

Este es un ensayo que descorre el velo del porvenir. El peligro vendrá más tarde, cuando creciendo en fuerzas, crezcan también los norteamericanos en apetito. ¿En qué condiciones estarán entonces frente á esos Estados Unidos de América los Estados divididos de Europa? Ese es el gran problema que surge del actual conflicto entre España y Norte América.

PSICOFÍSICA

PSICOLOGÍA DE LAS HORMIGAS.—Alberto Bethe, naturalista alemán dotado de excelentes condiciones como espíritu observador, ha emprendido una serie de investigaciones, según la *Revue Scientifique*, para averiguar los medios de que las hormigas se valen para reconocerse entre sí y los límites de ese reconocimiento.

El hecho culminante que ha servido á Bethe de punto de partida para sus indagaciones, es el repetidas veces comprobado de que cuando se introduce una hormiga en un hormiguero que no es el suyo, es inmediatamente reconocida como extraña, y como tal rechazada, perseguida y muerta por las habitantes del hormiguero invadido.

¿Cómo llegan las hormigas á distinguirse entre sí? Lubbock había ya recogido sobre el particular muy curiosas observaciones. Hormigas separadas de su nido á pocos días de nacer y restituidas al cabo de largo tiempo á su hormiguero, fueron acogidas sin hostilidad, y otras, especialmente las de la especie *Formica fusca*, alejadas de su hormiguero durante dos años, habían sido recibidas como antiguas conocidas al regresar á su domicilio; en cambio, si pertenecían á otro grupo eran recibidas como enemigas, y sólo por medio de la fuga podían librarse de la muerte. Las hormiguitas de la misma especie eran cuidadas por obreras del hormiguero extraño sin ninguna repugnancia, y en cambio si eran de especie distinta se las acometía y rechazaba como intrusas, y solo excepcionalmente eran admitidos ciertos individuos. Por último, la progenitura de una reina separada de su nido, podía volverse sin peligro al hormiguero de la madre. De todos estos hechos deducía Lubbock que las hormigas no se reconocían entre sí individualmente, pero sí como miembros de una familia hormiguero, sin lograr descubrir cuál era el medio de que se valían al efecto.

Cook, por su parte, había observado que una hormiga extraída del agua donde había caído, fue acometida por sus hermanas como si fuera una extraña, deduciendo de esta observación que aquella hormiga debía haber perdido por la inmersión alguna de sus propiedades, quizá algún olor especial distintivo de la sociedad á que pertenecía, que sirviese á sus compañeras para reconocerla. Forel hizo experimentos, y no sólo confirmó la suposición de Cook, sino que, cortando las antenas á hormigas de distintas procedencias, pudo juntarlas sin que se rechazaran entre sí, deduciendo á su vez de tales hechos el principio de que las hormigas se reconocen por el olfato, siendo las antenas el órgano de la olfacción.

Bethe ha venido á confirmar estas suposiciones de un modo concluyente mediante el siguiente experimento: si se machacan en un mortero varias hormigas de una misma familia y con el jugo resultante se impregna á hormigas extrañas, éstas son recibidas sin dificultad en el hormiguero de aquellas; en cambio si se cogen hormigas de otro hormiguero y se las impregna con el mismo jugo, son rechazadas por sus hermanas, que las desconocen completamente.

Otro de los experimentos de Bethe consiste en lavar una hormiga con alcohol y luego con agua, impregnándola después en jugo de hormigas de especie distinta de la suya. Esta hormiga, escogida de diferente tamaño y distinto color que aquellas de donde se ha extraído el jugo, es perfectamente acogida entre éstas, lo que prueba que ni la forma ni el color es perceptible para las hormigas, sino únicamente el olor, que es el medio único de que se sirven para reconocerse y para guiarse, pareciendo comprobado que cada hormiguero tiene un olor característico, y que las hormigas acogen bien ó mal á una compañera, según que conserve ó no ese olor especial.

Bethe llama á la materia olorosa distintiva *Neststoff*, término que podríamos traducir perfectamente al castellano por medio del neologismo *nidistofa*, es decir, *estofa del nido*, materia propia del nido.

SOCIOLOGIA

¿QUÉ HARÁN NUESTROS HIJOS? ¿QUÉ HAREMOS DE NUESTRAS HIJAS?—He ahí dos preguntas, en el actual momento histórico, capaces de poner los pelos de punta á todo buen padre de familia, y que dan materia á dos interesantes volúmenes de Le Roux, perfectamente resumidos en la *Revue Bleue*.

¿Qué harán nuestros hijos? A esta pregunta, los solteros empedernidos, que hoy son una legión, responderán: «Como no los tenemos, después de mí el diluvio.»—Los padres de familia egoístas contestarán: «Nuestros hijos harán lo que quieran, ó más bien lo que puedan.» Los timoratos murmurarán: «Ya conseguiremos algún destino para ellos antes de morir.» Los hombres de iniciativa replicarán alzando los hombros: «Nuestros hijos harán lo que nosotros, ¡pardiez! ¡Trabajarán!» A esta última categoría de padres, la única interesante, es á la que se dirige el autor.

—¿Queréis—dice á esas buenas gentes—que vuestros hijos ganen el pan con el sudor de su frente, como manda la Escritura? Perfectamente; pero aunque decís eso, lo que queréis es que suden para obtener un título, y con él un empleo. ¿Por qué? Porque el moderno soberano es el Estado, que es quien provee de destinos y de títulos, y el que no sirve al Estado se siente despreciado por sus servidores; porque habiéndose modificado profundamente las condiciones económicas en el último medio siglo, el comercio y la industria implican grandes riesgos y ganancias cada vez más aleatorias, si no se ejercen con ayuda de conocimientos muy extensos y de indomable energía: vale más una modesta medianía en una carrera del Estado que el ejercicio de una profesión que puede llevar á la riqueza, pero que también conduce á la ruína.

Hay que hacer á nuestros hijos bachilleres, médicos, abogados, ingenieros, doctores; sólo así pueden salvarse. ¿Qué

harán después? Ellos se abrirán paso, aunque sea entre las filas del proletariado intelectual. «Hoy como en otro tiempo —dice Le Roux— el hombre que tiene pergaminos obliga al soberano á que le mantenga. El señor de Condé marchaba con los españoles contra el Rey de Francia; el médico sin enfermos, el abogado sin pleitos, el ingeniero sin fábricas marchan con la gente turbulenta contra el Estado.»

Puesto que los hijos de los comerciantes se hacen burgueses, es preciso que los hijos de la burguesía se hagan comerciantes. No se trata de enseñarles á embotellar vino ó á pegar etiquetas, sino de aprender á vivir como ciudadanos útiles á sí mismos y al Estado.

¿Qué haremos de nuestras hijas? Padres y madres de familia, vuestra hija tiene veinte ó veintidós años; hay que casarla.—Eso se dice fácilmente, responden padres y madres al unísono. «Nuestra hija es inteligente, instruída; es buena música; pinta un poco, tiene talento y corazón, su dote es muy decente, y, sin embargo... no la casamos. Y no es que sea descontentadiza, es que ningún partido se presenta, y muchas de sus amigas se hallan en el mismo caso. ¿Qué hacer? ¿Habrá que anunciar por los caminos una «Señorita casadera» con la cifra de la dote á continuación?»

Habría quizá dos remedios que ensayar antes de llegar á tan enojoso extremo. El primero, hacer de su hijo algo más que un fruto seco de la Politécnica, de la Normal ó de la Universidad; el segundo, poner coto á la imbecil enfermedad del lujo.

Habéis preparado, en efecto, una víctima en vuestra hija al crear un egoísta en vuestro hijo; de un lado, un desgraciado que gana lo preciso para vivir y para quien el matrimonio, aun con una joven decentemente dotada, sería locura pura, y de otro, una triste joven condenada á marchitarse en el celibato. Esa madre que no vacila en sacrificar á su vanidad todos los ingresos de la casa so pretexto á veces de salvar el crédito de su marido, no ve que su hijo escucha, observa, oye

y deduce, y dice, después de haber asistido á una conversación en que su madre justifica la imposibilidad de presentarse cuatro veces en sociedad con un mismo traje: «No seré yo tan tonto como papá; me quedaré soltero; lo que sobran son mujeres para divertirse.» Que corra, que corra esa buena madre bailes y playas con su hija en busca de novio; de temer es que sea casi siempre en vano.

FILOSOFÍA

LEÓN TOLSTOÏ.—La biografía del noble escritor ruso, publicada en Londres por G. H. Perris, y resumida por Nemi en *La Nueva Antología*, es una tentativa de exposición de las evoluciones por todos notadas en Tolstoï, el aristócrata convertido en aldeano; el revolucionario que ridiculiza el liberalismo; el ruso que combate la expansión moscovita; el cristiano que abjura cualquier forma de cristianismo; el artista que no cree en la belleza; el autor de reputación cosmopolita que da sus obras á quien quiere imprimirlas.

La parte más interesante de estas evoluciones del espíritu de Tolstoï, es la relativa á la religión. Convencido una vez de que la ciencia no podía resolver el problema que agitaba su mente, Tolstoï se volvió hacia la religión, hacia la fe que satisface á los niños y á los aldeanos, y quiso creer como ellos creían; pero atormentado por la filosofía de Schopenhauer y por la doctrina de Lao-Tsé, el gran novelista se ha ido formando una religión para sí mismo, fundada en el principio de que la vida individual es nada y la vida social lo es todo.

Su doctrina práctica se resume en seis preceptos, el último de los cuales se lo sugirió el predicador aldeano Bondaref, tomándolo del Antiguo Testamento; estos seis preceptos son: 1.º No hacer daño á nadie. 2.º Ser puros. 3.º No hacer juramentos porque no somos dueños del porvenir. 4.º No resistir

al mal. 5.º No distinguir entre conciudadanos y extranjeros. 6.º Trabajar. Los conceptos fundamentales que Tolstoï ilustra en estos sus trabajos, son los siguientes: todo lo que el hombre hace por su propia ventaja, es avaricia; el castigo le hace más malo; la guerra es un delito; el lujo es una enfermedad.

Es curiosa la conversación que Ossip-Lourié, el autor de los *Pensamientos de Tolstoï*, tuvo con él en el verano de 1897, en su residencia de Iasnaia Poliana, y no queremos privar de ella á nuestros lectores, porque condensa perfectamente las doctrinas morales del ilustre escritor. Hela aquí:

—Maestro, ¿sois feliz?

—Sí, porque he encontrado el sentido de la vida.

—¿En qué consiste?

—En el cumplimiento de la voluntad de Dios.

—¿Qué cosa es Dios?

—El ideal, la conciencia, el bien y Dios son para mí sinónimos.

—¿Cuál debe ser nuestro ideal?

—Amarnos recíprocamente y no hacer á los demás lo que no queramos que nos hagan.

—Hace diecinueve siglos que esa verdad fue proclamada por Jesús, después de ya haberla dicho Moisés.

—Pero el mundo no ha llegado todavía á comprenderla.

—¿Cuál es la causa?

—Hay que buscarla en nosotros mismos; la vanidad ciega y no deja evitar el mal.

—Maestro, ¿dónde está la salvación?

—En nosotros.

—¿Qué debemos hacer?

—Purificar la conciencia.

—Ninguno puede purificar la conciencia de otro. ¿Qué hacer de aquellos cuya conciencia de la vida no es completa?

—Hay que obrar contra ellos.

—¿Con qué medios?

—Con el amor.

—Maestro, ¿tiene el hombre derecho para destruir el orden de cosas existente? ¿Qué cosa debe reemplazarle?

—No se trata de destruir ni de sustituir una organización por otra; es preciso, sin embargo, vivir según la conciencia y volver á la naturaleza, á la tierra.

—¿Y la civilización, el progreso y el trabajo intelectual?

—La educación, el trabajo intelectual, es el que nos ha conducido al actual estado de cosas. El hombre no necesita de ellos para cumplir su destino y para alcanzar la verdadera felicidad.

—Maestro, ¿negáis el trabajo intelectual y lo habéis practicado toda vuestra vida?

—No soy feliz sino desde cuando renuncié á los errores del pasado, desde que encontré la verdad. Esa está ahí.

Y el conde se asomó á la gran ventana abierta, desde donde se descubría la inmensidad del cielo y de la llanura.

*
* *

LA FILOSOFÍA DE NIETZSCHE.—Enrique Lichtenberger se ha tomado la molestia de presentar al público las principales teorías de Nietzsche en un tomo de la Biblioteca de Filosofía contemporánea, al que consagra la *Revue Bleue* un interesante artículo de Emilio Faguet.

Las conclusiones generales de la filosofía de Nietzsche son las siguientes:

Lo bueno y lo sano es la fuerza. En el mundo sólo hay un derecho sagrado: el derecho de la fuerza; la guerra, por ejemplo, es santa porque es sana; demuestra donde está la fuerza y donde la debilidad, donde la enfermedad y donde la salud. Es un experimento que instituye el sabio ó que habría que instituir, si las circunstancias no lo hiciesen, para probar el valor de una raza, de un hombre ó de una idea y para hacer progresar la vida. «Una buena causa—se dice—santifica la gue-

rra; pero yo os digo: la buena guerra es la que santifica la causa»: esa es la verdadera moral.

Nos engañamos en esto porque hay dos morales, la de los esclavos y la de los señores. La primera, inventada por esclavos, consiste en decir que hay que aliviar y consolar á la humanidad por justicia ó por caridad, consolándola con la esperanza de un mundo mejor, aquí ó en otra vida. Esta piedad, que palpita en el fondo de tal moral, es malsana; en el débil es un deseo de que le compadezcan, deseo de esclavo ó de mendigo; en el fuerte, es sorpresa de su sensibilidad ó duda de su derecho, voluntad debilitada por un escrúpulo de justicia, de igualdad, de fraternidad humanas, quimeras que los débiles han hecho pasar al espíritu de los fuertes, ó más francamente miedo, y nada más: en todo caso, síntoma muy probable de degeneración.

La moral de los señores es esta: ser fuerte, ser duro, ser implacable y realizar las obras de fuerza. El tipo verdadero de la humanidad es el feudal. El feudal moderno será el hombre superior, el hombre fuerte por su inteligencia, y, sobre todo, por su voluntad; en una palabra, el *archihombre* ó superhombre (*Uebermensch*). Este se distingue del rebaño humano en que no tiene deberes hacia lo que la moral de los esclavos llama el prójimo, y que no es tal prójimo. Su primer deber es desarrollar su *yo*, es decir, su voluntad, hasta darle toda la fuerza de que es capaz; ese es el deber. El sobrehombre verá luego si le es útil asociarse á otros hombres superiores para el triunfo de la fuerza. El deber es tender á ser una voluntad sobrehumana. El tipo del *Uebermensch* es Napoleón. Esa es la moral de los señores, y no hay otra verdadera.

¿De dónde vienen todas esas ideas de Nietzsche? Desde luego de su gusto por la paradoja, del aristocratismo de sus maneras, del snobismo de su carácter. Después, de su amor intransigente á la verdad, á la sinceridad. ¡Nada de convencionalismos, ni de hipocresías! Tengamos la voluntad de ser sinceros, cueste lo que cueste. Una verdad consoladora será ad-

misible por ser verdad, no porque sea un consuelo; todo eso de consuelos y compasiones es puerilidad pura. Hojeemos la Historia, y veremos que es el reinado de la fuerza; examinemos el yo, y veremos que es «una voluntad de potencia». Todo lo demás es retórica. La moral verdadera es el desarrollo normal y natural de los instintos humanos, tales como son.

Toda esta teoría está impregnada del culto á la sinceridad, del amor á la verdad. Sólo que se equivoca respecto de lo que es la verdad. Y la verdad es que en la humanidad los débiles son los más fuertes en cuanto las circunstancias accidentales que les impiden serlo desaparecen. Los débiles triunfan siempre porque son los más fuertes siendo los más numerosos, y entonces *el señor* se convierte en *el jefe*, lo que no es lo mismo, pues el jefe es una necesidad de organización social, y *el señor*, *el amo*, es una superioridad natural indiscutida como la del león sobre el carnero.

El débil es un ser marcado por la naturaleza para que perezca—dice Nietzsche.—Toda vuestra moral y toda vuestra sociología parecen tener por objeto arrancar al débil de su condena, salvarle á toda costa. Con esta chifladura de salvamento, de hospicios, hospitales y limosnas, estáis haciendo del hombre una raza degenerada que marcha á pasos gigantes-cos á su consunción. La humanidad se da la muerte por su comezón de vivir más numerosa, y además con mayor delicadeza. La civilización es un suicidio. Los tipos de belleza no existen ya, y el género humano se hace asqueroso.

Toda esta doctrina es sencillamente una curiosa monstruosidad. Véase en ella la influencia detestable que puede ejercer, no habiendo tonto orgulloso que no se crea un *Hebermensch* á quien todo le es permitido; lo que no se ve es qué buen influjo pueda ejercer, pues aun el buen efecto de suscitar las energías de la voluntad y de realizar todo su yo, sólo es bueno teniendo previamente la idea del fin que se persigue, pues desarrollar el yo en abstracto, en todos sus sentidos, sin objeto, es una gimnástica muy vana.

TIQUIS MIQUIS LITERARIOS

LA PATOLOGÍA EN AUMENTO Ó DISMINUCIÓN.—En cualquier número de la mayor parte de las Revistas y periódicos profesionales de medicina se lee con la mayor frecuencia: «Ha disminuído la patología del aparato respiratorio», «ha aumentado la patología del aparato digestivo».

Pero la patología, ¿puede aumentar ó disminuir de esa manera de una semana á otra? ¿Qué patología es esa tan famosa, que cuenta sus ediciones por semanas?

Aumentan ó disminuyen las enfermedades reinantes de tal ó cual clase; pero no la patología, señores médicos.

Lo menos que á ustedes se les puede pedir, ya que son médicos y escritores, es que escriban en castellano, y que no confundan el *patos* con la *patología*, las enfermedades con la ciencia que de ellas trata.

Claro es que lo que ustedes quieren decir es que aumenta ó disminuye el número de enfermos que padecen tal ó cual enfermedad; pero es el caso que, con toda su buena voluntad, no dicen ustedes eso, sino otra cosa muy distinta.

Y si es empeño de emplear un vocablo griego, no hay ninguna dificultad en que hablen ustedes de *patía*, tronco de las voces *apatía*, *simpatía*, *antipatía*, y que llena todos los requisitos que pueden exigirse á un neologismo.

*
* *

JUGAR TOROS.—En un periódico de Madrid, no de gran circulación, aunque sí de los mejor redactados y más valientemente escritos, suele tropezarse con noticias como la siguiente: «Mañana se *jugarán toros* de Veragua en esta plaza.»

¡Jugar toros!..... ¿No se le crisparán los nervios al que tamaño galicismo en tal materia comete?

¿Qué es eso de *jugar toros*? En España se *juega á la brisca*, se *juega á las muñecas*, se *juega al monte* y también se *juega uno su fortuna*, se *juega la vida*, se *juega la cabeza*; jamás se *juegan toros*. Sólo los muchachos, aficionados á remedar el arte del toreo, *juegan á los toros*. Los toros se lidian, se toorean, nunca se juegan.

Puede decirse que «el Duque de Veragua ha jugado seis toros á cara ó cruz»; decir que van á jugarse, ó que se juegan toros de Veragua, es pura galiparla y artículo literario de importación absolutamente prohibida.

FERNANDO ARAUJO.

CRÓNICA LITERARIA

Un discurso universitario.—¿Qué puede hacer la Universidad para contribuir á la reforma interior de la nación y á la restauración de su crédito ante los extranjeros?—Peligros de la tendencia retrospectiva.—Necesidad de «modernizarnos.»—Dos literatos ilustres.

Entre los discursos leídos este año en las Universidades con motivo de la apertura del curso, que han llegado á mis manos, el de mayor oportunidad é interés es el que leyó en la Universidad Ovetense su catedrático de Historia del Derecho D. Rafael Altamira.

Trata este discurso de uno de los aspectos de la cuestión que está ahora en la mente, ó, por lo menos, en los labios de todos: de la regeneración de España. Hablan de ella políticos, periodistas, comerciantes, soldados. ¿Por qué no ha de hablar también la Universidad, desde su punto de vista?

El Sr. Altamira ha tenido el acierto de circunscribir la cuestión á la esfera propia de las funciones universitarias, dando así un ejemplo digno de imitación á los que acuden á esta gran consulta espontáneamente abierta sobre los males públicos y la manera de remediarlos. Por esto no se pregunta: ¿qué es lo que debe hacerse (en general) para la reforma de la nación?, sino: ¿qué es lo que puede y debe hacer la Universi-

dad para esa reforma y para la restauración de nuestro crédito ante los extranjeros? Este sentido de *especialidad* es muy laudable, pues para hacer algo práctico, menester es que cada cual se atenga á las cosas de su particular competencia, sin perjuicio de participar de la intervención común á todos los ciudadanos en los negocios públicos. Esta especialidad de funciones es todavía muy imperfecta entre nosotros, siendo frecuente el que cada individuo ó cada clase de las que intervienen en la vida pública pretenda extender su actividad á todo género de asuntos y hacer pesar en todos ellos su dictamen, invadiendo las esferas de la actividad ajena.

El Sr. Altamira hace bien en apartarse del camino seguido por estos omniscientes al uso, y evita así el escollo en que tropiezan casi todos los programas de regeneración que leemos á diario: y la repetición de generalidades tan desgastadas por el uso y el abuso, que han perdido ya toda sustancia y todo sentido, convirtiéndose en fórmulas huecas, de las cuales no puede esperarse ningún efecto práctico.

Tras unas pocas palabras de exordio, discretas y sentidas, en que hace el catedrático de Oviedo una calurosa protesta de su patriotismo al explicar cómo éste le impone el tema del discurso, plantea el Sr. Altamira la cuestión en los términos indicados, advirtiéndole que no va á tratar de lo que constituye la función específica de la Universidad, del servicio que esta presta á la patria educando á la juventud, que es, dice con razón, una de las cosas más altas que pueden hacerse, sino de la cooperación especial que puede prestar en la obra de regeneración cuya necesidad por todos es reconocida.

Fijándose en uno de los aspectos psicológicos del problema, entiende el Sr. Altamira que para esa regeneración es necesario: 1.º Restaurar el crédito de nuestra historia á fin de devolver al pueblo español la fe en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada, aprovechando al propio tiempo todos los elementos útiles que ofrecen nuestra ciencia y nuestra conducta de otros tiempos. 2.º Evitar discretamente

que esto pueda llevarnos á una resurrección de las formas pasadas, á un retroceso arqueológico, pues nuestra reforma ha de realizarse en el sentido de la civilización moderna.

Para comprender bien el por qué de la importancia que da el Catedrático de Oviedo á la vindicación de nuestra historia, conviene recordar la doctrina de las Ideas-fuerzas de A. Fouillée, de la cual saca aquél algunos de sus principales argumentos. La especulación y la acción no son dos esferas aisladas; las ideas son fuerzas, porque influyen como motivos en la conducta más ó menos conscientemente. El concepto que un pueblo tiene de sí mismo ejerce poderosa influencia en sus hechos y en sus destinos. Una nación que se cree degenerada é incapaz de redención, va por la senda de este pesimismo á la inacción y á la muerte.

Gran parte de nuestros elementos intelectuales, la mayoría, según el Sr. Altamira, está dominada por ese desaliento, por ese pesimismo que deprime la confianza en sí mismos que necesitan los pueblos, como los individuos. Hay que devolver al pueblo español esta confianza, y de ahí la importancia de la vindicación de nuestra historia, útil también en alto grado para combatir la leyenda forjada en perjuicio nuestro por el error ó la malicia de los escritores extranjeros desafectos á España.

Comprende claramente el Sr. Altamira que si esta comunicación con nuestro pasado puede ser muy provechosa para nosotros, ofrece también el peligro de poder inclinarnos á la resurrección de formas arcaicas, que nos desviarían del curso natural de la civilización europea en un retroceso suicida. Repetidamente advierte que hay que caminar en esta materia con gran precaución; que se necesita á cada paso hacer reservas y distinciones; que no se debe procurar un total renacimiento de lo pasado, ni es posible seguir otra orientación que la de la cultura moderna. Las formas transitorias de lo pasado son, en realidad, cáscaras vacías, envolturas muertas que no pueden reaparecer más que como fantasmas; pero

cada pueblo tiene una modalidad, un carácter, una *individuación* particular manifestada en su historia, de la que no es dable apartarle y que limita los cambios y las incorporaciones de elementos extraños que en él pueden verificarse.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE
ATENEO BARCELONÉS

*
* *

Como medios prácticos para que la Universidad contribuya en este sentido á la obra de la reforma nacional, propone el Sr. Altamira que se renueve la lectura de los escritores españoles antiguos, á lo cual se presta el carácter histórico que van tomando los estudios. Cuando haya fuentes ó antecedentes españoles convendrá utilizarlos con preferencia á las fuentes ó antecedentes extranjeros, para dar una base genuinamente nacional á las investigaciones modernas.

Debe también la Universidad inculcar á todas las clases sociales la idea del alto valor de la cultura. Llena este fin la llamada «extensión universitaria», ó sea la comunicación de la Universidad con aquellas clases que no concurren á sus cátedras. Dos medios se ofrecen para ello: la tutela educativa sobre los obreros y las excursiones para dar conferencias públicas en poblaciones diferentes de aquella en que tiene la Universidad su asiento.

Para mantener y fomentar el contacto con la cultura moderna y aprovechar los adelantos obtenidos en las naciones que marchan á la cabeza del progreso, expone también dos medios el catedrático de Oviedo: el primero, traer profesores extranjeros, como se ha hecho en Chile y se hizo en la misma Inglaterra en el caso del célebre filólogo y mitólogo Max Müller, pudiéndose citar también otros varios ejemplos; segundo, fomentar los viajes de instrucción al extranjero de profesores y estudiantes españoles, medio que considera preferible el Sr. Altamira, y para lo cual podrían utilizarse, como propone, las hoy estériles comisiones que otorga el Ministerio de Fomento, y que sirven ordinariamente de pasto á la *clientela* política.

A esta misión intelectual de la Universidad hay que agregar una misión moral y educadora. Al formar el espíritu de las nuevas generaciones debe levantar el ánimo de la juventud para impedir que se abandone al pesimismo; debe depurar el patriotismo de las exageraciones egoistas que le degradan, debe también trabajar por la paz, puesto que su misión como tal Universidad es de paz.

Como hace notar muy oportunamente el Sr. Altamira, no es España una nación aislada, un islote étnico perdido entre las grandes muchedumbres llamadas á luchar en la batalla de las razas. España tiene descendencia de numerosos pueblos que ocupan un continente joven. La Universidad, al trabajar por la regeneración de España, trabajará también por esos pueblos con los cuales debemos mantener relaciones más íntimas que las sostenidas con ellos hasta ahora: relaciones, más que de amistad, de parentesco.

La extensión de nuestra lengua y de nuestra raza en América ofrece un gran campo de difusión á los profesores españoles. A la tutela del pensamiento francés, norteamericano, etcétera, sobre los pueblos de la América latina, debemos intentar que sustituya nuestra influencia, facilitada por la comunidad del idioma y del espíritu de la raza.

Importa, pues, velar por la conservación del castellano en América y establecer un comercio intelectual más inmediato é importante con aquellos pueblos. Recuerda á este propósito el catedrático de Oviedo el proyecto del Sr. Güell y Renté de convertir á la Universidad de la Habana en un centro común de cultura de la América española. Hoy, aunque no tenemos ya dominios en América, nos quedan otros medios para fomentar esa comunicación intelectual. Conviene reconocer validez á los títulos profesionales y certificados de estudios expedidos en América, fomentar la venida á nuestros centros de cultura de la juventud americana, escribir obras que puedan utilizarse en América, etc.

Termina el discurso afirmando que la regeneración nacio-

nal sólo puede ser obra de una minoría ilustrada. No nos dejemos alucinar—dice el Sr. Altamira—por la esperanza de lo que vagamente se llama pueblo, masa, etc. Hay doce millones de españoles que carecen de instrucción. El pueblo no puede dar el impulso para la regeneración, puesto que es el primero que necesita regenerarse por medio de la cultura.

Hay que desechar también la preocupación de los que sólo consideran estimable lo muy grande y perfecto. No hay esfuerzo despreciable, por pequeño que sea, en la obra de la reforma social.

*
* *

He procurado extractar en los párrafos anteriores el discurso del Sr. Altamira para llamar la atención del público ilustrado sobre un trabajo que considero de gran interés, y cuyas opiniones merecen ser acogidas con atención y simpatía. Creo, sin embargo, que el autor va demasiado lejos al apreciar la oportunidad y conveniencia de la vindicación de nuestra historia y al discurrir sobre los peligros del pesimismo.

Bien puede decirse que este es la excepción entre nosotros, al menos en lo que toca á las manifestaciones públicas. ¡Cuánto no se censuró al Sr. Cánovas por haber consignado en sus *Estudios sobre la Casa de Austria* y en *El Solitario y su tiempo* algunos juicios históricos y sociológicos exactísimos, que más que voces de desaliento y pesimismo eran la confesión, hecha por un hombre superior, del porvenir modesto que podemos prometernos, sean cualesquiera nuestros ensueños de grandeza! Hay, sí, en nuestras altas capas intelectuales algunos espíritus pesimistas, como los hay en todas partes, sin duda con menor motivo; pero ¿qué influencia tienen ni qué impresión pueden ejercer en medio del general optimismo respecto de nuestras cualidades presentes y de nuestra conducta pasada? La mayoría de los españoles semi-ilustrados creen á pie jun-

tillas que no somos una de las primeras naciones del mundo por culpa de los gobernantes; porque no han querido que lo fuésemos los Sres. Cánovas y Sagasta. Esto de achacar al mal gobierno todas las desdichas públicas, y aun muchas de las privadas, venimos haciéndolo los españoles desde hace más de tres siglos. Antes eran los validos los responsables, ahora los políticos, y á nadie se le ocurre preguntar qué clase de incurable atonía padecemos cuando trescientos años de tan ominosa tutela no han bastado para decidirnos á ponerle término, aparte de que fuera caso por demás extraño el de un país en que han cambiado las dinastías, los sistemas de Gobierno, las influencias extranjeras, las leyes y costumbres, y sólo ha permanecido invariable y constante el mal gobierno, que al ser de tan larga duración no podría deberse á causas accidentales.

Ni el menosprecio de nuestra historia ni la desconfianza y desestima de nuestras cualidades actuales son hechos de suficiente generalidad para influir sobre nuestra conducta. No pasan de excepciones que se pierden sin dejar rastro en la ola inmensa del general optimismo y del común orgullo colectivo. Ha habido, sí, un período en este siglo en que las pasiones políticas influyeron notablemente en los juicios históricos sobre algunos períodos y algunos personajes de la antigua España. Fue común, por ejemplo entre los liberales, juzgar con excesiva severidad el período de la casa de Austria. Pero la tendencia reinante hoy es muy distinta; domina desde hace algún tiempo un verdadero sentido apologético en lo tocante á nuestra historia. Y así como antes exageramos hasta llegar al menosprecio, exageramos ahora frecuentemente elevando la vanagloria más allá de donde lo autoriza la realidad.

Respecto de la fe en nosotros mismos, ¿qué prueba mayor de absoluto y descabellado optimismo puede pedirse que la que acabamos de dar poniendo sobre las armas más de 200.000 hombres y gastando más de 3.000 millones de pesetas para prolongar por algún tiempo la posesión de una colonia que la inmensa mayoría de las personas pensadoras consideraba des-

tinada á emanciparse en plazo no lejano? No á las páginas de la Historia, donde no se hallaría ejemplo de cosa semejante, sino á las del libro inmortal de Cervantes hay que ir para hallar entre las aventuras de Don Quijote algo que tenga semejanza con este hecho contemporáneo de una nación que al parecer no ha perdido el seso.

Más que al pesimismo de algunos *intelectuales*, que por lo mismo de serlo no están en comunicación mental con la multitud, debemos temer á ese desbocado optimismo, á esa confianza sin límites en las fuerzas propias, á ese desdén de la realidad, á esa arrogante inconsciencia que no pesa las dificultades ni calcula los recursos, ni mide los obstáculos; á los arranques declamatorios de consumir el último hombre y la última peseta, de no salir de Cuba sin un Trafalgar, de querer que se conviertan en Geronas y Zaragozas las plazas de una colonia lejana en que el soldado se sentía medio extranjero; á toda esa garrulería retórica que tan cara nos ha costado, sin darnos siquiera la satisfacción de que nuestra caída fuese airosa y gallarda.

De ahí el peligro de extremar la apología de nuestra historia. De ser posible, convendría que fuésemos apologistas entusiastas al escribir la historia para los extranjeros, críticos llenos de severidad al escribirla para nosotros mismos. Mas como no podemos escribir dos clases de historia, vale más que optemos por la verdad, así cuando nos ensalce, como cuando nos deprima.

Y luego..... debemos pensar más en lo porvenir que en lo pasado. En vez de cultivar melancólicamente el panteón de nuestros recuerdos con la esperanza vana de resucitar á los muertos, cultivemos el terreno que han de pisar y que han de labrar con su sudor las nuevas generaciones. Hartos abrojos les dejaremos, hartos legados tristes recibirán de nuestras románticas locuras, para que no les debamos la indemnización de nuestros esfuerzos, á fin de prepararles una España menos atrasada y menos pobre que la actual.

Vivimos demasiado atados á nuestra historia, demasiado hipnotizados por los reflejos de su aureola. A fuerza de mirar hacia atrás, corremos el peligro de petrificarnos como la mujer de Loth. La rehabilitación de España no debemos buscarla en vindicaciones de nuestro pasado, sino en transformaciones para lo porvenir, en una gran invasión de vida moderna, de máquinas, de industrias, de trabajo; en el arrinconamiento del floreo retórico, de las preocupaciones añejas y de las grandes frases; en el culto de la labor continua, perseverante, silenciosa y modesta del progreso.

Dedíquense en buena hora los eruditos á restablecer la verdad en nuestra historia, pero háganlo huyendo de las exageraciones apologéticas. Saquemos de ella todos los demás las enseñanzas que contiene, y acordémonos siempre de que vivimos en los últimos años del siglo XIX y no en el XVI.

Ni Cortés, ni Pizarro, puestos al frente de los soldados con que derribaron los imperios de los Aztecas y de los Incas, podrían hoy realizar empresa tan inferior en apariencia como la de vencer á los rebeldes de Filipinas. No se conquistan ya reinos con un puñado de hombres; hasta los pueblos bárbaros se han perfeccionado en las artes de la guerra; los progresos mecánicos van reduciendo cada vez más la eficacia del valor personal, del factor hombre, entendido como se entendió en otros siglos. Y al mismo tiempo el crecimiento de las necesidades económicas condena á irremediable inferioridad á las naciones que no saben hacerse ricas con el trabajo y el ahorro.

Pueblos é individuos necesitan para poder vivir atemperarse á la realidad. Si nos lanzamos por los campos de la quimera y del ensueño, nuestras aventuras seguirán siendo las de D. Quijote, y, como el hidalgo de Cervantes, no conquistaremos gloria con ellas, sino mofa, ó á lo sumo curiosidad por nuestras gallardas locuras y nuestros divertidos desatinos. Divertidos para el espectador, se entiende, que no lo es para el protagonista ser molido á palos por yangüeses, apedreado por galeotes y burlado por todos.

La Universidad, como órgano de difusión científica y como elemento educativo, debe contribuir, ante todo, á modernizarnos, á ponernos en las condiciones de la vida contemporánea. No basta que en teoría, en las nociones difundidas entre las clases ilustradas, participemos del movimiento de la cultura y de los adelantos europeos; necesitamos reformarnos en la práctica, crear hábitos de verdadera civilización; ir reduciendo la dualidad que existe entre nuestro estado real y nuestro estado aparente; entre nuestras leyes y su aplicación; entre nuestra Constitución política escrita y nuestro régimen político practicado; entre la cultura más ó menos superficial de las clases superiores y la profunda ignorancia de la gran masa del pueblo. Para estos fines pueden ser de gran utilidad los medios que indica el Sr. Altamira en su bien escrito discurso: «la extensión universitaria», los viajes de profesores y estudiantes á los centros de cultura de las naciones más adelantadas y hasta la *importación* de profesores extranjeros, si nuestra vanidad quisquillosa lo consiente, que de seguro no faltará quien prefiera la ignorancia neta y castiza al saber traído de extrañas tierras.

*
* *
*

En el pasado mes de Octubre han fallecido, con intervalo de pocos días, dos afamados escritores que fueron colaboradores asíduos de esta Revista, la cual puede decirse que ha recogido los últimos frutos de su ingenio. Aludo, como comprenderán los lectores, á D. Adolfo de Castro y D. Vicente Barrantes, á los cuales es de justicia consagrar en estas páginas un recuerdo.

Eran ambos de los últimos representantes de una generación literaria casi totalmente extinguida. Vinieron al mundo por la misma época, aunque había entre ellos alguna corta diferencia de edad, pues D. Adolfo de Castro había nacido en 1823, y en 1828, si no recuerdo mal, el Sr. Barrantes. Al-

canzaron los dos el período de actividad y de entusiasmo literario que despertó la transformación social y política de España en la primera mitad de este siglo, de igual manera que al comenzar el XVIII, con el advenimiento de una nueva dinastía y los cambios por ella introducidos, se produjo también un período de renovación semejante, fenómeno común al efectuarse en una nación algún cambio que trae aparejadas esperanzas de mejora, aunque estas se frustren luego y las arrastre como ramas muertas la corriente de los hechos. Uno y otro participaron de la afición á nuestra tradición literaria, que aún conservaba influencia poderosa en la época en que Castro y Barrantes hicieron sus primeras pruebas en el palenque de la literatura, y tuvieron también de común el gusto por las investigaciones históricas, aunque fuesen en lo demás escritores muy diferentes.

No me propongo hacer un verdadero estudio de ellos, ni siquiera una necrología proporcionada en extensión y en pormenores á la abundante producción literaria de uno y otro ingenio. Llega tarde para eso este trabajo, después de los muchos publicados en la prensa diaria, entre los cuales ha habido algunos interesantes y eruditos como los que en *La Época* ha escrito el distinguido literato D. Juan Pérez de Guzmán. Mi propósito se limita á dedicar un breve recuerdo á dos escritores de reconocido ingenio, de extraordinaria laboriosidad y extensa y sólida erudición, de los cuales guarda grata memoria LA ESPAÑA MODERNA, en cuyas colecciones hay, desde 1889, numerosos trabajos de uno y otro.

La carrera literaria de D. Adolfo de Castro fue mucho más rápida que la del Sr. Barrantes. Su célebre *Buscapié*, tan discutido por los cervantistas, traducido como obra de Cervantes á varias lenguas, impugnado y defendido dentro y fuera de España, dió á Castro, cuando era aún muy joven, notoriedad europea entre los aficionados á nuestra literatura. A más de gran atrevimiento, acreditaba sin duda grandes conocimientos filológicos y verdadero instinto literario, la empre-

sa de imitar una producción del Príncipe de los ingenios, presentándola nada menos que como la clave de su obra inmortal, para lo cual aprovechó hábilmente Castro la vaga tradición de la existencia de un *Buscapié* auténtico perdido, cuyo hallazgo no podía menos de excitar poderosamente la curiosidad de bibliófilos y eruditos. Tropezó D. Adolfo de Castro en esta empresa con el tremendo D. Bartolomé José Gallardo, cuyo mordaz ingenio satírico, bien acreditado ya en el *Diccionario crítico burlesco* y en otras diatribas semejantes, se ejercitó cumplidamente en aquella polémica, una de cuyas fases ó incidencias relata magistralmente el Sr. Cánovas en *El Solitario y su tiempo*. Los títulos de los escritos que se cruzaron entre Castro y Gallardo, *Buscapié del buscarruidos de D. Adolfo de Castro*, *Aventuras del iracundo bibliopirata don Bartolomico Gallardete*, *Zapatazo á Zapatilla y á su falso Buscapié un puntillazo*, dan idea de los tonos de la controversia, en la cual se vieron envueltos D. Serafín Estévanez Calderón y el mismo Cánovas, principiante entonces, motivando los ataques dirigidos á Calderón por Gallardo, la causa cuyos donosos y extraordinarios alegatos forenses por una y otra parte producidos parecen más bien que piezas de un proceso criminal, ingeniosas alegaciones para ante un tribunal literario.

Sus obras sobre los judíos y los protestantes españoles y sobre la decadencia de España dieron también á D. Adolfo de Castro notoriedad dentro y fuera de España, siendo celebradas en Inglaterra y Francia y aun aprovechadas como fuentes por escritores extranjeros. La crítica histórica tiene, sin embargo, mucho que rectificar en estos trabajos, eclipsados en gran parte por investigaciones y publicaciones posteriores, y así debió de reconocerlo el mismo autor cuando recogió años después los ejemplares que hubo á mano de alguna de dichas obras.

En los trabajos de la Biblioteca de Rivadeneyra tomó parte considerable el Sr. de Castro, como lo acreditan los estu-

dios preliminares escritos por él para algunos tomos de esta colección. La simple enumeración de sus obras sería muy larga, pues durante medio siglo puede decirse que no dejó ociosa la pluma. Ultimamente, el centralismo literario, que condensa en Madrid los loores de la fama, unido acaso á las variaciones de los tiempos y á las nuevas corrientes del gusto literario, hizo que D. Adolfo de Castro, que vivía en su ciudad natal, Cádiz, quedara algo olvidado. Para la mayor parte de los literatos actuales era un escritor de otra época, un antepasado viviente.

D. Vicente Barrantes comenzó su carrera literaria y política en la prensa, en tiempos en que ésta, no transformada aún por el noticierismo, daba mayor espacio é importancia á las letras y contaba con mayor número de ilustraciones en esta esfera que al presente.

La lucha por la vida y por el renombre fue dura para Barrantes en sus primeros tiempos. Recorrió el Calvario á que generalmente están condenados los escritores pobres en España. Tuvo que diseminar su ingenio y desparramar sus aptitudes en mil diferentes trabajos, pasando de la novela á la poesía lírica, de los estudios de erudición y bibliografía á las producciones escénicas, de los artículos políticos á las investigaciones históricas, de las traducciones de escritos extranjeros á los trabajos de crítica literaria y á las producciones satíricas y cuadros de costumbres, tocando, en fin, todos los asuntos y ensayando todos los caminos que se ofrecen á un escritor ávido de distinguirse.

Grave obstáculo es para los escritores este de la variedad excesiva de asuntos y de los cambios continuos en la aplicación de las facultades intelectuales. Así se frustran muchas verdaderas vocaciones, quedan reducidos á una discreta mediocridad claros talentos que hubieran dado superiores frutos en el cultivo de un género determinado, y desmerecen las más sobresalientes aptitudes, distraídas á cada paso de sus objetos preferentes, perdiendo en intensidad la obra lite-

raria lo que gana en extensión de materias. Así lo ha comprendido desde hace mucho tiempo la sabiduría popular: quien mucho abarca poco aprieta; aprendiz de todo maestro de nada, dice con muchísima razón el pueblo. Pero la escasa retribución de los trabajos literarios ha obligado y obliga á nuestros escritores á ser polígrafos por fuerza.

A pesar de estos inconvenientes, que fueron desapareciendo para el Sr. Barrantes á medida que su constancia, su laboriosidad y su inteligencia fueron labrándole una carrera política, en que llegó á ocupar puestos importantes y un renombre literario que le condujo á las Academias de la Lengua y de la Historia, deja este escritor obras de verdadero mérito.

Sus obras escénicas, su novela histórica *Juana de Padilla* y sus poesías, entre las cuales hay algunas muy briosas é inspiradas, han ido cayendo en el olvido. No así sus eruditos estudios histórico-bibliográficos acerca de Extremadura y sus trabajos referentes á Filipinas, que son testimonio de su vasta ilustración y de su competencia en cuestiones históricas y coloniales.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Abre hoy LA ESPAÑA MODERNA una nueva sección en sus páginas, consagrada exclusivamente á estrechar las relaciones entre la antigua metrópoli y sus antiguas provincias, emancipadas y constituídas en Estados soberanos de América, por medio de la comunicación recíproca de los intereses que se basan en los vínculos de la inteligencia y en el conocimiento de los hechos políticos y sociales que determinan la marcha de sus progresos respectivos. Ha pasado ya el tiempo de las prevenções, del odio y de los abismos de la preocupación; y ha sonado á la vez la hora de la aproximación afectuosa y sincera de los que, amasados en una misma sangre, adoran un mismo lábaro de redención, sienten el orgullo común de un mismo origen, decoran los recuerdos de su pasado en el espléndido nimbo de una misma historia, hablan una misma lengua y palpitan en perfecta igualdad de deseos y de esperanzas. Los que viven bajo la ley de estos hermosos parentescos, ¡no importan las distancias geográficas que los separe!, deben conocerse, estimarse, protegerse en cada emoción de sus sentimientos y en cada evolución de su existencia. Sus ideas son comunes; sus afectos son estrechos, y también pueden recibir unidad de impulso sus intereses.

A llenar este vacío, que cada día se nota y se siente más

en las relaciones continuas de los pueblos de origen ibérico de los dos mundos, se consagrará esta parte de nuestra Revista.

*
* *

Sería intempestivo introducirse desde luego en la relación y en la crítica de algunos hechos parciales, los de más bulto, sin hacer antes una excursión metódica para indicar la situación actual de todas y de cada una de las Repúblicas americanas de nuestro origen, sobre las que han de versar nuestros estudios posteriores. El orden sistemático que se nos impone, proyecta su radio de observación de Norte á Sur, encadenando la solitaria República de México, que se asienta, como un muro de contención, al término de aquel continente, que casi se dirige por el dominio exclusivo de los Estados de la Unión anglosajona, cuyo exuberante desarrollo y cuyo prodigioso poder parece ser una amenaza continua de absorción para las pequeñas Repúblicas que tienen por solar pequeños territorios insulares en el mar de las Antillas, ó se hallan fraccionadas en porciones políticogeográficas que las imposiciones en la emancipación impusieron, y que el tiempo ha consagrado; á pesar de que las crecientes necesidades, ya de la defensa, ya del progreso material y moral, mueven á algunos de estos pueblos á nuevas agrupaciones, como las que se ensayan entre los Estados del Centro, las que ya se agitan en los del Norte del continente meridional y las que se halagan, del lado oriental de los Andes, en las márgenes del Plata, y del lado occidental, bajo las vertientes del Aconcagua.

MÉXICO, en el término austral del continente del Norte, sin poder emular los adelantos estupendos de sus vecinos los Estados Unidos, vive en el impulso de los progresos modernos, dilatando más cada día las esferas de la pública instrucción, de las obras de utilidad general y del desenvolvimiento de sus riquezas naturales y de sus nacientes industrias. Ha logrado

bajo el gobierno del general Porfirio Díaz hacer estable la paz interior. Su gobierno, que es una benigna dictadura, se hace compatible con todas las libertades del Derecho civil. El impulso que el Estado da á la obra cada vez más extensa de la educación popular, contribuye á realizar á la vez dos obras insignes: la catequización ascendente y los cruzamientos con las razas indias, que aún en sus vastos dominios sobreviven á las subordinaciones fértiles de la civilización, y el mejoramiento de las costumbres, que reduce cada día más los defectos tradicionales que daban á aquellas razas una fisonomía que, cuando menos, servía de rémora á la franca realización de las empresas que elevan á los pueblos á los grados superiores de la cultura contemporánea.

Es verdad que la disminución que desde 1821 ha sufrido la raza indígena y el crecimiento de la criolla, que imprime ya á Méjico los caracteres especiales de una verdadera nacionalidad, son los hechos que más poderosamente influyen en estos resultados. Puede decirse que Nueva León y Coahuila no tienen ya en su territorio un solo indígena; Chihuahua y California sólo encierran unos cuantos, metidos en sus montañas, así como Tamaulipas y Durango. Los indios de Sinaloa, Zacatecas, Aguascalientes, San Luis de Potosí y costa de Veracruz, Tabasco y Campeche, no tienen ya importancia como grupo etnológico. Colima, Guanajato, Jalisco y Querétaro, aunque los pueden contar por miles, olvidan su idioma y sus costumbres. Los antiguos tarascos han salido de su retraimiento, y rápidamente se funden con la población criolla michoacana. Otro tanto sucede en parte de Guerrero, el resto de Veracruz y el distrito federal y parte de Puebla. Solamente en Hidalgo, Méjico, Sierra de Puebla, Tlascala, Morelos, Teple, Yucatan y Chiapas es donde la raza indígena domina, pero en tal estado de indolencia, con excepción de Oaxaca, que su propia miseria la lleva rápidamente á su total extinción.

La unificación de la nacionalidad mejicana adelanta más

cada día, y ella hace posible desenvolver aquel cuadro de progresos y mejoras que delineaba con vivas esperanzas de éxito el presidente Porfirio Díaz en su Mensaje al Congreso de la Unión, abierto al primer período de su legislatura, el 16 de Septiembre último. Sólo entibian tal vez este movimiento los temores que en Méjico hacen concebir los Estados Unidos, de quienes temen que un día puedan ahogar su independencia. Recuerdan todas sus absorciones: en 1802, la del valle del Ohío; el mismo año la de la Luisiana; en 1812 la de la costa del Pacífico; en 1819, la de la Florida, la del Oregón y la del Arkansas; en 1843, la de Texas; en 1848, la de las enormes conquistas hechas á Méjico; en 1850, la del archipiélago del Norte; en 1854, la de la Mesilla y Arizona; en 1867, la de la península de Alaska, y últimamente, en este mismo año, la de las Haway y la de Puerto Rico, si aún Cuba puede salvar su independencia y España su integridad en Filipinas. Ven además los mejicanos la constante inmigración de elementos yankees en su territorio, tratando de transformarlo todo, hasta el lenguaje, y apoderándose de todas las empresas. Ellos adquieren tierras, fundan industrias, se hacen dueños de las minas, se apoderan, en fin, de la riqueza, y sólo los ferrocarriles yankees importan un río continuo de oro y plata que sin cesar se dirige de Méjico á los Estados Unidos. Pero estos temores no los abriga únicamente Méjico: son comunes á toda la América del Centro, cuyos cinco Estados independientes son objeto de la misma invasión pacífica y de los mismos monopolios.

*
* *

AMÉRICA DEL CENTRO.—Los Estados de la América Central han quedado reducidos á tres entidades de carácter internacional, mediante la Constitución de la República Mayor, compuesta, después del pacto de Amapala, de la federación del Salvador, Honduras y Nicaragua, á la que hasta ahora

han rehusado unirse Guatemala y Costa Rica. La extensión total del territorio que ocupan, entre los dos grandes Continentes del Norte y del Sur, es casi igual á la de Francia en Europa; pero entre los cinco Estados no reúnen más que la de tres millones y medio de raza mezclada, escasa habitación humana para la variedad y abundancia de riquezas que dan sus infinitas producciones, su benigno clima, sus grandes ríos y lagos y la situación que constituye aquel extenso istmo en el centro de comunicación del comercio de los dos grandes Océanos, luego que se perfore el canal de navegación de largo tiempo proyectado, sea por la parte de Panamá, sobre el continente colombiano, sea por la de Nicaragua.

La unión de estos cinco Estados, que en todos se desea, les dará una fuerza incontrastable de hecho y de derecho, si sobre esta base de condensación, de acción y de poder se cierne siquiera por diez años la hada benéfica de la paz. Pero la idea de la unión tiene sus partidarios de convicción, sus contradictores de tradición y de escuela y sus enemigos acérrimos, que la combaten desde invisibles trincheras, en la persuasión de que las fuerzas unidas de todo el Centro dificultarían de una manera poderosa las miras de absorción que se halagan en los Estados Unidos y que se enardecen cada día más con la codicia de apoderarse de los territorios por donde se ha de abrir el canal de Nicaragua.

Aun después de firmado el pacto de Amapala; aun después de la reunión de la Asamblea Constituyente de Managua; aun después de la aprobación, firma y promulgación de la Constitución federal, el 27 de Agosto último, y hasta señalado el plazo para la elección del primer Presidente de la federación nueva, en Diciembre próximo, la idea de la unión no recibe la sanción unánime de la opinión en las tres Repúblicas confederadas. Honduras, la patria de Morazan y de Cabañas, la acepta sin vacilaciones de ningún género; el Salvador, el más rico de los Estados del Centro y el más poblado, es también entusiasta; pero en Nicaragua se mantiene vivo un nú-

cleo de oposición, que ya toma el dictado de separatista; pero Guatemala, que acaba de salir de otra nueva tentativa de revolución, atizada desde las fronteras de Méjico por Próspero Morales, auxiliado por Manuel Lleraudi y el ecuatoriano Plutarco Borren, y en cuyos sangrientos desmanes ha habido matanzas inhumanas hasta de mujeres y niños, resiste la unión, donde ella, apoyada en sus antiguas tradiciones, no puede ser cabecera; y en Costa Rica, aunque hay una gran sociedad de pensadores que acogen con aplauso la idea de la unión, se teme que su realización promoviera disturbios, allí donde se quiere la paz á todo trance, pues con la paz progresa el país, se enriquece y se convierte aquella pequeña República en una joya y modelo de sus hermanas ibéricas de todo el Nuevo Mundo.

Es lícito esperar que estas repugnancias no tarden en ceder ante el interés común, y el éxito y el ejemplo que obtenga de la recién constituida República Mayor, decidirá victoriosamente el problema en un plazo no muy largo. La población del Centro América es la más homogénea de todos los Estados hispanoamericanos; las cinco Repúblicas en que su Estado está dividido, gozan el mismo grado de cultura y de prosperidad; sus intereses son comunes y la unión total de todas ellas no tardará en prevalecer. Guatemala no tendrá más que recordar para ello su Tratado de Unión del 15 de Junio de 1897. La adhesión de Costa Rica no se haría esperar después de la suya.

En la última revolución de Guatemala, anteriormente indicada, murieron casi todos los cabecillas que en ella tomaron parte, y el primero de todos su jefe, Próspero Morales. Pero en este suceso son dignos de consignar varios hechos: 1.º, que los rebeldes contra el Presidente constitucional de la República, contaban con las simpatías de los mejicanos, sus vecinos; 2.º, que las fuerzas del poder constituido estuvieron amparadas por las simpatías de los norteamericanos, y que en la ocupación de Ocon, el capitán yankee Feugan, del cañonero

Leander, á petición de los representantes de Inglaterra y Alemania, tomó parte activa en la derrota de los moralistas, obligándoles á retirarse á las montañas de Cuchumatanes. Esta derrota aseguró el triunfo en las elecciones presidenciales al licenciado Manuel Estrada Cabrera, que ejercía interinamente tan alta magistratura desde el asesinato del Presidente Reina Barrios. Esta elección de Estrada Cabrera ¿impedirá la aproximación de Guatemala á la República Mayor, al menos durante el tiempo de su presidencia constitucional?

Con Costa Rica sucede algo parecido. El nuevo Presidente, Rafael Iglesias, ejerce sobre esta República una influencia también decisiva, y esta influencia mantendrá el estado de independencia del país que gobierna, al menos mientras no se resuelva el gran problema internacional que pronto habrá de plantearse entre los Estados Unidos y la República Mayor, á causa de las obras del canal de Nicaragua, que, como se sabe, el Gobierno de Washington y la opinión de los yankees aspiran á que sea una vía enteramente norteamericana.

*
* *

GRUPO SEPTENTRIONAL DEL SUR.—Las tres Repúblicas que le forman se encuentran bajo la presión de las mismas dificultades que para su amplio desenvolvimiento les crea la extremada división político-geográfica en que se hallan constituidas, y que compeliéndolas á girar dentro de la reducida órbita de sus propios recursos para mantener cada una las obligaciones inherentes á la soberanía de cada Estado, distraen en estas imperiosas atenciones las fuerzas que mancomunadas se harían más fértiles en el impulso de las mejoras generales, en la educación y en las obras públicas, en la organización de las fuerzas defensivas y en la proyección de las empresas que contribuyen al desarrollo de las riquezas propias y al fomento de la prosperidad. De Venezuela no logran desterrarse del todo las frecuentes convulsiones políticas en que, ni en el sen-

tido moral y político, ni en el sentido material y económico, pueden traducirse sino como grandes rémoras para todo bienestar y para todo engrandecimiento. En Colombia trabajan sin descanso para impedir su prosperidad las guerras internacionales que se levantan á deprimir el desarrollo de sus fuerzas. Por una parte, pesa gravemente sobre esta República el fracaso de la empresa de Panamá, que difícilmente logrará reconstruir su prestigio y adquirir elementos con que proseguir la obra comenzada, sobre todo si los Estados Unidos se resuelven, como parece, á tomar sobre sí la empresa del canal interoceánico por Nicaragua. Por otra, sin cesar siente sobre su cabeza la presión sorda que desde Washington se hace contra todos sus intereses desde que Colombia no consintió ceder sus territorios contiguos á la línea del canal trazado, al dominio soberano y exclusivo de los Estados de la Unión. Y, finalmente, los conflictos con Italia por las indemnizaciones de la cuestión Cerrutti, se ha tratado de que se conviertan contra ella ó en un problema internacional que pudiera conducir hasta un *casus belli*, ó en un problema de descrédito económico, en que se le pudiera amenazar hasta con la intervención de sus aduanas. Por último, el Ecuador, más distante y mejor defendido por su situación geográfica, en este género de cuestiones lucha con su propia inercia y con la insuficiencia de sus medios, para desarraigar de aquella República ciertas ideas que se oponen á sus progresos civiles y para hacerla entrar en las amplias corrientes de la activa vida contemporánea.

En Venezuela, el momento de la posesión constitucional de la Presidencia por el General D. Ignacio Andrade, que para ella había sido elegido, marcó el de la revolución contra el poder naciente, que hizo estallar su opositor el General José Manuel Hernández, que había sido derrotado en las elecciones presidenciales. Si esta situación moral de los espíritus pudiera aceptarse ante las determinaciones de una sentencia legal, como la sustantiva de las elecciones en que estriba toda la base

del derecho en los pueblos regidos por instituciones como las de Venezuela, ¿á dónde iríamos á parar? ¿Qué régimen de estabilidad y de normalidad podría fundarse en un país, donde los derrotados en el derecho pudieran hacer impunemente la apelación de las armas? La revolución, por fortuna, fue breve porque la suerte de los combates se pronunció desde luego contra el airado pretendiente, aunque no sin causar sangrientos sacrificios, entre ellos el del expresidente D. Joaquín Crespo, que murió peleando por el imperio de la legalidad. Hernández fue preso; su facción destruída, y con él cayeron sus Generales Quintero y Vita, todos los jefes de la revolución, todas sus armas y todos sus medios ofensivos. Pero de cualquier modo, estas protestas de los despeñados del derecho mantienen siempre un principio de descrédito en las naciones donde pueden hacerse, y esta mengua del prestigio moral refluje en mengua de todos los intereses generales. Las cuestiones de Colombia con los Estados Unidos y con Italia no caben en el bosquejo general á que hoy nos vemos reducidos á encerrar este trabajo. Necesitan una amplia exposición, y hemos de aplazarla para otra revista. Las dos cuestiones están vivas, sobre el tapete y sin esperanzas de una próxima resolución. No perderán, por lo tanto, su oportunidad por este breve aplazamiento. Sólo nos servirá uno y otro antecedente para justificar el movimiento de unión y la aspiración á una fórmula federativa que á la vez se ha despertado en Venezuela, en Colombia y en el Ecuador, ansiosas de constituir entre sí un núcleo de fuerzas, no aliadas bajo la fe de un pacto internacional, sino fundidas en el crisol de una unidad común.

El Presidente Caro, en su lato mensaje á las Cámaras colombianas, ha dejado traslucir este fecundo pensamiento. Nombrado el doctor Luis Carlos Rico Ministro de Colombia en Caracas, aprovechó el discurso de la presentación de sus credenciales al Presidente de Venezuela, para recordar, como fuente de una nueva esperanza, los deseos de unión por desgracia entonces no realizada entre los dos pueblos hermanos y

vecinos, por los legisladores de Santo Tomás de la Angostura y de la villa del Rosario de Cúcuta. Los dos Gobiernos de Caracas y Bogotá se han mostrado después dispuestos á aceptar toda fórmula de conciliación en los puntos pendientes en el laudo y navegación del Orinoco; y el General Eloy Alfaro, Presidente del Ecuador, más explícito en levantar el velo de la inteligencia común, ha proclamado como principio de una política de redención para los tres países el principio de la aproximación federativa, para que un Cuerpo representativo de más de ocho millones de habitantes pueda fundir todas sus fuerzas para una defensa más eficaz de sus derechos y para una promoción más fértil de todas las empresas de la civilización y de la prosperidad en los tres países.

El pensamiento de Alfaro realmente ha sido para muchos una sorpresa; hasta el punto de que, al terminar la lectura del Mensaje en que lo formulaba, uno de los representantes se levantó y dijo: *Señor Presidente: no tengo la suficiente serenidad para escuchar ese Mensaje; protesto, y me ausento.* Pero esta opinión parcial no comprendía á todos los representantes. Para apoyar las ideas del Presidente, se formaba en el acto un directorio, compuesto de los doctores Luis F. Borja, Carlos Freile, Fidel Egas, Lizardo García, Eliodoro Avilés y Luis Dillón, y dispuestos á entrar en esta nueva corriente hasta los vencidos de la revolución del Azuay, los representantes Dillón, Pino y Pareja presentaron un proyecto de amnistía extensiva á los Obispos Masiá y Schumacker, y para que el Estado reconociera y pagara los gastos de la revolución fracasada, como pacto de paz entre los que hasta aquí se han combatido como enemigos.

¿Pueden ser considerados estos hechos como síntoma de que el pensamiento del general Alfaro será apoyado con entusiasmo en todo el Ecuador?

*
* *

GRUPO ORIENTAL CISANDINO.—En las márgenes del Plata y de los ríos que á él confluyen, se habla más de alianzas que de nuevas confederaciones; pero la idea del ensanche y anexión de territorios próximos forma el pensamiento político sustantivo del general Julio Argentino Roca, que acaba de ocupar nuevamente la Presidencia de la República Argentina. En pocos años este Estado, sin llegar aún al número de población que alcanzan otras Repúblicas hispanoamericanas, ha logrado ponerse por sus fuerzas productivas, por su creciente comercio, por la importancia de la inmigración incesante que recibe en su seno, por el número é importancia de sus Bancos y de sus grandes asociaciones agrícolas é industriales, por el desarrollo de su agricultura, por el movimiento de sus fábricas y de sus buques, por la organización de sus fuerzas armadas, y sobre todo, por la creación de su gran Marina militar, á la cabeza de todos los Estados de origen ibérico, hasta del Brasil, que le aventaja casi en dos tercios de población total. Su capital, Buenos Aires, está llamada á ser en breve la Nueva York de la América Meridional, y el peso de su balanza política, no sólo á subordinar á una gran acción de unidad todo el movimiento de la América de origen español, sino á contrarrestar el ímpetu de absorción que se ha apoderado de los anglosajones del Nuevo Mundo.

Del lado allá de los Andes le disputa esta naciente preponderancia Chile, el país hasta ahora mejor regido de la América austral, en el cual han logrado transfigurarse dentro del molde originario del cemento español, las instituciones, las ideas, los mecanismos políticos, financieros y mercantiles de Inglaterra, con quien, desde su emancipación de España, Chile ha estado en la más frecuente comunicación. Sus hombres políticos parecen lores; sus costumbres no se han conservado bajo la pauta de la antigua aristocracia española, sino que se han modelado por el ejemplo de la severa y desdeñosa aristocracia oriunda de los Plantagenets. Pero aunque Chile, que ha constituido un gran Estado militar y un gran Estado

naval, ha autorizado estas instituciones con el prestigio de la victoria sobre sus hermanos fronterizos del Norte, su propia situación geográfica la encierra entre el mar y los Andes, en una estrecha cintura de tierra, de donde ningún esfuerzo le permite salir y dilatarse.

Esta despótica situación topográfica impuesta por la naturaleza, esteriliza sus luchas de rivalidad con la Argentina. Cincuenta y más años dura esta enemistad bajo el pretexto de una cuestión de demarcación de fronteras. Pero cuando las dos Repúblicas fronterizas se han encontrado más preparadas para dirimir la cuestión con las armas, el propio convencimiento ha obrado en Chile una gran reacción en sus elementos gobernantes, que ha equivalido moralmente á abandonar á su rival la no disfrutada victoria.

¿Se aprovechará el General Roca de esta situación? Indudablemente, á la vehemencia de sus deseos se le impondrán los dictados de la prudencia. Él sabe que no puede ser el provocador, porque el provocador, por el mero hecho de serlo, tendría contra sí la doble hostilidad de la opinión en el mundo y de las alianzas que Chile encontraría, al menos, para destruir en su germen la fuerza poderosa que en la Argentina se medra. Roca sólo se contentará con la atracción hábil del Uruguay, minado de revoluciones contra el General Cuestas, que ejerce de Presidente interino con conatos de dictador; del Paraguay, que es débil y está escondido, y de Bolivia, á quien devora el ansia de engrandecimiento. Pero Bolivia misma no es, sino política y momentáneamente, del grupo geográfico cisalpino de que la Argentina es cabeza, y aun para tratar de ella hay que tener en cuenta esta distinción.

Por lo demás, como de las cuestiones de Colombia con Italia, tenemos que diferir ocuparnos de las de la Argentina con Chile y de las revoluciones del Uruguay, pues el espacio no nos permite hoy entrar en estas materias. Tampoco perderán su oportunidad.

*
* *

GRUPO OCCIDENTAL TRANSANDINO. — De las cuestiones de Chile con la Argentina hay que hacer un recuerdo común, y como entre Chile y el Perú y Chile y Bolivia los problemas pendientes afectan sólo cuestiones de fronteras, cuya base son la larga cordillera de los Andes y la extensa margen del Pacífico, dilatada hasta otra Revista la primera de estas cuestiones, hay también que diferir las demás.

Entre tanto, el movimiento de atracción hacia la unidad por medio de la concentración de nuevas federaciones, ¿se deja también sentir en esta última parte austral del continente americano? Verdaderamente no es en ella tan vivo, ni tan sensible. El temor de la amenaza que pesa sobre Méjico, las repúblicas centrales y la parte septentrional del continente del Sur no está tan próximo, ni excita los mismos sentimientos de común defensa. Además, las guerras que Chile sostuvo hace pocos años con sus hermanas del Norte, dejándolas lesionadas y humilladas, mal pueden disponerlas á una inteligencia entre sí. Chile, por otra parte, ha jugado en falso: á Bolivia le prometió por pactos solemnes los territorios cautivos que apresó del Perú, y con el Perú ha negociado nuevos tratados para la devolución probable de estos mismos territorios. No sabemos si aun así, en el caso de un conflicto armado, podría Chile contar con el Perú como aliado: á Bolivia nunca. Pero de esta parte de los Andes se esperan evoluciones profundas que han de emanar de la suerte de las evoluciones que sufran los Estados cisandinos de que la Argentina es cabeza.

Con todo, una gran federación de Estados hispanoamericanos, desde Méjico hasta Punta Arenas, comprendiendo los cincuenta millones de habitantes que los pueblan, acaso donde hallaría mayores obstáculos para su realización sería en esta parte extrema de la gran cordillera.

*
* *

Estas Revistas no han de tener un carácter exclusivamente

político. Nos proponemos exponer en ellas los progresos de la inteligencia de los dos mundos, en cuanto se refiera á la unión y cultura de la gran familia hispanoamericana. Por eso no podemos hoy dejar de anunciar á nuestros lectores del otro lado del Atlántico, ya que no podamos extendernos en una meditada necrología, la muerte del Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada, el americanista español, que era una de las glorias de nuestra patria.

Iob.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Proposiciones de Rusia sobre desarme universal.—Discurso acerca de tal tema pronunciado en la Tribuna Española en Febrero del ochenta y ocho.—Relampagueos de guerra universal.—Tristes reflexiones.—Tendencias naturales en todo desastre de los desastrados al misticismo.—El Emperador alemán y su carácter.—Peregrinación á Jerusalem.—Paso por Venecia y Constantinopla.—Evocación de ambas ciudades.—Cuestión china.—Desarrollo de esta cuestión.—El Japón revolucionario junto á la inerte China.—Victoria de aquel Estado en las aguas amarillas y azules.—Consecuencias para China de tales victorias.—Condiciones de la mujer en China.—Revolución del Palacio de Pekín dirigida por una mujer, la Emperatriz viuda.—Carácter de esta mujer.—Sus tendencias reaccionarias.—Destronamiento del Emperador á causa de sus tendencias progresivas.—Aparición de Alemania en el Celeste Imperio.—Luchas diplomáticas allí entre Rusia é Inglaterra.—Carácter de la revolución interior china.—La reacción no podrá nada contra esta revolución en definitiva.—Conclusión.

I

Hace mucho tiempo que sólo recibimos noticias siniestras sobre la marcha del progreso humano, cuyo movimiento vigiliadas innumerables ha merecido en toda ocasión y circunstancias, prósperas ó adversas, de nuestra voluntad y de nuestro pensamiento. Así, abrumados espíritu y ánimo so el peso de las innumerables desventuras patrias, nos ha sorprendido por todo extremo ver á un déspota de nacimiento, á un guerrero y conquistador de profesión, á un Pontífice ó Papa en armas, al Czar de todas las Rusias, desde un trono compuesto por mondados huesos, y á la sombra de un solio tinto en sangre hu-

E. M.—*Noviembre* 1898.

mana, teniendo por cetro una guadaña como la siniestra, por el esqueleto que simboliza la muerte, agarrada, proponernos el desarme, indispensable á la paz europea y á la libertad universal. Cualesquiera que sean mis aprensiones respecto del resultado y éxito de la proposición imperial, yo no puedo menos que aplaudirla y apoyarla con todas mis fuerzas, pues hartos pésimos intentos se muestran arriba por la mayor parte de los Gobiernos, así los liberales como el Gobierno de Inglaterra, cual los demócratas y republicanos como el Gobierno de América, para que yo deje de asentir á un plan, siquier sea de un déspota, el cual plan, como cuantos planes progresivos se han formulado en la Historia, empezará por encontrar obstáculos insuperables en los intereses de un día y concluirá por prevalecer, tarde ó temprano, impelido por las ideas progresivas, que triunfan en todos los tiempos.

II

Mi discurso último en el Congreso, por Febrero del año ochenta y ocho, discurso jamás atendido cual debía serlo, no en atención á su mérito, en atención á su ideal, ni por los Gobiernos liberales ni por la opinión popular, contenía ya formulados estos principios de paz y desarme que ahora bajan, tras diez larguísimos años, desde las alturas de un trono. «Los presupuestos en déficit, las deudas en aumento—decía yo entonces—el trabajo en penuria, los campos en desolación, el comercio de toda la tierra en crisis, dicen á una que así, bajo estos increíbles armamentos, no podemos vivir más tiempo, hallándonos expuestos á perecer todos, no en las tormentas de una guerra, donde al cabo se muere con gloria, en la vileza y en la consunción del hambre universal. Y cuando los industriales se quejan del estado de sus fábricas, cuando el agricultor se queja del estado de sus campos, cuando el comerciante se queja del estado de sus cambios, no se quejan de nada interior, no; se quejan sin saberlo, y sin quererlo, del estado

internacional. Entre las verdades allegadas por la sociología contemporánea, ninguna tan exacta cual aquella que dice cómo á ciertos ministerios sociales corresponden ciertos organismos con ellos en armonía y consonancia. Explicaré la idea. Cuando se conforma un pueblo al combate, siempre se le organiza en ejército, y surge un Estado y Gobierno de cuartel; cuando se conforma un pueblo al trabajo, siempre se le organiza por modo fabril, y surge un Estado industrial.» Quien dijo esto no tiene más remedio que aplaudir el Czar.

III

Pero no las tiene uno todas consigo si contempla el estado de nuestro planeta en estas angustiosísimas horas. El pueblo á quien creíamos arquetipo de una sociedad trabajadora, se ha convertido en pueblo de conquistadores y piratas. Partidario de la paz perpetua y del arbitraje internacional, creíamoslo colaborador al progreso universal, y de pronto se nos aparece como un águila rapaz en los aires, descargados por su ciencia del rayo, y como un tiburón voracísimo en los mares, domados por su industria bajo las calderas y las máquinas del vapor. En la grande Inglaterra ya no existe la escuela de Manchester. Un Ministro casi republicano excita el temperamento semiescandinavo y semisajón de los suyos para que caigan sobre las demás razas, y lejos de prosperarlas por el comercio y por la industria, lleguen á destruirlas por la barbarie de una guerra sin tregua. Y el Emperador de Alemania responde al Emperador de Rusia con arengas militares que huelen á conquista. Está ciego quien deje de columbrar por todas partes los relampagueos de la guerra universal. Yo tengo una desesperación tal, después de nuestras últimas desgracias nacionales, que creo sería valedera y práctica la proposición del Czar si fuese mala, pero siendo buena, como es, prevalecerá cuando nosotros nos hayamos muerto, porque toda

grande idea prevalece al cabo en la Historia, pero mientras nosotros vivamos no prevalecerá.

IV

Francamente, siempre que vemos el mal tan extendido en los espacios y el error tan extendido en los espíritus, nos tornamos al eterno misterio pidiéndole que nos descifre, y no con jeroglíficos, no, con verdades, sus enigmas, y nos mande á nuestros labios, desecados por el ejercicio continuo de una plegaria inútil y sin eco, el rocío que los refrigere y los endulce para el cántico de las divinas alabanzas. Todos hemos interrogado al Universo, y el Universo nos ha respondido á todos con perdurable silencio. En espacios, por cuyos cerúleos senos tantos soles discurren, serán muy luminosos, pero están muy callados. El silencio de las alturas mucho se parece al silencio de los sepulcros. Con espirituales tendencias á subir, como las aves del aire á volar, en cuanto subís mucho no podéis vivir, porque no podéis respirar. El concierto de las esferas podría oirse desde arriba; desde abajo no se oye ni una miserable nota. Si queremos saber ó averiguar hasta donde la vida humana se dilata más allá de nuestra esfera, nos encontramos con que la más próxima entre todas esas luminarias celestiales ¡ay! se halla extinta; nos encontramos con que nuestro planeta va por la inmensidad del éter con un cadáver unido á su radio en perdurable desposorio. Así los mundos nos parecen purgatorios donde almas, ó superiores ó inferiores á la nuestra, plañen y penan fatalidades indecibles.

V

Y si la serpiente del mal se ha enroscado lo mismo al átomo de ceniza frío perdido en nuestros cementerios que á las hermosas pléyades relucientes en serenas noches y á la estrella Sirio deslumbradora en las profundidades de lo infinito, ¿dónde iremos á buscar el bien? Dentro de nosotros mismos

imposible hallarlo. Cada pecho parece un verdadero yunque, sobre cuya férrea superficie se destroza el corazón al golpe de unas desgracias continuas, generadoras de unos dolores eternos. En el mundo material no hay plagas ni calamidades comparables á las plagas del mundo moral. El entierro externo de nuestros semejantes muertos no resulta, no, tan triste como el entierro interno de nuestras esperanzas perdidas. Cada uno de nosotros lleva en las entrañas el aguijón de un desengaño, y este aguijón envenena y mata más que el aguijón de las víboras. Nos damos con el cerebro contra los hierros de la estéril y estrecha lógica, donde nuestro pensamiento está encerrado, como el criminal en su calabozo y en su jaula el demente, sin que podamos extraer de tamaños esfuerzos sino verdades relativas siempre, nunca la verdad arquetípica y absoluta. Los elementos de la vida se os tornan á cada paso agentes de la muerte. Bajo vuestros pies, el suelo que os sustenta bosteza con abismos insondables ó se estremece en terremotos horribles. Sobre vuestras cabezas, el aire vivificador se torna huracán y ciclón sólo propicio al exterminio. La viva luz deslumbra vuestros ojos y ciega vuestra vista. La pródiga lumbre, á cuyo amor el hogar vive, se torna incendio voraz que lo consume y acaba. No hay medio de preservar los mejores amigos á la ingratitud; ni el amor de mujer más sensible á vuestra vida no hay medio de sustraerlo á la inconstancia que os mata con sus desengaños. Cada beneficio sembrado en los surcos de la sociedad os da frutos de ponzoña. No corraís tras ninguna ilusión, porque corréis el riesgo de que al estrujarla entre vuestros dedos convertirla en desilusión y en desencanto, sin colores en sus alas ó sin alas en sus cuerpos, metamorfoseadas de multicolores mariposas en orugas horribles.

VI

Así no hay más remedio, para procurar el consuelo, que pedir un refugio al misterio. Los sepulcros, que no hablan en

el Universo, mudo é indiferente, hablan en el templo, alfombrado de losas funerarias y ceñido de íris deslumbradores, enlazando con el recuerdo la esperanza. Esos montones de huesos, mondados y glaciales, no apetecidos ni de los cuervos por no poder sacarles ni una hilacha de fibra ni un dejo de tuétano, vistos por Ezequiel en la desolación de sus desiertos semitas, se calientan al calor de las lámparas sacratísimas y reviven al dogma de la resurrección. Los conciertos de mudos, cuyas armonías no podéis oír en las esferas materialísimas del cielo, podéis oírlos en las esferas espirituales del arte. La soledad de lo infinito henchida se halla por los efluvios y las emanaciones del éter universal. Ese terrible silencio de lo infinito, que tanto á los espíritus medrosos asusta, queda interrumpido con la revelación del Verbo, entrevisto en las escuelas platónicas y divinizado por los Concilios Ecuménicos. La indiferencia del Universo por nuestros males y desgracias; la eternal sordera de la Naturaleza, implacable á nuestras plegarias; su rigor cruel tomando por instrumento de renovación únicamente la muerte, hase trocado en amor á la celeste aparición del ideal femenino sobre las batallas del planeta, ese ideal representado por la Virgen Madre, á cuyos pies rota está la serpiente del Paraíso, tan venenosa y terrible, sobre cuya cabeza viva está la luz increada que resplandeció pura en los espacios antes del error y del pecado. No hay más refugio contra el dolor que la religión, como no hay otro antídoto contra la muerte que los dogmas y las esperanzas religiosas. Permitid tal desahogo á mis penas y vamos á continuar la historia de los sucesos contemporáneos en observancia de nuestro estoico deber.

VII

Me place, por su romanticismo natural, el Emperador alemán, no dando reposo jamás á sus nervios, continuamente remontados en busca de copiosas y profundas emociones. Todo

el mundo le ha visto citar los regimientos á ejercicios en altas horas de la noche; reunir los caballeros teutones en su palacio para dirigirles arengas parecidas á los viejos relatos del santo Grial que reclamaban un acompañamiento místico de orquestas inspiradas en el sublime *Parsifal*; convocar Concilios ecuménicos de las nuevas creencias sociales, aspirando á Constantino del socialismo, mientras su posición y su carácter lo condenaban á ser meramente Juliano; inspirar comedias políticas á los dramaturgos de la corte, ridiculizando en caricaturas muy recargadas á sus enemigos y dirigiendo él mismo las representaciones hasta dar la señal del aplauso á los apercebidos alabarderos ó *claqueurs*; dar lecciones de navegar á los marinos y lecciones de combatir á los generales en frecuentísimas conferencias; predicar sermones á manera de viejo pastor luterano ante la tripulación de los barcos en que navega por el Océano glacial todos los estíos; coger margaritas salvajes en las ruínas de Roma y depositar un ramo trenzado por él mismo al pie de la Reina de Italia; concebir, é ignoro si trazar también, cuadros simbólicos del peligro que la civilización corre si los amarillos del Oriente se alzan á mayores ó se endiosan; recorrer desde los problemas prácticos de la Economía más casera y vulgar hasta los problemas metafísicos de la Religión y de la Estética más altas.

VIII

Ahora corre á Tierra Santa, y hace bien. Todos los cristianos debíamos acudir una vez en la vida, por lo menos, al sagrado lugar donde brotó la idea de nuestro Dios y pasó el misterio de nuestra redención. Sin visitar á Córdoba no podéis comprender la grandeza de los Califas; sin visitar á Roma no podéis comprender la unidad de los romanos y su imperio sobre nuestro planeta; sin visitar á Grecia no podéis comprender las armonías de sus líneas y la perfección de sus modelos. ¿Cuál secreto habrá en Jerusalem para que sus rugosas tie-

rras, áridas y secas como la piel de un penitente asceta en el desierto, hayan evaporado y despedido de sus poros como un fluido misterioso la idea de Dios? Así como el alma individual nuestra mucho se conforma con el cuerpo donde reside, las ideas mucho se parecen á los espacios donde brotan. Las tres religiones monoteistas han brotado en la uniformidad del desierto. A la unidad absoluta de aquel territorio en lo real, debía corresponder la unidad de Dios en lo ideal, como bajo las selvas indias henchidas de savia debía brotar el Panteísmo; bajo los cielos calientes y luminosos de Caldea, el Sabeísmo; entre las islas dorias y jónicas, los dioses de la individualidad humana, los dioses personales del Olimpo con las musas canoras del Parnaso. Hace bien, repito, el Emperador alemán yendo á Jerusalem. Por el camino ha encontrado Venecia hoy; encontrará Constantinopla mañana. Evoquemos estas ciudades á ver si damos con el espíritu y el secreto de la peregrinación.

IX

El mundo antiguo no conoció, el mundo moderno, á su vez, no conocerá ciudad tan extraña, pero de tan llamativa poesía, como la singularísima Venecia. Cuando descendéis hacia sus cercanías y os sumergís en sus lagunas, imagináis hallaros en otro planeta de condiciones diversas á las condiciones de nuestra tierra, cubierto por el Océano, y obligando á sus habitantes, imposibilitados de poner el pie en el suelo firme, á erigir sus habitaciones, como esas aves cantadas por la poesía antigua que depositaban sus nidos en las ondas, á erigir sus habitaciones, decía, en medio de las aguas. Las lagunas, extendidas entre el verde claro de las tierras que riegan tantas corrientes como fluyen de los Alpes y el azul obscuro del mar Adriático, brillan al sol, según la profundidad de sus aguas y la materia de su fondo, como si fueran una substancia preparada para producir ópalos y perlas. La entonación

general es celeste, tirando á blanca; pero el reflejo de los rayos del sol que fingen allí legiones de estrellas escapadas de las grutas marinas; las sombras de las algas, que dan toques oscuros y sombríos; los arreboles de tal hora del día ó de tal cambio del viento que proyectan por todos lados reflejos de púrpura, de rosa, de laca á un mismo tiempo, como mezclados en mágica paleta; las franjas de espuma que, á guisa de encajes, bordan los límites de tal isla ó señalan las tortuosidades de tal corriente; las estrellas dibujadas, así por las quillas de las barcas como por los movimientos de los peces; las escamas relumbrantes bajo la clara linfa; los bosques marinos, con sus ramas verdinegras en los abismos; las combinaciones fosfóricas y hasta eléctricas que, si no lucen al resplandor divino, modifican las sensibles aguas con algún extrañísimo destello; las conchas pintadas resaltando sobre los bancos de áureas arenas y sobre las líneas de marmóreos diques; todos estos espectáculos dan matices tales al inmenso espejo, que no sabéis si admirar su celestial uniformidad ó sus múltiples cambiantes, más bellos que los iris de los cristales venecianos ó los ramajes de las pérsicas alfombras, pues nada hay tan rico en deslumbradores espejismos como los juegos del aire, de la luz y de las aguas de la inmensa extensión del mar ó en la limitada extensión del lago, semejantes uno y otro á pedazos del cielo desprendidos sobre la tierra. De Venecia pasa el Emperador á Constantinopla.

X

¿Quién no admira Constantinopla? Los aires que respira tienen todos los colores y todos los matices del iris; las tierras donde se levanta, todos los destellos del éter. Sus iglesias se han convertido en mezquitas; sus monasterios en colegios de los softas, y su basílica en bóveda de estrellas, que descansan sobre columnas celestes y blancas, rojas y verdes, amarillas y negras, algunas parecidas á la piel del tigre, todas cruzadas

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENCIONABLE LONES

de mil varios adornos, su basílica es hoy el verdadero templo de Aláh. Altares tenía allí Azrael, ó sea el Angel de la Muerte; altares Juan, ó sea el profeta del Verbo. Mas ningún lugar sagrado comparable á Santa Sofía. Obra fue de cristianos. Para construirlo vinieron arquitectos de la Arabia, astrólogos de la India, tallistas de la Persia; y un viejo vestido de verde, cuyo rostro brillaba con luz misteriosa é increada, entregó á los nazarenos su plano. Cinco mil albañiles, asistidos por diez mil peones y mandados por cien arquitectos, trabajaban asiduamente en esta obra soberbia. Pero un día faltó dinero, y el Emperador Justiniano se lo contó á Dios. El Eterno le señaló el sitio misterioso donde se encontraban encerrados siete vasos gigantescos, todos repletos de monedas. En trono de plata se levantó la efigie de Cristo, tallada en oro; á sus dos lados doce estatuas gigantescas, de plata también, representaban á los doce apóstoles; al pie de las doce estatuas, en misales de materias preciosas, doce evangelios magníficamente encuadernados; seis mil lámparas cuajadas de pedrería bajaban de las altas bóvedas, y cinco mil sacerdotes y monjes se arrodillaban sobre su pavimento, sosteniendo cinco mil cirios que brillaban como las estrellas y olían como el incienso.

XI

Allí, en el Bósforo, los continentes se juntan y se besan como para formar un territorio único en el mundo; los mares se detienen y se angostan como para contemplar y retratar mejor las dos riberas. Sobre las armoniosas playas de corte griego y los cabos parecidos á templos se extiende un cielo de Oriente enaltecido con resplandores indecibles. A un extremo el Mar de Mármara, con reflejos de Atenas, y á otro extremo el Mar Negro, con misterios del Asia; entre los dos mares del Bósforo, aquella especie de río salado, donde se confunden las riberas asiáticas con las riberas europeas, y donde parecen confundirse también las dos mitades de la tierra, las dos mi-

tades de la Historia, las dos mitades del espíritu en mística unidad. Cuántas veces yo he contemplado en evocaciones mágicas el cuerno de oro; las aguas, profundas y transparentes al mismo tiempo; las costas de preciosísimos dibujos; los barcos extendiendo sus velas y los esquifes áureos resaltando entre las ondas verdes; los jardines, cuyas flores se enredan por los mástiles, los alcázares repetidos fantásticamente; las cúpulas doradas sobre las celosías misteriosas; los kioscos, ceñidos de rosas los pies y sombreadas de cipreses las cimas; las tres ciudades que componen como las cadenas de oro cuyos eslabones enlazan los continentes; las colinas cubiertas de bosques tan sombríos y de alminares blancos en primer término, mientras en los segundos y terceros las graderías de cordilleras pintorescas sobre las cuales se alzan en el éter, como un astro plateado, las nieves del Olimpo de Bithynia: magnífico cuadro digno de esmaltar las puertas que conducen á la divina Asia, á esa espléndida cuna de las religiones y de los dioses. Así, mientras los hijos del desierto, los soldados que llevan por insignia la media luna de Osmán, pasean, como las fieras sobre las ruínas, por las calles profanadas de Constantinopla, debiera llevar el Emperador á sus mientes los tiempos en que nuestros padres los griegos iban por aquellas sus costas en las naves recién talladas de los árboles seculares, inquiriendo el vellocino de oro y encontrando el oro de la industria y del comercio; las plazas, en cuyos ámbitos las velas de Fenicia, de Persia, de remotas islas, así en dirección del Oriente como en dirección del Ocaso, juntaban las cosechas de todos los climas y el tesoro de todos los trabajos; el día en que los dioses de Roma fueron vencidos, aquellos dioses vencedores de tantos pueblos, sólo por haber elevado Constantino como un templo de la fe verdadera la capitalidad de Constantinopla; las basílicas, testigos de los Concilios ecuménicos, asambleas de los doctores cristianos victoriosos, los cuales, con la serpiente del paganismo herida á los pies, y los últimos reflejos del martirio resplandeciendo en las sienes, definían los nuevos dogmas,

y daban así al espíritu el alimento de la verdad eterna; la entrada de los cruzados, reflejando en sus armaduras el sol, y la actitud de los Emperadores griegos bendiciéndolos desde la cima de dominios, entre los cuales se contaban los sepulcros de la antigüedad helénica que parecían vacíos y estaban llenos de inspiraciones y de ideas; las mil fases de aquella vida que animaba la fe en el alma de cien generaciones de poetas, y enardecía la sangre de otras cien generaciones de héroes. ¿Cómo verán los ojos del Emperador tan cara prenda en poder de tan implacables enemigos? Las basílicas, henchidas con los cánticos religiosos, elevadas como ciudades místicas por las manos de los ángeles católicos, perfumadas de incienso, vieron pendientes de sus muros los alfanjes del exterminio en vez de las reliquias conmemorativas de la caridad y del amor. Las suras de los falsos profetas sucedieron á los salmos de los profetas santos. Las ondas del Eufrates, más amargas que la hiel, rodaron sobre las piedras de la nueva Jerusalem, más santas que los cielos. El muezín profanó con sus gritos las torres de donde subían al Empíreo, acompañadas por el eco de las campanas, las cristianas oraciones, que en su vuelo nos transportaban á la contemplación extática de la Madre del Verbo, ceñida de místicas estrellas. Los lugares santos que fueran monasterios, trocáronse en serrallos. ¡Ah! Todo el mundo vió las sacras efigies caídas como soldados después de una batalla; los monjes errantes y encorvándose bajo la pesadumbre de las reliquias salvadas del naufragio; los sabios recogiendo los últimos destellos del alma de Grecia para llevarlos como un arbol de las ideas en su ocaso al lejano Occidente; los santuarios destruidos, los altares rotos, las aras dispersas, las fieras del desierto en los templos, y los señores de la tierra perseguidos y acosados en los desiertos. Hay un Emperador cristiano en Alemania, y aún hay un Califa musulmán en Constantinopla.

XII

El primero de los asuntos intercontinentales hoy, es el asunto de China, cuyo desarrollo va suscitando aprensiones, muy parecidas á cavilosas, en la diplomacia universal. Cerrada por su gran murallón al Norte, y á los otros demás vientos por leyes prohibitivas de un rigor extremo, el mundo civilizado ha tenido que ir abriendo á cañonazo limpio sus puertas, antaño invioladas é inviolables como las puertas de un inaccesible y sacratísimo santuario. Todos estos Imperios, dominados de un espíritu estadizo é inerte, concluyen por petrificarse, y en su petrificación, por descomponerse, ó bien á la virtud y eficacia del aire mismo destinado á sostenerlos, ó bien al súbito golpe de un fulminante rayo. Recluidos se hallaban dentro de sus costumbres y tradiciones los vasallos del Emperador divino, invisible á los ojos de los suyos como Dios á los ojos de las criaturas, cuando un día, inesperado accidente, dos irrupciones, británica y francesa, concertadas y conreunidas, interrumpen aquel silencio y aquella serenidad, parecidos al silencio y á la serenidad de sus porcelanas, y saquean los palacios imperiales de invierno y de verano, diciendo con los cuantiosos despojos mostrados á la civilización occidental, que la inviolable China, la China de los señores celestiales y de las gentes mecánicas, había sido violada. Desde tal fecha tuvo China que aceptar las relaciones intercontinentales, incompatibles así con su complexión como con su historia, y tuvo que resignarse á recortes y cercenes, según los cuales iba encogiéndose poco á poco su vastísimo territorio. Ya un establecimiento mercantil inglés á su lado surgía, ejerciendo las atracciones propias de todo foco donde se concentran calor y luz, fuerzas á la postre universales, que llaman virtualmente á sí con sus radiaciones é ingieren á los cuerpos y á las gentes menores en sus radios; ya un avance de los ru-

sos por el Norte rebasaba desde la Mongolia, techo del mundo, las piedras apiladas contra los tártaros en líneas de una extensión incalculable; ya por dominios como la Birmania, el Imperio británico se acercaba paulatinamente al corazón de China, demasiado grande para transmitir su yugo vital á todos sus costados y á todos sus extremos; ya, no obstante las protestas de los negros pabellones, Francia por el Río Amarillo se dilataba, disputándole viejos espacios y antiguas tutelas; ya guerras civiles ó internas, de una crueldad inaudita, guerras más asoladoras que los terremotos y los ciclones y el bubón, obligaban al Emperador solitario y endiosado, desdeñoso de los extranjeros, á convocarlos y confiarles su defensa, imposible casi, nombrando jefes y generales y mandarines á legendarios aventureros, como el célebre Gordon, mártir de Jartum, ahora vengado, ante quien aquella tierra muda debía romper su silencio, y aquel monarca endiosado y misterioso debía deponer su endiosamiento y revelar sus misterios.

XIII

Muchísimos casos adversos han hallado los chinos en los últimos tiempos, mas ninguno tan adverso como la fundación del régimen, relativamente liberal y moderno, que priva en el Japón. Aquel famoso establecimiento de las Repúblicas griegas en los archipiélagos helénicos, no fue tan terrible para los Imperios y Monarquías del Asia Mayor y Menor, como la fundación de un Parlamento y de un Gobierno constitucionales entre los japoneses lo ha sido á China. El Japón se raspó, como pudiera rasparse una lepra, las ciencias mágicas y arqueológicas, devoradoras del alma; sacudió la inercia, en que los pueblos se momifican hasta pasar de las esferas animadas y vivas á las esferas minerales é inmóviles; tradujo los libros más selectos de las literaturas europeas modernas; compró los utensilios más necesarios para el estudio de las ciencias físicas naturales; apagó las moribundas hogueras de sus ídolos para

calentar químicas retortas; envió sus jóvenes más dispuestos á las grandes ciudades europeas en busca de riquezas; sustituyó las rudimentarias costumbres industriales con las máquinas contemporáneas; extendió por sus territorios las líneas férreas, y por sus aires los alambres eléctricos; movió las prensas y alzó la tribuna, respirando un oxígeno de libertad, quizá excesivo para la complexión de su pecho y la estructura de sus pulmones, pero que no le llevó á la muerte, como el oxígeno natural excesivo suele hacer: dió á la sangre suya más vigor, y á la vida más rápido movimiento.

XIV

Todos los pueblos que se reconocen y sienten libres, pugnan por irradiar fuera su libertad interior. Tal sucedió á los japoneses, lo mismo, exactamente lo mismo que á los convencionalistas de Francia, en la edad creadora de su revolución universal. Imposible, presentando China un blanco tan extenso á estas maniobras progresivas, que los japoneses dejaran de proceder contra China. Un pueblo libre junto á un pueblo esclavo, contagia siempre de libertad á su vecino. ¿Quién, siendo libre, quiere la esclavitud? ¿Y quién, siendo esclavo, no desea la libertad? Mas los orientales aparecen siempre muy duchos en materias diplomáticas. El Japón se guardó muy bien de meterse con China en las primeras de cambio. Pero veía cerca un Estado anejo al Celeste Imperio. Estado inerte, como el Celeste Imperio; Estado, como el Celeste Imperio, jerárquico; Estado, como el Celeste Imperio, incapaz de movimiento y progreso. Tal Estado se llama Corea. Y á Corea llevó la revolución el Japón. China se opuso á que penetraran el movimiento y la vida en los senos de la inercia y de la muerte. Los japoneses lucharon con los chinos y los vencieron. Esta horrible derrota consigo trajo a parejada, lo que traen aparejadas todas las derrotas, el disgusto de sí mismas, sentido por todas las gentes derrotadas, y derrotadas de una manera vergonzosa.

sa. Los partidos se lanzaron unos á otros la responsabilidad, sin tener en cuenta que cuando luchan las naciones enteras con otras naciones enemigas, el desastre á todos sus naturales toca, y ninguno puede preservarse de la colectiva responsabilidad. Lo cierto es que, desde su derrota, no ha vivido China un minuto en paz. Cayendo y levantándose, acaba de topar con una revolución palaciega y de admitir el dominio de una desdentada bruja. Necesitamos recordar lo que la mujer es y representa en China, para medir toda la desmesurada extrañeza del fenómeno, presentado por la victoria de una Emperatriz reaccionaria, dictatorial, despótica.

XV

Realmente las teorías metafísicas y religiosas influyen mucho sobre la existencia moral de China. Un pueblo que oye todos los días encarecer los placeres de la nada, forzosamente ha de pugnar por volver á la nada. El pueblo chino es esencialmente suicida. Los protervos, dados á mercadear horriblemente con esta carne humana, ponen solícitos en sus cálculos egoistas las probabilidades ó certidumbres de irremediables suicidios. ¡Cuántas veces un propietario de tales siervos se ha levantado por la mañana y ha visto sus chinos todos pendientes de los árboles, donde se han colgado, después de inmolar á sus capataces blancos, sin mover el más leve ruido! Los muertos encuentran en esta raza un culto religioso. Las familias más pobres guardan los nombres de sus antepasados, y con los nombres los hechos, en tablillas, mediante las cuales conocen su genealogía natural y toda la historia de los suyos. Duran los duelos años y años. Y es piadosa costumbre tener por lo menos el cadáver de un padre diecisiete meses al lado, cuidándolo como si, en vez de muerto, sólo estuviera enfermo. Al entrar en una casa, el mueble mejor con que topáis es el ataúd, apercebido y preparado de larga fecha para recibir y encerrar al jefe de la familia. Hijo hay que se vende por

esclavo tan sólo para comprar un ataúd á su padre. De aquí muchas otras costumbres, como esa propensión al infanticidio, verdaderamente criminal. Deshácese los padres con la mayor facilidad en toda China de sus pequeñuelos, cuando les resultan demasiado gravosos, cohonestando tal proceder con su miseria y con la imposibilidad completa de sustentarlos. Algunos los exponen y los dejan á merced y arbitrio del acaso, pero muchos otros los matan. ¡Cuántas veces cogen al recién nacido y lo sumergen dentro de un cubo, ahogándolo en su agua! El padre que no puede materialmente dotar á sus hijas, nada conforme con la idea de sus miserias y de sus desgracias venideras, las cuales van anejas con el defecto seguro de un buen matrimonio, las matan, creyéndose á sí mismos mucho mejores por razón de tal sacrificio, que si las guardaran vivas en la exposición de un seguro deshonor y de una irremediable pobreza. Así todos los viajeros notan cómo supera en China el número de hombres al número de mujeres. Una parte de éstas perece al nacer por mandato de sus padres, quienes se creen, allá en sus supersticiones, con derecho á darles muerte porque antes les dieran vida. Y eso que tienen una salida segura, la venta. En casi toda China, el servicio está en manos de mujeres. Y las mujeres que sirven están en condiciones de siervas ó esclavas.

XVI

La familia china se instituyó tres mil cuatrocientos sesenta y un años antes de Jesucristo, y fue su autor Fou-hi, cuyas leyes regularon el matrimonio, combatiendo así la poligamia como la poliandria, es decir, la terrible promiscuidad, imperante por costumbre allá en edades prehistóricas. Y también se dice haber existido de tiempo inmemorial entre los chinos una institución llamada el matriarcado. Con escribir su nombre se escribe también la naturaleza de tal institución, que significa jefatura del sexo femenino en las familias. Antes de

Fou-hi, cuentan las antiguas historias chinas, los hombres conocían á sus madres, pero desconocían á sus padres por completo. Esta revelación indica bien claramente la diferencia entre los tiempos de las familias constituídas y los tiempos en que los hombres se hallaban tan bajo por las gradas del mundo animal que admitían para la difusión de su especie hábitos propios de las especies inferiores. Al constituir el Imperio la familia, constituyóla sobre bases imperiales, y como en estas bases no podia entrar de manera ninguna la igualdad, quedó la mujer sujeta de suyo al hombre, cual quedó el hombre sujeto de suyo al Emperador. Los proverbios chinos declaraban que así como la hembra del ave suele volar con su macho, la hembra del hombre debe vivir inseparablemente con su marido. No le queda en esta dura ley al sexo débil ningún recurso; ni las instituciones ni las magistraturas la defienden. El esposo puede proceder como quiera con su esposa. Y si procede mal, ésta debe dirigirse al cielo, invocar á los espíritus, refugiarse allá en sus capillas y en sus santuarios, hacer ofrendas, colgar exvotos, recurrir á sacrificios y librarlo todo en manos de la diosa Misericordia, porque las leyes no tienen fórmulas en su favor, ni la sociedad entrañas para ella, desde la hora en que la entrega por casamiento á merced y arbitrio del marido. En los símbolos chinos, la mujer está representada por una teja y por un ladrillo, á causa de que á un ladrillo todo el mundo lo pisa, y de que una teja se halla expuesta por completo á las injurias de los elementos. Si el hombre piensa, la esposa debe ser afirmación de su pensamiento; si cree, áncoa de su fe; si habla, eco de su palabra; si anda, sombra de su cuerpo; si reza, repetición de sus oraciones, y hasta si muere, muerta, porque no existiendo aquellas hogueras en cuya voracidad solían las viudas indas desaparecer abrasadas, existen otros muchos medios de seguir hasta más allá del sepulcro y en los senos de la eternidad á su marido, emperador y dios del hogar, según las costumbres chinas.

XVII

Todos sabemos que estas costumbres impiden á las mujeres allí el salir de casa y el comunicarse frecuentemente, no sólo con la sociedad exterior, sino con el mundo exterior también. Por todo cuanto nosotros tenemos de orientales, guardamos frases y modos de decir cual el siguiente: «la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa.» Así los chinos, para cumplir mejor con la supersticiosa creencia de que la mujer no puede á sí misma guardarse y debe hallarse guardada por grande vigilancia, que oponga obstáculos materiales á su libertad, mutilan sus pies hasta reducirlas á triste inmovilidad, aunque sirvan oficios cuyo desempeño necesite ó pida de suyo agitación y movimiento. Lirio de oro llaman á las extremidades inferiores así mutiladas los que se dejan tiranizar en los pueblos orientales por la costumbre, cosa no extraña ciertamente para los tiranizados hoy mismo por la moda en los pueblos modernos. A la edad de seis años las pobres niñas ven el desarrollo de sus pies enteramente suspendido por ligaduras que los aprietan de un modo extraordinario y que los disponen á manera de arco, estropeándolos y reduciéndolos á una terrible atrofia, mediante la cual ni pueden caminar rápidamente, ni estar de pie, ni sostener ningún peso, ni entregarse á ningún trabajo, teniendo que servirse de los brazos como de un balancín para no caerse, y que sacudir su cuerpo en bruscos y contrarios movimientos, que les dan aire de ave más ó menos herida cuyas alas se arrastran por el suelo, y de vela más ó menos agitada por el viento. Dígase lo que se quiera por los apologistas, que hoy el pueblo chino encuentra en todas las literaturas europeas, por su odio á la Teología y á la Metafísica; es cierto que la mujer toma parte muy activa en los oficios familiares, hasta el punto de no emprenderse trabajos manuales sin su concurso, ni celebrarse ceremonias religiosas

sin su coparticipación; la inferioridad respecto del hombre por tal manera se patentiza, que vive y muere la infeliz en perpetua tutela, no sentándose á la mesa nunca jamás en los días solemnes y en las fiestas mayores; no mostrándose al huésped y al extraño; encerrada, como un instrumento de trabajo, en los almacenes, ó como un ave canora, en las jaulas, dentro de aquella parte del hogar que les pertenece, la recóndita, más bien cárcel que verdadero santuario.

XVIII

Heme detenido con tanto espacio en resumir el estado y condición de la mujer entre los chinos, para mejor apreciar el mérito de una terrible amazona, quien, rompiendo por leyes tan arraigadas allí como las leyes mismas del universo, y burlándose de cuantas cadenas la religión y la costumbre han puesto al imperio de su hermoso y débil sexo; más fuerte y omnipotente que la Semíramis caldea; más rica y dispendiosa que la Reina de Saba por los tiempos del Salomón bíblico, sólo comparable á la incomparable Atossa de los persas, evocada en el teatro griego por las inspiraciones sublimes del gran Esquilo; coja desde los senos de un gineceo asiático, en que se halla recluída como una monja católica en su celda; el cetro de los tiranos, la espada de los conquistadores, la pluma de los maestros, el timón casi roto de un Estado en verdadero naufragio, deponga los primeros ministros y los condene á destierros tan terribles como el último suplicio y peores que la pena capital; encierre al Rey en un calabozo, á pesar de ser sangre de su sangre, reflejo de su alma, nieto de su propia madre; reanude relaciones internacionales á su guisa, y detenga reformas recién promulgadas, y mande con el imperio y con el arresto con que pudiera mandar un general vencedor en un campamento sumiso. Y debe decirse, porque tal dicho resulta el substrato necesario de toda esta suprema crisis: la Emperatriz de los chinos ha triunfado, porque representa el senti-

miento popular en toda su extensión y en toda su profundidad, el sentimiento de horror á las innovaciones y á los progresos, sentimiento que late con fuerza en los corazones chinos, unido con el odio al extranjero, cuanto reina y domina con orgullosa incontrastable autoridad en aquella desdichada corte.

XIX

Así no hay nada ingenuo, no hay nada indígena, no hay nada verdaderamente nacional en aquellas luchas. El Emperador destronado aparece como revolucionario impenitente y como reformador audaz, porque así lo quiere Inglaterra, mientras la Emperatriz soberana, como una conspiradora muy diestra, dotada con un talento político cual "pudiera tenerlo Catalina II, refrenando las innovaciones, porque así lo quiere Rusia. Mucho tiempo hace que los ingleses y los rusos se disputan á China, en una contienda moral que tiene loco al Imperio, por ambos á dos deshecho, so pretexto de protegerlo y ampararlo. Este combate, incapacitado de llegar á un choque tremendo por la naturaleza continental de Rusia y la naturaleza marítima de Inglaterra, tiene miles de morales encuentros en todos los territorios asiáticos. No adelanta un paso Rusia por el Pamir; no pone un jalón en el Turkestán y en la Mongolia; no acapara Mandchuria y se queda en Puerto Arturo, sino para contrastar el poder inmenso de Inglaterra, quien, unas veces protegiendo el Japón y Corea contra China, otras veces intentando arrastrar uno y otro reino á los pies de China, husmea con su avizor olfato los provechos granjeables para su enriquecimiento y los nuevos mercados accesibles á su invasor comercio. Así, mientras Rusia se queda con Puerto Arturo, teniendo en las costas chinas una estación de sus naves, nunca helada por el invierno, Inglaterra toma en las aguas centrales de China el codiciado Wen-Haz-Wen, prenda dada por los chinos al Japón y del Japón dividida para complacer y adular á los ingleses.

XX

Sobre tales sentimientos, muy arraigados en el bajo pueblo, es decir, en los hondos abismos á donde llega tarde, ó no llega nunca, la espléndida luz del nuevo día, se fundaba la especie de quietud externa, que, magüer la inquietud interna, reinaba sobre la inmóvil y uniforme tierra de China. Para explicar las altas sabias gentes á las gentes pobres é ignaras el desastre celeste, decían que los japoneses fueron poseedores de las islas arrebatadas al Imperio, como el archipiélago de las Pescadoras, para que sometieran, en castigo y purgación de sus rebeliones, los indómitos aborígenes aquellos al sublime hijo del Sol que impera y reina en China. Tres años duró tal beatitud, hasta el estallido de un reciente suceso, que ha trastornado por completo allí los ánimos y los espíritus. Tal suceso ha sido la toma de Kia-Tchéon por Alemania. Potencia esta esencialmente continental, sin marina y sin costas y sin colonias que justifiquen un engrandecimiento en Asia ó en Africa, empéñase, contra sus tradiciones históricas y su propio temperamento, en que ha de agrandarse y extenderse por donde no la llaman sus vocaciones y no podrá ejercer con desahogo y acierto sus varias aptitudes. Mas todo el mundo, cuando la fortuna sonrío, se cree apto para todo. A virtud de este loco empeño, en que Alemania recogerá punzante cosecha de abrojos, ó sea de amarguísimos desengaños, ha puesto su mano en China y ha dividido de China una porción del gran territorio costero, alzándose con su goce, por un capricho de la voluntad imperial. A este súbito caso, las reformas resurgieron, cual otros tantos fantasmas, y los reformadores marcharon hacia nuevos ideales bajo la presidencia del joven Emperador, amenazado de un seguro destronamiento y de una próxima muerte, si no renovaba, como los japoneses los han renovado, el espíritu y la vida de sus gentes.

XXI

Todas estas reformas comenzadas bajo la protección de Inglaterra, indignaron á la Emperatriz viuda, reclusa en su cubículo, bajo la tutela de Rusia. Su indignación no podía estar más justificada, mirándola desde un punto, como las costumbres y las tradiciones celestes. El Emperador publicaba una serie de decretos, dirigidos todos á cambiar las ideas antiguas de los chinos y torcerlas hacia el protervo é infame Occidente. Al decretar colegios y escuelas de nuevo cuño á granel, la majestad imperial no se había contentado con loar y encarecer su obra: criticaba la obra de sus progenitores y maestros, diciendo con escándalo del mundo chino que los métodos de gobierno aplicados por las dinastías de Soug y de Mesig no tenían la menor utilidad práctica. El momento en que tal blasfemia resonó por el palacio de Pekín fue un trágico momento. Los chinos tradicionalistas rasgaron sus vestiduras y dirigieron al cielo sus preces para que los preservara de aquellas herejías. La horrible bruja, traidora y venal, que yacía en la cárcel de sus habitaciones imperiales, rugió como una fiera y juró por los manes de sus antepasados destronar al inexperto mozo que acababa de profanar con maldiciones temerarias las tumbas de sus mayores, inquietándolos y malhiéndolos en el perdurable sueño de su eterno reposo. A lo que llamaba la Emperatriz religión sacra de los chinos, llamábalo el Emperador cáncer que se comía el Imperio. La increíble audacia del joven llegó á un extremo tal que sustituyera los chapines de su liturgia por nuestras botas de charol; el sombrero que le servía de corona con sus borlas y grecas litúrgicas, por un sombrero inglés; las sedas amarillas, bordadas con una flora multicolor y con dragones y serpientes y águilas en hilos de oro, rechazadas por una prosaica levita, innovación á la cual todos los espíritus de la vieja China se conjuraron, y el Emperador cayó del trono, salvando por una conmisericordia

de la Emperatriz viuda el único tesoro que le han dejado: el tesoro de la vida.

XXII

Es necesario penetrarse de la Constitución china para convencerse del estrago que allí habrán hecho tamañas temerarias novedades. Puede llamarse á China una teocracia científica, de la cual están ausentes Dios y la teología, pero presentes los oligarcas sacerdotes llamados mandarines que profesan y explotan una idea cualquiera. Estos herederos de muchos siglos, depositarios de muchas creencias, condensadores del espíritu de las generaciones extintas y destinados por lo mismo á preparar el espíritu de las generaciones recientes y futuras, yacían en una inmovilidad imperturbable, repitiendo las fórmulas verbales de sus casi olvidadas ideas por modos puramente mecánicos y por hábitos puramente animales. De súbito se les dice que todo aquello cambiará, que su sacerdocio petrifica el Estado, que su ciencia carece de verdad, que sus fórmulas envenenan la juventud, que bajo su saber puramente material y formulario se ha perdido un Estado poderoso so la pesadumbre de otro Estado inferior y más pequeño, quien, á pesar de su pequeñez y de su inferioridad, le vencía en ideas nuevas y en novísimo espíritu. Nunca se intentan estos grandes cambios sin que tomen aspecto de revolución, y nunca se desarrollan las revoluciones en el mundo sin que les ataje la reacción el paso, aunque por poco tiempo é incapacitada de todo definitivo triunfo. Así acaba de suceder en China. La historia humana, lo he dicho mil veces, resulta un perpetuo conflicto, un combate á muerte, una guerra sin cuartel entre los grandes principios progresivos y los viejos intereses reaccionarios. Las victorias parciales y pasajeras pertenecen casi todas á los intereses viejos; pero las victorias definitivas y totales pertenecen á las progresivas y luminosas ideas.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 31 de Noviembre de 1898.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La conscience nationale, por Henri Berenger. 1 vol. 338 págs.—Paris, Armand Colin et Comp., editores, 1898, su precio 3,50 francos.

El autor de este interesante libro es uno de los más distinguidos representantes de esa juventud francesa, antipositivista, que suspira por una regeneración ética de la nación, y que tiende á elevarse por cima del espíritu sectario, de cualquier clase que él sea. El señor Berenger tiene un buen nombre como escritor y como crítico, en Francia. Ha publicado dos novelas *L'Effort* y *La Proie*, en las que por manera artística y literaria mantiene sus puntos de vista ideales; y otro libro muy discutido acerca de *La aristocracia intelectual*.

La obra de que voy á dar ligera cuenta, comprende varios trabajos independientes y distintos en cuanto á la materia, pero que tienen de común el objetivo final del autor; á saber: examinar con ocasión de ciertos problemas históricos, algunos de palpitante actualidad, la conciencia de Francia. Tienen además de común esos trabajos, el ideal del autor mismo que por doquier se advierte y que vivifica con soplo de optimista esperanza las páginas todas del libro. Y es este de un doble carácter. El autor lo califica de *Acto de fé crítica*, pero no es una crítica demoledora, sino animadora, sugestiva, constructiva; al lado de la crítica de censura, en efecto, se percibe

el deseo del mejoramiento moral, que se estima posible, mediante la afirmación resuelta de la creciente solidaridad humana, fundada en la educación del individuo libre, pero responsable.

En cuatro partes se encuentran distribuidos los trabajos del libro del señor Berenger. La primera, bajo el epígrafe *El pensamiento y la acción en Francia*, comprende dos estudios, el uno acerca de la política de Lamartine y las generaciones nuevas y el otro sobre Chateaubriand—desde Chateaubriand á Barrés.—El primero es un largo artículo cuya tesis principal: la necesidad y posibilidad de hermanar el pensamiento (el ideal, el entusiasmo quiere decir) y la acción, la poesía y la política, se personifica en Lamartine, el poeta político ó político poeta, encarnación perfecta, y para el autor admirable, de un hombre de Estado que lleva á sus actos de propagandista y de gobernante la poesía del alma. El retrato de Lamartine, por Berenger, es magnífico, sobre todo cuando lo compara con Thiers, encarnación viva de la política *au jour le jour*.

La segunda parte, bajo el epígrafe de *La Religión en Francia*, comprende otros dos estudios acerca de la juventud y el catolicismo, y de la religión libre. Interesa sobre todo el primero. Es un documento histórico de cierta importancia: entraña, en efecto, una explicación del alcance que pudo tener y tuvo la reciente reacción, si así puede llamarse, hacia los sentimientos religiosos de la juventud francesa, y de por qué este renacimiento no ha podido encauzarse por los viejos canales del catolicismo. Fue aquello un renacimiento, sin duda, ó más bien un movimiento sincero y anhelante de la juventud intelectual de Francia hacia la religión, pero que no pudo convertirse, como por algunos se ha pretendido, en un neo-catolicismo: «reivindicando, dice el autor, los derechos del misterio del ensueño del alma, en el pensamiento y en la acción, la juventud francesa de 1890 fue gloriosamente *idealista*.» Lo que falta saber es si este movimiento salió de las esferas intelectuales.

tuales, y si se quiere de la pura acción política, para entrar en el campo de la acción verdaderamente efectiva y real de la vida moral y práctica.

En la tercera parte, bajo el título de *Las crisis de la educación nacional*, examínanse dos problemas de palpitante actualidad, en Francia y fuera de Francia. ¡Cuántas, en verdad, de las consideraciones críticas que allí hace el señor Berenger tienen una aplicación perfecta para España! Como que el autor estudia primero la crisis de la prensa, crisis honda, terrible, crisis de moralidad profesional, ó de la decencia si se quiere decirlo más claro, y luego la crisis de la enseñanza en las Universidades y en las escuelas primarias.

La cuarta parte contiene un solo trabajo acerca del Ejército y la Nación.

Por último, el libro del señor Berenger termina con un breve estudio, elocuente y sincero, sobre la idea de la Francia, son páginas de un patriota entusiasta por Francia, en atención á lo que este gran pueblo significa en la historia de la elevación moral y política de la humanidad.

A. POSADA.

Congrès International pour l'étude des questions relatives au Patronage des condamnés, des enfants moralement abandonnés et des aliénés.—

3.^{ième} session: Anvers, 1898. — 1.^{ère} Section: Protection de l'enfance.

3.^{ième} question: *L'intérêt du patronage n'exige-t-il pas que l'âge de la majorité pénale soit reculé le plus possible et, d'autre part, que la mise sous la tutelle administrative ne puisse être prononcée pour une durée prenant fin avant la majorité civile?* Rapport présenté par M. Pedro Dorado.—Bruxelles, J. Goemare, 1898.—Un folleto de 3 páginas.—2.^{ième} Section: Patronage des condamnés libérés. 1.^{ère} question: *Quelles mesures y a-t-il lieu de prendre, au moment de l'expiration de la peine, pour empêcher la récidive immédiate?* Rapport présenté par M. de Palencia.—Bruxelles, J. Goemare, 1898.—Un folleto de 43 páginas.

A la pregunta tercera de la Sección 1.^a del Congreso de Patronato de Amberes, antes transcrita, contesta el Sr. Do-

rado Montero afirmativamente, mediante un razonamiento que se encuentra en algunos de sus escritos anteriores. El razonamiento viene á ser éste en resumen: Existen en la actualidad dos sistemas punitivos: uno, tradicional y reinante, inspirado en las ideas clásicas de responsabilidad por la culpa y la pena-castigo, para los adultos; otro, fruto naciente de las nuevas enseñanzas, para los niños y jóvenes, verdaderamente tutelar y preventivo. Este dualismo habrá de desaparecer, quedando sólo el último término, que es el racional y humano. ¿Cómo? Dándole á ganar, por varios medios, el terreno que el primero ocupa, y entre ellos, elevando el límite de la mayoría de edad penal, que dará por resultado la ampliación del círculo de personas á quienes haya de aplicarse el tratamiento penal moderno, hasta tanto que el límite de edad desaparezca, y menores y adultos gocen el nuevo régimen.

El autor de esta nota se adhiere en todo á la opinión del ilustre maestro de Salamanca.

*
* *

Para el mismo Congreso de Amberes, escribe D. Alvaro Navarro de Palencia, Administrador de la prisión de Ocaña, uno de los pocos profesionales que, en nuestro país, siguen el movimiento de la ciencia penitenciaria. Su informe, bastante amplio, comienza exponiendo la posición especial de un penitenciarista español en un Congreso de Patronato, porque «si se exceptúa el art. 11 del Real decreto de 7 de Septiembre de 1882, concediendo á los licenciados 0,50 pesetas por cada 20 kilómetros que les separen de su país natal ó de residencia», no hay hoy en España medida alguna de patronato, á pesar de tener una historia de ellos de las más antiguas. Esto sentado—y después de una breve noticia sobre el régimen penitenciario español — el Sr. Navarro de Palencia procede á exponer y justificar las medidas que, á su juicio, debieran

emplearse en el momento de la espiración de la pena para impedir la reincidencia inmediata. Son las siguientes: 1) un sistema penitenciario racional y en armonía con el fin de la pena (el autor prefiere entre los que conoce, el *tipo Crofton*); 2) enseñanza en la prisión de un oficio que pueda fácilmente ejercerse en la vida libre, ó perfeccionamiento en el que ya se tuviera; 3) institución de colonias penales agrícolas; 4) formación, durante el tiempo de expiación de la pena, de un fondo de reserva que permita al licenciado atender á sus primeras necesidades; 5) sociedades de patronato para la protección del licenciado.

El Sr. Navarro de Palencia me permitirá dudar de la eficacia de todas estas medidas, aun convencido como estoy de la sinceridad y el discreto trabajo mental con que las expone. Hace mucho que todas ellas — y muchas más — se conocen y funcionan, sin que por ello las reincidencias desaparezcan. La reincidencia es un producto fatal del sentido reinante de la pena, por lo cual, mientras éste no se transforme, seguirá el triste mal produciéndose. ¿De qué valdrá—por ejemplo—enseñar ó perfeccionar al preso en un oficio, si á la salida de la prisión va á hallar cerrado el taller, se verá despedido del trabajo y obligado por fuerza—como en otro lugar he dicho—á tomar los senderos de la vagancia y el alcoholismo, que de nuevo le conducirán al delito, como las madres solteras acaban en la prostitución?

Para impedir la *recaída* es preciso que la *caída* se aprecie más cristianamente; que todos tiendan la mano para *levantar* al desgraciado, y levantado que esté—si se logra—fortificarle positivamente hasta reintegrarle en su vida de libertad y trabajo, que es la mejor de todas las providencias. En suma: infundir en las instituciones penitenciarias espíritu nuevo que sustituya provechosamente el de las innobles penas y castigos que han desolado á la humanidad sin curarla del delito.

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS.

OBRAS NUEVAS

- Almanaque. El Sui Générís, para 1899. Año XXVII. En 12.º, 192 páginas: 0,50 pesetas.
- Becerro de Bengoa (R.)—La nueva iglesia de San Ignacio. En 8.º, 29 páginas y 7 láminas: 1 peseta.
- Blasco (E.)—¡Madre mía! Cuadro íntimo en un acto. En 4.º, 17 páginas: 1 peseta.
- Bori y Fontestá (A.)—Historia de Cataluña. Sus monumentos, sus tradiciones, sus artistas y personajes ilustres. En 8.º, 344 páginas: 3,50 pesetas.
- Buxareo Oribe (F.)—Bovinotecnia. Descripción de las principales razas bovinas de Europa. En 4.º mayor, 358 págs.: 16,50 pesetas.
- Calleja (C.)—Compilación de la patología de Letamendi. En 4.º, XIII-267 págs.: 5 pesetas.
- Canibell (Eudaldo). — Monserrat. Albumguía-plano-historia de la célebre montaña. En 8.º, 153 páginas: 1,75 pesetas
- Cartilla artística: ideas generales sobre las Bellas Artes y su práctica. En 8.º, 78 págs. con 36 grabados: 1 peseta.
- Escalafón del Estado Mayor general del Ejército en 1.º de Septiembre de 1898. En 4.º mayor, xxxviii-69 págs.: 3,50 pesetas.
- Escalafón general del Cuerpo de Telégrafos. En 8.º men., 96 páginas.
- Fernández Villegas (F.)—Por los Pirineos (Notas de viaje). En 8.º, 246 págs.: 3 pesetas.
- Figueras y Bushell (F. de).—Lecciones de economía política. En 4.º, VIII-393 págs.: 10 pesetas.
- Florez (C.) y Vicente y Tutor (M.)—Lecciones de legislación y de correos. En 4.º, VIII-198 páginas: 4 pesetas.
- Frailes (Los) filipinos, por un español que ha residido en aquel país. En 8.º, 138 págs.: 2 pesetas.
- Guasch y Galbas (M.)—Libro preparatorio para el ingreso en la Escuela de comercio. En 8.º mayor, 259 págs.: 3,50 pesetas.
- Guerra y Mota (D.)—El observatorio; zarzuela cómica, en un acto. En 4.º, 33 págs.: 1 pta.
- Guillén y Sotelo (J.)—La primer

- batalla. En 8.º, 180 págs.: 2,50 pesetas.
- Guimerá (A.)—La loca. Tragedia en tres actos y en verso, original. En 4.º, 84 págs.: 2 pesetas.
- Hamilton (G. G.)—Lógica parlamentaria. En 4.º, 96 págs.: 2 pesetas.
- Iglesias y Carral (M.)—Oftalmoplegias. Tesis presentada en opción al grado de doctor. En 4.º, 88 páginas y 2 láminas: 2,50 pesetas.
- Jackson Veyán (J.)—La chiquita de Nájera; juguete cómico-lírico en un acto y en verso, original. En 4.º, 44 págs.: 1 peseta.
- Labra (R. M. de). La cuestión colonial. En 4.º, 57 páginas.
- Lamarque de Novoa (J.)—El fondo de mi cartera, poesías. En 8.º menor, xvii-132 páginas.
- Lasarte (M.)—El bazar de los tres reyes. Novela. En 4.º, 146 páginas: 1 peseta.
- Leal y Gutiérrez (J.) é Iranzo y García (V.)—Tratado completo de contabilidad provincial y municipal. En 4.º menor, 8 hojas prels. y 169 págs.: 6 pesetas.
- Leguina (E. de).—Arte antiguo. Espadas históricas. En 12.º, 208 páginas: 4 pesetas.
- López Marín (E.) y Ballesteros (Pedro M.)—Las de Farandul; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.º, 33 págs.: 1 peseta.
- Medina (J. T.)—Bibliografía española de las islas Filipinas (1523-1810). Santiago de Chile. Imprenta de Cervantes. 1898. En 4.º mayor, 556 págs.: 25 pesetas.
- Merino (G.) y Lucio (C.)—El sueño de una noche de verano; fantasía cómico-lírica en un acto. En 4.º, 38 págs.: 1 peseta.
- Meyrán (A.) y García Rufino (J.)—La estatua de Don Gonzalo; disparate cómico-lírico en un acto. En 4.º, 32 págs.: 1 peseta.
- Navarro (C.) y Castellón (F.)—La coartada; cuadro lírico-dramático en un acto. En 4.º, 28 páginas: 1 peseta.
- Ossorio y Bernard (M.)—Cuentos y sucedidos. En 12.º, 208 páginas: 50 céntimos.
- Paluzie y Cantalozella (E.)—Geografía para los niños (2.º grado). En 8.º, 204 págs., encartonado, 1,25 pesetas.
- Perrín (G.) y Palacios (M. de).—La batalla de Tetuán, zarzuela cómica en un acto, original. En 4.º, 41 págs.: 1 peseta.
- Ramos (R.)—De las sucesiones. Tratado teórico-práctico, según el Código civil. *Tomo II*. En 4.º menor, 369 págs.: 5 pesetas.
- Saavedra y Magdalena (C.)—Algunas observaciones sobre los desastres de la Marina española en la guerra con los Estados Unidos en el año de 1898. En 4.º, 60 páginas, 2 estados y una lámina: 4 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El Desertor de Sajalín</i> , (novela) por Uladimiro Korolenko.....	5
<i>El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo</i> , por P. Dorado.....	40
<i>La vida es sueño: reflexiones sobre la regeneración de España</i> , por Miguel de Unamuno.....	69
<i>Las nuevas Confederaciones de la América española</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	79
<i>De la guerra</i> , por Ignotus.....	101
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	123
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	149
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	163
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	177
<i>Notas bibliográficas</i> , por A. Posada y Constancio Bernaldo de Quirós.....	201
<i>Obras nuevas</i>	206